

NO HABRÁ FINAL FELIZ

*LA SERIE
COMPLETA DE*

*HÉCTOR
BELASCOARÁN
SHAYNE*

PACO IGNACIO TAIBO II



Una rama de HarperCollinsPublishers

NO HABRÁ FINAL FELIZ. Copyright © 2009 por Paco Ignacio Taibo II. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América. Se prohíbe reproducir, almacenar o transmitir cualquier parte de este libro en manera alguna ni por ningún medio sin previo permiso escrito, excepto en el caso de citas cortas para críticas. Para recibir información, diríjase a: HarperCollins Publishers, 10 East 53rd Street, New York, NY 10022.

Los libros de HarperCollins pueden ser adquiridos para uso educacional, comercial o promocional. Para recibir más información, diríjase a: Special Markets Department, HarperCollins Publishers, 10 East 53rd Street, New York, NY 10022.

Días de combate © 1997, Francisco Ignacio Taibo Mahojo, © 1997, 2003 Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Cosa fácil © 1997, Francisco Ignacio Taibo Mahojo, © 1997, 2003, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Algunas nubes © 1985 Francisco Ignacio Taibo Mahojo, © 1993 Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

No habrá final feliz © 1989 Francisco Ignacio Taibo Mahojo; © 1989 Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Algunas nubes, No habrá final feliz © 2003 Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia © 1989 Paco Ignacio Taibo II, © 1989 Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Amorosos fantasmas © 1989 Paco Ignacio Taibo II, © 1998, 2007 Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Sueños de frontera, Desvanecidos difuntos, Adiós, Madrid © 1990 Francisco Ignacio Taibo Mahojo, © 1991 Francisco Ignacio Taibo Mahojo, © 1993 Francisco Ignacio Taibo Mahojo, © 1999, 2003 Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Diseño del libro por TK

PRIMERA EDICIÓN RAYO, 2009

ISBN: 978-0-06-182616-0

09 10 11 12 13 DIX/RRD 10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

NO HABRÁ FINAL FELIZ

Para Paloma (La Pecas), por siempre.

NOTA DEL AUTOR

Evidentemente, la historia y los nombres que se manejan en esta novela pertenecen al reino de la ficción. El país, sin embargo, aunque cuesta trabajo creerlo, es absolutamente real.

PIT II

*...enviádmé libros con finales felices,
que el avión pueda aterrizar sin novedad,
el médico salga sonriente del quirófano,
se abran los ojos del niño ciego,
se salve el muchacho al que mandan fusilar,
vuelvan las criaturas a encontrarse las unas con las otras,
y se den fiestas, se celebren bodas.*

NAZIM HIKMET

*País sordo, ciudad quemada,
La hoguera nos llama,
hoy por hoy,
no habrá final feliz.*

PIT II

Vienen tiempos nuevos sobre mí. Sobre las ansias mías.

—PIERO.

—Jefe, hay un pinche romano muerto en el baño.
—Cuando acabe de mear, dígame que pase —contestó Héctor Belascoarán.

Una tarde suave, cálida, pachorróna, que no quería acabar de irse, colgaba de la ventana.

—Me cae de madre, no es guasa —dijo desde la puerta Carlos Vargas, tapicero y compañero de despacho del detective.

Héctor miraba las nubes que se desplazaban lentamente sobre el techo de su pedazo de ciudad.

—¿Trae lanza o no trae lanza?

—¡Me cae que está muerto!

Héctor se levantó del sillón de cuero donde había consumido la tarde y miró a Carlos.

El tapicero estaba apoyado en la puerta, la cara demudada y en las manos un martillo, con el que hacía molinetes.

Cojeando, un poco por una vieja herida y otro poco porque había perdido un zapato al levantarse, Héctor caminó hacia la puerta del despacho. Su mano izquierda fue al pelo, alborotándolo, como si quisiera con el gesto sacudir la modorra.

—¿Trae casco o no trae casco? —intentó una última broma, pero la rigidez de la cara de Carlos no varió.

¿Había un romano muerto en el baño?

Carlos abrió la marcha hacia el fondo del ruinoso pasillo, la luz de la tarde se filtró a través de la puerta mostrando las paredes descascaradas y pintadas de un verde maligno.

—Sí trae casco —dijo Carlos empujando la puerta del baño.

Sentado en la taza del excusado, un romano con la garganta cerceñada miraba hacia el suelo.

La sangre escurría lentamente sobre el peto de latón, corría por la breve falda, recorría las piernas peludas y moría en una de las sandalias. A un lado del muerto estaba la lanza, y sobre su cabeza un casco con un penacho rojizo.

—No, me cae, ahora sí ya se pasaron —masculló Héctor mientras levantaba suavemente la cabeza del muerto tomándola por la barbilla. Un tajo de seis o siete centímetros recorría la garganta.

—¿Quiénes?

—Los cabrones que mataron a éste.

El muerto lo miraba desde sus cincuenta años, sus ojos saltones, su barba mal rasurada, su papada abusiva. No pudo evitar que un escalofrío le corriera por el cuello y la espalda a pesar de lo ridículo de la situación.

Al soltar la cara, la barbilla volvió a caer sobre el pecho cubriendo en parte el tajo que seccionaba la garganta. Héctor tenía la mano manchada de sangre: la limpió en la falda del romano.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Lo registramos —contestó Belascoarán.

Y metió la mano bajo el peto metálico lleno de dibujos de dragones y espadas. De la bolsa de una camisa que tenía las mangas cortadas para darle al romano aire de época, sacó algunas cosas.

—Unas llaves de carro, cien pesos, propaganda de una sastrería, un recibo de luz... —recitó mientras guardaba pieza a pieza el botín en el bolsillo de sus pantalones.

—Trae algo en los calcetines —dijo Carlos.

Héctor sacó una credencial enmascarada de uno de los incongruentes calcetines cubiertos por las sandalias. La echó en el bolsillo sin verla.

—Vámonos, vecino,

—¿A dónde?

—A cualquier lado, esto no me gusta. No me pasa que maten romanos en el baño de nuestro piso.

El tapicero, martillo en mano, abrió la marcha hacia el despacho. Héctor lo adelantó.

La tarde se estaba marchitando. Buscó el zapato bajo el sillón, tomó la chamarra del perchero, sacó la automática .45 del cajón del escritorio y la puso en la funda sobaquera. Cerraron la puerta.

Entonces, el motor del elevador inició su ronroneo.

—¡Por las escaleras!

—¿No será Gilberto? —preguntó Héctor.

Los dos hombres se quedaron mirando la rejá metálica. Desde el cubo del elevador, una canción rompió la mezcla de respiración contenida y ruido de motor. Una canción ranchera, cantada a todo volumen por una voz desafinada.

—Es Gilberto —dijo Héctor, Carlos afirmó.

—Quihubo —dijo el plomero, tercer miembro de la extraña comunidad de aquel tercer piso de Artículo 123, al abrirse las puertas del elevador.

—Vámonos —dijo Héctor.

—Qué prisas, uno viene llegando con ganas de chambear, y luego dicen que uno es huevón, que no quiere... —intentó argumentar Gilberto mientras sus compañeros de despacho empujaban hacia dentro del elevador y apretaban el pb.

—Hay un romano muerto en el baño —dijo Carlos.

—¿De los romanos-mocos? —preguntó solfécito Gilberto Gómez Letras.

—De los de una pinche rajadota de acá hasta acá —contestó Carlos señalando gráficamente la garganta.

—No mame, seguro que se traen una movida... deje ver, contrataron una secretaria sin que yo lo supiera y se la estaban tirando por turnos...

Héctor, silencioso, se apoyó en la esquina del elevador. ¿Quién quería involucrarlo en un asesinato y por qué? ¿Qué mamada era esa de matar a alguien vestido de romano? Eso no se podía hacer.

—... y seguro que la secretaria se llama Graciela Putricia.

La puerta del elevador se abrió, los tres hombres salieron a la calle, Gilberto tratando de convencer a sus compañeros de que le permitieran subir para conocer a la secretaria nueva.

Sorteando los coches, cruzaron hasta el café de chinos de enfrente. Héctor escogió un apartado desde el que se pudiera ver la entrada del edificio. Comenzaba a oscurecer.

—Dos cafés con leche, donas y un chocolate... —pidió Héctor. El dueño del café asintió—. Y déjenme pensar tantito —dijo el detective.

—No es broma, vecino, hay un romano muerto allá arriba.

—¿Y no hay romanas?

—Usted no es fino, usted puras putonas de las de Netzahualcóyotl, las romanas sólo para gente con categoría.

El tráfico en la calle arreciaba. Entre los coches dos boleros jugaban al fútbol con una pelota de papel.

—Ahí va entrando el Gallo, deténganlo y tráiganselo para acá —dijo

Héctor. El tapicero, que ocupaba el asiento exterior del reservado, se lanzó a la calle; un coche frenó ruidosamente.

Un instante después, el ingeniero en cloacas Javier Villarreal, alias el Gallo, compartía el reservado con sus tres vecinos.

—¿Qué dice este pinche loco de un romano muerto?

—Me cree si le digo que hay un romano muerto en el baño? —dijo Héctor.

—Qué me queda... En dos años que llevo en esa oficina, ya me tocaron dos tiroteos, una caja de refrescos envenenada, la fiesta de un kindergarden; que don Gilberto subarrendara el despacho para que ensayara un conjunto tropical, y que un viejito tratara de darme una puñalada... Romanos más o romanos menos...

—¿Y está bien muerto? —preguntó Gilberto.

—Un chocolate con donas —pidió El Gallo.

En las primeras horas de la mañana, un mensajero en motocicleta llevó hasta la casa de Héctor Belascoarán Shayne un sobre color manila. Recibió una propina y se fue. Héctor quedó con la puerta del departamento abierta, los ojos aún turbios, y el sobre en la mano.

Después de tomarse dos jugos de toronja manufacturados con polvito verdoso, se sentó ante la mesa de la pequeña cocina y abrió el sobre: media cuartilla con un recado escrito a máquina: *No te metas*, un boleto de avión para Nueva York a su nombre, y una foto de polaroid donde se veía nítidamente un hombre con la garganta destrozada por una navaja.

Otra vez la muerte.

Perdió diez minutos buscando la cajetilla de cigarros, hasta hallarla bajo la almohada, cerró la puerta de la casa, que se había quedado abierta, y volvió a la mesa de la cocina a ver la foto.

Las primeras horas de la mañana lo desconcertaban, estaban tan huecas, tan torpes, llenas de una sensación de irrealidad, que lo hacía desconocerse.

El muerto en la fotografía era más joven que el romano, sin embargo, tenía el pelo grisáceo en las sienes, cortado a cepillo y una cara cuadrada con la mandíbula dura. No se podía apreciar más porque la cabeza estaba lanzada hacia arriba a causa de la cuchillada. Lo habían sentado en una silla y tenía las manos atadas al respaldo con algo que no parecía cuerda, sino más bien un alambre.

Un policía, pensó Héctor sin saber por qué; quizá por el pelo a cepillo, o por el traje gris mal cortado, que vagamente le sugerían la imagen

de la policía secreta, de los porteros de hotel de lujo, de los prestamistas en la entrada del Monte de Piedad.

¿Y qué demonios tenía todo esto que ver con él? No estaba metido en nada, llevaba dos meses de contemplación cuasibudista de las calles del centro de la ciudad, dando interminables paseos, hurgando en las vecindades, regateando en las librerías de viejo, viendo las nubes o el tráfico desde la ventana de la oficina. Dos meses a la espera de algo en lo que mereciera la pena poner la vida. Y ahora esto: dos muertos y un billete de avión a Nueva York para que no metiera las narices en la historia. Pero, si no querían que metiera las narices en la historia, ¿para qué le ponían al romano en el baño y le mandaban la foto del otro?

Mientras se bañaba con agua fría, porque el calentador de gas no funcionaba, tomó una decisión insospechada para tratarse de él: decidió esperar un día más antes de optar por hacerse a un lado o meterse en la historia. Dos minutos más tarde había cambiado de opinión.

—¡Que se vaya a Nueva York su puta madre! —dijo estremeciéndose por el frío.

Cautelosamente, recorrió el pasillo y abrió la puerta del baño sólo para descubrir lo que resultaba evidente (¿quién sabe por qué?, ¿quién sabe cómo?, pero evidente al fin y al cabo): que el romano había desaparecido. Quedaba la huella parduzca de la sangre, y un olor vago que Héctor Belascoarán Shayne, detective independiente, atribuiría desde entonces al olor que va dejando tras de sí la muerte.

Cerró la puerta y contempló a sus tres vecinos que esperaban curiosos en la puerta del despacho situado al final del pasillo y cerca de las escaleras.

—No está. Se fue —dijo lacónico y avanzó hacia el despacho.

—Y yo que nunca lo vi —se quejó Gilberto.

—Era un romano medio chafa, traía calcetines —observó el tapicero.

Héctor dejó a los dos hombres en el pasillo y entró al despacho.

El día anterior había montado guardia hasta las doce de la noche desde el café de chinos porque estaba seguro de que algo así iba a ocurrir, pero el sueño lo había vencido y se había retirado. Después de todo, era un motivo para ponerse contento, la intuición le funcionaba.

Tomó la chamarra del perchero y se dispuso a salir cuando sonó el teléfono. El Gallo Villarreal levantó la vista de su restirador, donde estaba dibujando una mujer desnuda sentada en un taburete, y se quedó mirando el aparato.

—¿No es muy temprano para que esté aquí, ingeniero?

—Vine a ver al romano.

—Se la peló, lo lamento —dijo Héctor tomando el auricular.

Al otro lado de la línea, su hermana Elisa lo invitaba a comer. Dijo que sí sin pensarlo dos veces y salió a la calle.

El frío le dio suavemente en la cara al llegar a la entrada del edificio y se le tensó un músculo facial, cerca de la cicatriz que cruzaba el ojo inútil resultado de un viejo combate. Siempre ahí, siempre recordando lo cerca que se podía estar, lo fácil que era irse a la mierda, lo culero del país y del oficio.

Metódicamente recorrió los posibles testimonios sobre la fuga del cadáver romano. Fracásó en la tienda de discos, con doña Concha, la mujer que lavaba las escaleras del edificio, con el chino del café, y triunfó al interrogar a Salustio, el tuerto del puesto de periódicos de la esquina.

A las seis de la mañana habían sacado del edificio una caja, "como de refrigerador chico", entre dos hombres y la habían cargado en un camión de mudanzas. A la misma hora que llegaba a su casa la foto del segundo muerto. No hubo descripciones de los hombres, ni señas particulares del camión. El tuerto se disculpó.

—Con un ojo nomás, se ve de la chingada a las seis de la mañana, tocayo, y peor tantito si lo traí uno nublado del pedo de anoche.

Héctor decidió sumarse al torrente humano y ver si las ideas se ordenaban al ritmo de los pasos. Encendió un cigarrillo y comenzó a trotar por el centro de la ciudad.

¿Qué estaba pasando? Si no querían que se metiera, para qué le mandaban muertitos. ¿Qué chingaos estaba haciendo el romano en todo esto?

—¿Ixtapalapa? Era diciembre el mes y no semana santa, no había conexión.

Cruzó la Alameda mirando a un globero y a dos niños que lo seguían. Al llegar a avenida Hidalgo se acercó a la bola que estaba contemplando cómo un cortocircuito en el motor había incendiado una panel de la policía.

Dos agentes uniformados trataban de apagarlo sin que nadie se ofreciera voluntario para echarles una mano. *Ah qué los mexicanos, mirones y malosos con la ley*, pensó cuando la panel estalló en medio de un bellissimo fuego de artificio. Los mirones, que sumaban cerca de un centenar, aplaudieron y luego comenzaron a retirarse ante las miradas de odio de uno de los policías, que traía un máuser en las manos.

—Tuvo buena la explosión —dijo un vendedor de lotería.

Héctor asintió.

—Lástima que no volaron los dos culeros esos —dijo un preparatorio cargado de libros que pasó veloz a su lado para tomar el camión.

—Lástima —dijo una vendedora de elotes a la que los dos policías estaban extorsionando cuando se inició el fuego y que recuperaba el carrito encargado con dos niños.

—Lástima —repitió Héctor. Encendió otro cigarrillo y se fue a comer.

—Tú lo conoces mejor que yo, dime si me tengo que preocupar o si me tiene que valer sombrilla.

—Yo no conozco un carajo, me deja siempre frío, él y sus cuates hablan en una clave que no entiendo. Son dueños de cosas más grandes de las que yo tengo. Yo no tengo nada...

—Ya párale o abro la ventanilla del departamento de quejas —dijo Elisa que sostenía la conversación mientras traía a la mesa platos, vasos, saleros, pan, servilletas de papel y dos platos con un estofado de carne oloroso y saludable—. Héctor se rió francamente por primera vez en un par de días. Se le estaba quedando la boca chueca de mantener el humor controlado con una media sonrisa.

—Además de que está bebiendo, ¿qué pasa?

—Eso pasa. ¿Por qué bebe?

—No le des vueltas, Elisa, hermanita, ¿tú piensas que trae broncas? Dime lo que crees y no ando dándole rodeos.

—Tiene algo muy jodido entre las manos. Lo he visto dos veces esta semana y las dos veces lo vi triste, apagado. Una de ellas medio bebido. Fui otra vez a su casa y estaba dormido y bien ahogado, apestaba a ron el cuartito. No me gustó.

—¿Estás segura?

—No me atreví a decir nada, ni a meterme... Soy una pendeja, no le tengo confianza a mi hermano para hablar con él.

—A mí me pasa lo mismo contigo, idiota.

Elisa abrazó a Héctor.

Las pecas le brillaban con la luz del sol que entraba de refilón por la ventana del pequeño departamento.

—Lo invité a comer, dijo que no podía, pero que lo esperaríamos para el café.

—Yo valgo paraguas si tú vales sombrilla. Seguro que no...

El timbre sonó cuando estaban tomando café y recordando las tardes infantiles en la vieja casa de Coyoacán, con el viejo Belascoarán contando una versión socializante de la biografía de Wild Bill Hickok.

—¡Jefe! —aulló una sombra rubia y pecosa que se lanzó desde la puerta a los brazos de un desconcertado, tímido, pero alegre Héctor Belascoarán Shayne.

Tras Marina, entró Carlos Brian, el hermano. Con tres o cuatro años menos que Héctor había conservado violentamente los rasgos irlandeses de la familia materna, señalados en una mata de pelo rojo y unos ojos extraordinariamente azules. Extraordinariamente azules y extraordinariamente cansados, pensó Héctor mirando por segunda vez a su hermano mientras intentaba que Marina se descolgara de sus hombros.

—Caramba, el hermano mayor —dijo Carlos dándole una suave palmada en las mejillas.

—¿Hace cuánto, jefe?

—Dos años ya, compañerita.

Entraron a la pieza que servía como comedor y recámara de transeúntes ocasionales. Elisa había ido a la cocina a preparar más café.

—Y ahora ¿qué estás haciendo, hermano? —preguntó Carlos.

—Lo peor es que no lo sé.

Héctor dudaba entre lanzarse a explicar las historias del romano muerto en el baño de la oficina y el desconocido de la fotografía, o hundirse en el habitual mutismo.

—¿Ustedes qué hacen? —Optó por salirse del ring.

—Un niño —dijo Marina mostrando la naciente barriga hinchada por el embarazo.

—¿En serio? —preguntó Elisa que entraba con una cafetera humeante.

—En serio —dijo Carlos.

Héctor sacó sus Delicados largos con filtro y encendió uno.

Voy a ser tío, pensó. No tenía ganas de sumergirse en la vida de Carlos, no quería más problemas. Repentinamente se dio cuenta de que él también estaba cansado. ¿Cansado de qué? se preguntó.

—Yo también estoy cansado —dijo, como si alguien gracias a esa declaración fuera a proporcionarle una respuesta.

—¿Tú y quién más? —preguntó Carlos.

—Y tú evidentemente —salió al quite Elisa.

—Ya me voy, si va haber ping pong familiar cojo mi cachucha y me escapo.

—Échale la bronca de frente, Elisa —dijo Héctor tomando una taza de café, sosteniéndola suavemente, huyendo de los ojos de su hermano.

—¿Yo? ¿Soy el objeto de la reunión familiar? —preguntó Carlos riendo—. Cref que eras tú —dijo, señalando a Héctor.

Marina se había sentado en una esquina del cuarto, sobre la alfombra.

—También podría ser yo —remató Elisa, que contemplaba sonriente a Marina.

—¿Qué pasa? —preguntó Marina.

—Creo que somos una familia rara —dijo Héctor.

—Lo que son, es una punta de culeros —dijo Marina.

Mientras los cuatro sorbían el café, se hizo un largo silencio. En la calle un niño arrastraba un carrito y el rechinado caía a través de los cristales sobre ellos.

—¿Pasa algo, verdad Carlos? —preguntó Elisa—. Aparte del niño, claro.

—Ajá.

—Cuéntaselos, coño, parece que no les tienes confianza —dijo Marina mirándolo a los ojos.

—Otra vez, hoy no tengo un buen día —se puso en pie—. Gracias por el café, hermanita. ¿Vienes? —le preguntó a Marina mientras salía.

Ésta se puso en pie, besó a Elisa, tomó y acarició la mano de Héctor.

—Hasta luego, jefe. Ya sabes, cuando vuelvas a necesitar secretaria, estoy puesta y sin empleo.

Salió dejando la puerta abierta. Héctor se quedó mirando en silencio el pasillo y pensando que los quería bien.

—Parece que fracasó la conversación familiar —dijo Elisa—. ¿Más café?

—No, tengo que despejarme. ¡Vamos a ser tíos! ¿Te das cuenta?

Quizá porque sabía que la soledad no mataba, que tan sólo los solitarios se morían, Héctor había aprendido a moverse por la ciudad prendido en un intenso monólogo interno, al que iba engrapando pedazos del paisaje urbano, adornos navideños, rostros, voces, ruidos, manchas de color, impresiones.

Sin saber cómo, volvió al centro de la ciudad, en hora de tiendas, compras, claxonazos, luces y más luces. Se sentía arropado en el tumulto; anónimo en el bullicio concentraba su fuerza en el interior de su cabeza. Al pasear por Donceles descubrió un viejo que tocaba *Veracruz* al clarinete, en el interior de loncherías y bares. Tomó un refresco en una lonchería mientras gozaba la canción, y contemplaba la cruel relación entre el músico y su público. Lo siguió, al terminar la pieza, al interior de una cantina. El viejo volvió a entonar *Veracruz*. Nuevamente la misma impasibilidad en los rostros de los involuntarios espectadores. El viejo no

estaba allí, nunca había estado allí. Lo siguió al interior de una ostionería veinte pasos más hacia San Juan de Letrán. Y luego a un expendio de jugos.

Por cuarta vez el ciego pasó el sombrero ante Héctor y éste por cuarta vez dejó caer unas monedas de a peso, las últimas.

—Perdone, ¿nomás se sabe *Veracruz*?

—No, me sé otras, pero de allí era una novia de la que me estoy acordando seguido —dijo el viejo.

Héctor renunció a seguirlo; ya no tenía más que un billete de a quinientos, y se negaba a oír la música sin cooperar. Pasó al lado del hombre que iniciaba nuevamente la tonada con un clarinete prófugo de épocas mejores, de mejores recuerdos. En el expendio de jugos, nadie hizo mayor caso de la música, pero a cambio había una buena cola pidiendo agua de tejocote, que estaba de estreno, por lo visto.

¿Cuántas cosas no sabe uno?, se dijo Héctor a raíz del descubrimiento de lo del agua de tejocote, y enfiló hacia Artículo 123 para meterse en la oficina.

Cuando subía a pie las escaleras del edificio sintió cómo llegaba el cansancio de las horas pasadas trotando por la ciudad.

—La casa está tranquila, vecino —dijo el ingeniero Villarreal, alias El Gallo, sumido en sus planos.

—¿No trajeron a un muertito vestido de Netzahualcóyotl?

—Parece que hoy estamos de vacaciones.

Héctor caminó hasta el sillón y se dejó caer sobre él. Los resortes repitieron el sabroso crujido de los últimos meses al adaptarse al cuerpo. *Coño, cómo se deja querer este sillón*, pensó Héctor.

¿Qué está pasando?

Héctor se sumió aún más en el cuero viejo. El aire estaba impregnado de humo de los puros jarochos que fumaba El Gallo. Allá afuera, la dulce noche. Aquí el despacho acogedor, dos muertos rondando por ahí. Mucha paz para dos fantasmas. Héctor no quería pensar. La frontera de las ideas estaba en rememorar la forma como se balanceaba el viejo que tocaba *Veracruz*, cómo desafinaba el clarinete, el sonido metálico en medio de los ruidos del tráfico, la melodía dulzóna y contagiosa.

—Usted dígame, usted es científico...

—Yo nomás soy científico para los cálculos de la red cloacal, para lo demás soy ojo de buen cubero.

—Yo soy ojo parejo, mi buen... Me metí a detective porque no me gustaba el color que mi mujer quería para la alfombra. El diploma me lo dieron por trescientos pesos, y nunca leí novelas en inglés. Cuando

alguien habla de huellas dactilares me suena a propaganda de desodorante; con la pistola nomás le doy a lo que no se mueve mucho, y sólo tengo 32 años.

—Que sean por mucho tiempo, vecino.

—¿El qué?

—Los 32 años.

Se hizo una larga pausa. Héctor encendió un cigarrillo.

—No entiendo nada —dijo y aventó al suelo el cerillo, renunciando a la opinión científica del ingeniero.

Se estaba volviendo muy hablador. Le gustaba más su viejo estilo, el silencioso y enigmático Belascoarán Shayne. La otra cara del despistado, desconcertado, sorprendido Belascoarán Shayne. La cara para mostrar. Porque después de todo, uno es cazador de imágenes. De la propia imagen. A veces caza bien y obtiene un material consecuente, cálido, próximo a la realidad. A veces se pasa las noches prendido a una ilusión, persiguiendo una sombra. A veces la sombra lo encuentra a uno y todo se fue a la goma. La única posibilidad de sobrevivir era aceptar el caos y hacerse uno con él en silencio. Tomarse a broma, tomar en serio la ciudad, ese puercoespín lleno de púas y suaves pliegues. Carajo, estaba enamorado del DF. Otro amor imposible a la lista. Una ciudad para querer, para querer locamente. En arrebatos.

De todo esto y de más (frío, música ranchera que subía de la tienda de discos, techos de autobuses que pasaban ante los ojos sin acabar de registrarse) se alimentaba la cabeza de Héctor mientras contemplaba la calle desde la azotea del edificio de Artículo 123. Había subido a perseguir la noche, a fumar un cigarrillo viendo desde arriba, a tomar distancia.

Había que esperar. Los asesinos tendrían que dar la cara alguna vez. Tiró el cigarrillo y contempló gozoso cómo suavemente descendía la débil brasa, la pequeña manchita de luz que bajaba lentamente los seis pisos.

—Se llama Rataplán —dijo la muchacha de cola de caballo.

Héctor, que había salido de la cocina con el cuchillo cebollero en la mano izquierda y dos huevos en la derecha, no supo bien a bien qué hacer con el diminuto conejo que le ponían en las manos.

Ante él, sonriente e impávida, tarareando el tema de Casablanca, la muchacha de la cola de caballo le tendía un pequeño conejo negro.

—¿Es macho o hembra? —preguntó el detective sin apartarse de la entrada y bloqueando el paso.

—Macho, obviamente, güey. Sería incapaz de traerte una coneja.

—Entonces, pasa.

Héctor le dio la espalda y caminó hacia la cocina.

—Pon el disco que ya está, sólo ponle la aguja en la segunda canción.

—¿Qué es?

—Jerry Mulligan.

El aceite humeaba, las cebollas estaban más que tostadas. Sacó un poco de aceite y cascó los huevos encima. *Ya se había jodido la tortilla*, pensó.

Los fracasos separan, el miedo ahuyenta las ganas de probar y llama al miedo, la vida corre. En todo eso había que pensar, pero Héctor no quería lamer los labios de la herida y se dedicó a mascullar mientras la tortilla se iba haciendo lentamente. En la sala, la muchacha de la cola de caballo había logrado prender el desvencijado tocadiscos y Mulligan tomaba el viento por asalto con su saxofón, para todo aquel que lo quisiera oír.

—¿Quieres que me vaya?

—¿Qué?

—¿Que si quieres que me vaya? —preguntó asomando la cara por la puerta de la cocina.

Héctor dudó.

—Sí.

—Te dejo el conejo —dijo la muchacha y desapareció.

Héctor escuchó el sonido de la puerta y luego, salió a buscarla, a gritar sin gritar que no se fuera, a sofocar las ganas de tomarla del brazo y detenerla. Y la tortilla se fue a la mierda quemándose más allá de todo arreglo.

—¿Sabes qué? —preguntó Héctor.

El conejo lo miró un instante y luego se dedicó a roer una bota.

—Que ya no la voy a hacer con ninguna mujer.

El conejo levantó la vista ante tan macabra declaración y alzó las orejas.

—Que ya no voy a poder sostener relaciones estables con nadie.

El conejo lo contempló con una mirada adusta.

—Y sabes lo peor, que yo ya lo sé.

El conejo se dio la vuelta y meó la alfombra.

Héctor sonrió, se rió, y se puso a llorar.

. . .

Tenía dos muertos, una credencial enmicada, una factura de luz, una foto del segundo cadáver, la posibilidad de rastrear la agencia de mensajeros con la que se la habían mandado, un boleto para Nueva York. Y para de contar. No era mucho, pero era mucho más que estar llorando en una esquina del cuarto mientras la casa se ventilaba y despachaba a la calle el olor de la tortilla quemada. Si se hubiera puesto a trabajar de inmediato, hubiera ganado un día, en lugar de permanecer a la espera de quién sabe qué extraños acontecimientos.

Puso el tocadiscos a todo volumen y comenzó a pensar. Mulligan de nuevo transmitía una caricia suavemente peluda a los oídos. Como el conejo, si supiera tocar saxofón.

La credencial decía:

LEOBARDO MARTÍNEZ RETA.

y acreditaba a las tres palabras como benefactoras de los dudosos descuentos de las tiendas del ISSSTE. ¿Por qué tenerla en el calcetín? No daba datos sobre el origen, el empleo o la ocupación del hombre. Ni siquiera era evidente que Leobardo fuera el romano degollado. Podía habérsela encontrado en el suelo y por eso la trafa en el calcetín. La factura de luz era de una carpintería en la calle Bolívar, por el número 250, una carpintería situada en los altos de una casa, y el consumo era bajo.

Una pregunta lo estaba molestando profundamente. Si se habían tomado la molestia de retirar el cadáver del romano, ¿por qué no le habían quitado el recibo y la credencial después de matarlo? La agencia de mensajeros era tiempo perdido, desechó la idea de rastrear por ahí. El boleto tenía una fecha: mañana a las 12 de la mañana.

Una buena hora para irse a Nueva York. Una buena hora para no irse a Nueva York. Mulligan era dueño del aire, el conejo de la alfombra: ¿Qué comían los conejos? ¿Qué comían los saxofonistas? ¿Qué comían los romanos muertos? ¿Qué, los detectives que habían quemado a lo pendejo su tortilla?

La sangre nunca para hasta que llega al río.

—ALBERTO HIDALGO

—¿Éstos le gustan, joven?
Héctor asintió. Sobre la plancha quedaron los cuerpos de los dos hombres degollados.

—¿Han sido identificados? ¿Se sabe algo de ellos?

—Uno aquí no sabe bien, nomás cuida que no regalen los muertitos a las taquerías... —dijo el encargado riendo.

Héctor sacó un billete de cien pesos y lo tendió al hombre, que lo guardó en el bolsillo del uniforme.

—Los encontraron en el mismo lugar, juntitos y ya encuerados, allá por el Molinito, en la carretera de Toluca. Vino a verlos el judicial que hace aquí los trámites, y luego vino uno más caca grande, un jefe de grupo. A ese no lo había visto nunca por aquí. Será que les gustó el caso... Ya vio que les cortaron la garganta casi igual, y uno tiene marcas en las muñecas, como si lo hubieran tenido amarrado...

Héctor observó los dos cadáveres desnudos, ya medio azulados. Hombres de cincuenta años, fuertes pero gastados, morenos ambos, ya con canas, tristes, quizá por bien muertos. Dos muertos conocidos, uno salía de la fotografía, el otro extrañaba el casco de romano.

—¿El comandante ese que estaba a cargo de la investigación?

—El jefe de grupo... Creo que le dicen mayor Silva... Ha de ser por mayor pendejo; nomás los vio y dijo: ahí guárdenlos. Ni se fijó bien en las marcas. Yo sí me fijé.

Héctor salió caminando del depósito. Pensó en silbar una melodía y se detuvo un instante a escogerla. Tenía que ser una que le quitara el mal aliento y la visión de las dos gargantas cortadas. Una como bossanova, como samba... Tras darle vueltas optó por *Corcovado* y se fue.

La casa de Bolívar estaba rodeada de cantinas, una relojería rascuache y un tallercito donde hacían ganchos de ropa en madera y los pulían a la vista del que se quisiera asomar. Enfrente de la casa había un taller de herrajes, donde un obrero jugaba al yoyo y se ventilaba la panza, agobiada por el calor de la fundición. Allí se situó el detective independiente Héctor Belascoarán Shayne para estudiar el escenario.

No se sentía particularmente inteligente, particularmente agresivo o audaz. Simplemente, trataba de afilar los sentidos, empaparse del ambiente y romper la apatía con la que se había incorporado a la vida ese día. Apatía reforzada por la visión de las dos gargantas cercenadas.

Se desprendió de la pared y avanzó hacia la casa. Pasó por la entrada de la vecindad brincando a dos niños que jugaban canicas. Subió por unas crujientes escaleras de madera sucia. Un piso, otro. La azotea. Dos mujeres lavaban ropa.

—¿La letra b, la carpintería?

Una de las mujeres señaló un portón en la misma azotea.

El ruido de una sierra cinta mordiendo la madera lo condujo hasta el tallercito. Dos hombres desnudos de la cintura para arriba trabajaban, entre una polvareda de aserrín, a toda velocidad.

—Ni me diga nada, ya vamos a cerrar —le dijo uno cuando Héctor se situó en el vano de la puerta.

—Se acabó la jornada, tronó el maestro, y vamos a celebrarle el velorio —dijo el otro, que mostraba una sonrisa reluciente bajo una gorra de beisbolista colocada al revés.

—¿Velorio en la casa?

—No, velorio en La Numantina. Para puros cuates. ¡Nosotros dos!

—Yo era amigo del maestro, ¿dan chance?

—En esa cantina, el que paga, pega, jefe.

Entre la primera y la tercera copa, Héctor, que a pesar de los esfuerzos no pudo cambiar el maderito por un pato de toronja, comenzó a introducirse en los intrincados laberintos de la reflexión íntima.

Si la vida es el lapso que corre entre el momento en que lo levantan a uno pescado de las patas y esperan que aulle, hasta el momento en que los viejos amigos brindan por tu reciente cadáver, todo estriba en ver cuántos buenos y viejos amigos podían hacerse en ese tiempo. La vida iba a ser medida por los amigos que uno lograra obtener y sostener a lo largo de los años. Eso lo hacía todo complicado, porque no sólo se trataba de que fueran fieles, sino de que estuvieran vivos en el mejor sentido de

la palabra. Y para tener amigos nobles hacía falta convivir en términos de nobleza con el país y con ellos. Era evidente que el maestro y dueño del taller de carpintería había fracasado si su vida se juzgaba por el par de alcohólicos desenmascarados que hoy brindaban por la fortuna de que se hubiera muerto. Pero, ¿él? ¿Cuántos locos harían del velorio de Héctor Belascoarán Shayne un motivo de reunión, nostalgia y amor? Pidió otro maderito y ante la mirada hostil del cantinero, que adivinaba en él un odiado paria de la casta abstemia, se lo echó de un solo trago. Luego, contó con los dedos. Estaban sus tres vecinos de despacho: Gilberto el plomero, Carlos Vargas el tapicero y el Gallo Villarreal, ingeniero experto en drenaje profundo. En estos tres últimos años habían creado una íntima solidaridad basada en las diversidades de sus oficios y de sus actitudes ante la vida; pero había más que la solidaridad, había una forma de tomar distancia sobre el país y separarse de la parte más jodida de la patria. Estaba el cuervo Valdivia, locutor de radio, y estaban Elisa y Carlos, sus hermanos, con los que había creado un reducto mafioso de solidaridad familiar. Estaba el cura de Culhuacán, el padre Rosales, con el que se había metido en el lío de la Basílica; y estaba el cantante de tropical, Benigno Padilla, Beni el rey, al que había salvado la vida; y estaban los hermanos Reyna (el chico y el grande), sindicalistas con los que había trabajado; y estaba Mendiola, el periodista, que había surgido del pasado preparatoriano, al igual que El Cuervo y que Maldonado, licenciado en derecho afecto a las drogas heroicas, poeta al borde del túnel permanentemente, al que le unía la fidelidad a la presencia de la muerte. Y ya. Todos ellos nuevos o recuperados en los últimos tres años de andanzas detectivescas. No había salvado nada más del remoto pasado. Ahí, Héctor Belascoarán Shayne, detective, dudó: ¿podía agrandarse la lista con las mujeres que había amado y lo habían amado?

Los responsables del velorio eran los dos trabajadores de la carpintería. Nadie más se había sumado a ellos en la cantina, que estaba particularmente solitaria. En una esquina, un estudiante bebía tequila bajo el absoluto convencimiento de que eso es lo que hay que hacer cuando se queda uno sin novia; había un viejo burócrata jugando al solitario, y luego el trío formado por los carpinteros y Héctor, empujándose un maderito tras otro.

—¿No tenía más cuates don Leobardo? —preguntó Héctor.

—Pinche viejo mamón, con perdón si usted lo conocía bien.

—No, yo más bien lo conocía poco.

—Era de Durango, y le había hecho de todo, y aun así no tenía amigos, fíjese como era de cabrón.

—¿Ni un amigo?

—Pues se llevaba con los dos changos esos que habían sido del equipo de Zorak con él. ¿Cómo se llamaban, tú? —le preguntó el más joven al otro.

El carpintero más viejo eructó antes de contestar.

—Ahí fue sus glorias del Leobar... Cuando le cargaba la maleta al Zorak.

—¿Qué le hacía al Zorak? —preguntó Héctor intrigado.

—Le soplabla los huevos cuando salía del incendio —le respondió enigmático el hombre.

—Y le pasaba la lima de uñas para romper las pinches cadenas.

—Y le tapaba el barril donde lo echaban al lago de Chapultepec.

—Y seguro él amarró el cable del helicóptero.

Se había establecido un peloteo entre los dos carpinteros mientras Héctor trataba de imaginarse al tal Zorak y de establecer las confusas relaciones que tenía con el muerto.

—Seguro le amarró el cable —dijo el más joven y se soltó riendo.

—¿Y se puede ver al Zorak ese? —preguntó tímidamente el detective.

—Sí, como no, ahí con don Leobardo —dijo el joven.

—¿Está muerto?

—Se cayó de un helicóptero hace dos años cuando andaba haciendo mamadas por las alturas.

—Andaba de angelito —dijo el joven que ya estaba bastante borracho.

—Y don Leobardo, ¿qué tenía que ver con eso?

—Era chicharo del Zorak... Que ahora tráigame la capa don Leobar, que consígame unos cuchillos filosos para metérselos en el fundillo a mi ayudante, que ahora una de magia con esposas inglesas y los pies atados... Y ahí iba el Leobar... Eran los dos de Durango, por eso lo había contratado el Zorak.

—¿Y quiénes eran los otros dos amigos?

—Deme otra joven —dijo el más viejo saliéndose de la conversación y caminando con la copa en la mano hacia el jugador de solitarios.

—El primo del Zorak, que le hacía de guardaespaldas; pinche mamón, muy creído con la cuarenta y cinco ahí nomás colgando...

—¿Y el otro?

—El administrador, el agente de publicidad... ¿Así le dicen? Tiene una carpa ahora en San Juan de Letrán... Se le fue el Zorak y se le acabó el cuento... Ahí se pasaban horas en la maderería los tres tragando caca y pensando que ya la habían hecho, que ya tenían los billetes en la mano,

¡y zas! que se les muere el Zorak y se les acabó la lotería... Y ellos muy culeros chillaban y bebían tequila añejo, pero no invitaban... ¡Échese otra, chingá!

Héctor aceptó, total de cuatro a cinco. El suelo se movía un poco.

—¿Cómo se llama la carpa?

—La Fuente de Venus... Buenas viejas ahí. ¡Uta!... Vámonos compadre, ya me anda... —dijo el joven gritándole al viejo y señalando la bragueta.

Héctor paseó su solitaria borrachera por la colonia San Rafael. En la bruma alcohólica, las ideas adquirían una densidad muy peculiar, todo era transparente, nítido. El problema era, ¿qué era todo? ¿Qué era transparente? Ahí estaba el problema, en que no lograba hilvanar la aparente claridad con nada. Era como ser listo y no tener para qué. Y mientras se reía un poco de sí mismo en el laberinto del maderito, caminaba entre las taquerías y las zapaterías, las tiendas de discos y juguetes, ruido sobre la multitud. Había oscurecido. Manchas violetas pringaban el horizonte hacia Tacuba. De repente, Héctor se detuvo, estaba caminando hacia algún lado, no estaba vagando sin rumbo; la borrachera y el paseo tenían un objeto, un destino: la casa de Mendiola.

El descubrimiento mejoró su humor y lo hundió más en la nebulosa alcoholera. Sonrisa de oreja a oreja rematada con eructo. Bajó por Miguel Schultz rumbo a la funeraria. Mendiola vivía en una vecindad, en un primer piso; desde la ventana de la cocina se veía la carga y descarga de difuntos, los furgones fúnebres, las coronas relucientes, las flores ajadas, los ataúdes brillantes con chapeados de bronce, los uniformes, los hombres y las mujeres llorando.

A lo mejor por eso Mendiola era como era; por eso y por hacer de periodista. Las dos cosas se le mezclaban a Mendiola cuando iba a darse una liberada en la lucha libre. Por treinta y cinco pesos, se ahorraba lo del psiquiatra.

Fue allí donde lo había conocido Héctor hacía un par de años. Mientras el detective seguía al second del Mil Máscaras, Mendiola aullaba (entre caída y caída, piquetes de ojo y patadas voladoras) mentadas de madre contra los que le pagaban los embutes, contra el director que le mochaba las crónicas y le daba encargos de lamebotas, contra él mismo por aceptarlo. Ajenos a la lucha libre, sus gritos no desentonaban en medio del aullido colectivo, sino que hacían un buen coro con los demás, por ejemplo con los de la vieja de al lado que gritaba:

—¡Chínguelo enmascarado, mátelo, chínguelo, chínguelo! ¡Es puto!
¡Es puto!

Estaba fresco en la cabeza de Héctor cuando la cara redonda y abo-
tagada de Mendiola apareció.

—¿Quihúbole, cabrón? —dijo lacónico y caminó hasta la cama ca-
yendo entre libros y platos sucios.

—Me emborraché —contestó el detective, y se dejó caer a un lado
del periodista lanzando un plato con chicharrones mohosos al suelo.

—¿A poco? Pues si no bebe.

—No bebo, nomás me emborracho.

—¿Por motivos profesionales?

—École.

—Ah, bueno, así, sí.

—Así, sí, ¿qué? —preguntó Héctor y empezó a reír.

—La borrachera. Yo por puros motivos profesionales bebo.

—Ya estás pedo, Mendiola.

—Totalmente Belascoarán. Totalmente pedo... Por motivos profesio-
nales.

Los dos comenzaron a reírse. El periodista se puso en pie y caminó
hasta la ventana.

—Mire, Belascoarán, un entierro.

Héctor se puso en pie, tropezó con un par de zapatos y llegó tamba-
leándose a donde lo esperaba el periodista.

Bajo el balcón se iniciaba un entierro.

—Mendiola, ¿quién era Zorak? —preguntó Héctor estimulada la me-
moría por el reluciente ataúd negro.

Pensaste que la vida era botín. Sin duda el país invitaba a tales desmanes ideológicos. Un botín por el que había que pagar un precio: mucho entrenamiento, mucho sufrimiento, muchas penurias; conciencia patria de esa de se-levanta-en-el-mástil-mi-bandera, y bastantes lambisconerías, arrastradas, lamidas de botas.

Pensaste esas cosas a lo largo de una carrera en la que las misificaciones iban desplazando a la realidad hasta que se sobreponían a ella totalmente y la ocultaban. Las mentiras sustituían los hechos reales en tu memoria y poco a poco se volvían viejas verdades para sustituirse a conveniencia y en el tiempo por nuevas falsificaciones.

Fue por eso que pronto olvidaste el camión lechero donde trabajaste alguna vez recorriendo las polvorientas calles de Durango, y lo borraste. Borraste también, con la misma goma hiriente y afilada, tu nombre original, al que nunca volverías: Arturo Vallespino González; borraste la primaria federal, la casa en la colonia Dos Aguas, a la que nunca se le añadió el cuarto de atrás puros proyectos, puros pinches proyectos). Borraste al jefe y a la jefa, a los carnales. En cambio no borraste las fugaces visiones que puede tener de la incursión de Hollywood en Durango un repartidor de leche: John Wayne saliendo de un hotel, Robert Mitchum disparando una escopeta de cañón recortado en una filmación, una manada de caballos recorriendo las calles de la capital, dos dólares que te dio de propina un asistente de cámara. Eso se quedó en el desván de los recuerdos fingidos y reales. Junto a estas memorias, en una recóndita esquina quedó un sueño que terminaste por creerte. Aquel donde salías de un baño de vapor y te tropezabas con Jack Palance. El tipo te miraba fijamente y te insultaba en inglés, y tú, tras escupir en el suelo, lo abofeteabas. Tras haberla contado muchas veces, la historia pasó al archivo de la seudorrealidad.

De cualquier manera nada de esto era importante, y si lo fue más tarde la alimentación balanceada, las verduras brillantes, los vasos de leche (única huella del pasado) rebosantes y cremosos.

Ésa, tú segunda vida, empezó con el filipino. Había llegado a Durango huyendo de un crimen pasional que a veces le brotaba de la piel y lo rompía como un gran cristal. Venía de San Francisco. Lo conociste en un burdel cuando complementaba sus hazañas en la cama haciendo ejercicios gimnásticos, desnudo a mitad del salón.

Quién sabe por qué y cómo, ahí viste la puntita de un papel en que se leía tu destino y tiraste de él.

El filipino te enseñó a manejar el cuerpo, a estirarlo, a darle consistencia, a volverlo obediente a las órdenes, a curtirlo, a convertirlo en una máquina eficaz y resistente.

La vida se concentró en un trabajo rutinario hecho a toda velocidad en las mañanas (el reparto de leche) y las tardes destinadas a gimnasia y los ejercicios musculares.

El filipino gozaba enseñando sus artes y tú eras un buen discípulo. Después de la gimnasia pasaron al karate, y de allí (otra vez el azar) a los ejercicios de escapismo. El filipino había trabajado en un número de magia ayudando a un contorsionista hindú por los bares de California, y sabía algunos trucos muy bellos. Tan bellos que pasabas las noches en vela paladeando el escape del ataúd, y la fuga de la camisa de fuerza, y el salto mortal en el aro de fuego.

En el turbulento ritmo de la gimnasia pasó año y medio, y un día el filipino desapareció. La borrachera duró tres días y la cruda una semana escasa. Al llegar a la lechería el empleo se había ido a la chingada y tu tarjeta de checar había sido rota por algún subjefe de personal.

Te encerraste en la casa, y te encerraste en el mutismo. Nadie supo qué te pasaba. Ni madre, ni padre ni hermanos: Al fin que ya de por sí y desde antes eras raro, rarito, este güey es de los de antes, no chupa, no come carne, nomás pinches verduras, sale a correr en las mañanas, no tiene vieja, seguro es putón, no come carne, puras verduras, no fuma, no chupa, ay hijo mío, eso no es comida y así.

Entraste de profesor de gimnasia en la primaria federal aprovechando la enfermedad del titular y ahí te salió la segunda habilidad: la verborrea. No te la sabías, la traías dentro y no te la sabías. Y los chavitos de la primaria federal te ayudaron a escupirla. Lo primero que ganaste fue un apodo: El Clavillazo, y muchos de ellos hoy empleados, obreros y locatarios de mercado, y policías y tractoristas y cosas así, hoy recordarán si les apuras la memoria, cómo había un profesor de gimnasia que se echó la suplencia seis meses en la primaria, que decía: flanco *izquiermo* y vamos haciendo unos *ejercicios* y hay que saber marchar para servir a la patria y ahora *gimnasia rímica*.

El Clavillazó, nombre pinche, depositado en el desván de los recuerdos borrados.

La suerte dio el siguiente paso y fuiste a rebotar en el Club Laderas del Norte, donde las esposas de los funcionarios y de la burguesía industrial de Durango hacían gimnasia. Ahí afinaste la verborrea y ganaste tres mil pesos al mes. Fijese, señora, nomás, con lo fácil que es desarrollar las caderas si usted...

El patriotismo de primaria más chafa y barato, y la verba de adelgazador de burguesas, normaron y abrigaron el idioma que te acompañaría el resto de la vida. Fieles compañeros nunca más habrían de abandonarte.

En el club diste tu primer gran espectáculo público: 600 lagartijas seguidas sin dar muestras de cansancio; y privado; al final, en los vestidores te tiraste a la esposa del gerente de Vinícola de Durango, S.A.

En 1967, cuando tenías 24 años, decidiste que era la hora del salto final, fatal, mortal. Y desapareciste un mes.

Ahí murió Durango y murió Arturo Vallespino González.

En un hotel de Irapuato, nació Zorak tras mucho darle vueltas a los nombres y al exotismo. El nombre trajo aparejado un turbante y un uniforme formado por un saco Mao azul y unos pantalones blancos. El efecto final se lograba con una capa dorada.

Al mes de haber desaparecido de Durango Arturo Vallespino, apareció en la televisión desde el DF, Zorak.

Si ahora alguien dice que fue la casualidad, y estuvieras vivo para desmentirlo, lo harías, dirías que fue la perseverancia y la entrega. Pero fue la casualidad y no estás vivo para decir que no.

Raúl Velasco tenía un hueco en el programa maratón de los domingos y un tipo que podía hacer mil lagartijas en público, podía llenarlo.

Y ahora con ustedes, el increíble Zorak, el más grande de los cultores del cuerpo y la mente. Entraste rodeado de cuatro hombres con antorchas y precedido por una señorita medio bizca que Raúl Velasco había contratado para que hablara por ti.

El Doctor Zorak tiene un pacto de silencio, y su ayudante se encargará de presentar el ejercicio.

La medio bizca (que en el estudio llamaban la Mobiloil, por la viscosidad perfecta, como es bien sabido) dijo que ibas a dar una pequeña muestra de las posibilidades del cuerpo humano haciendo mil lagartijas consecutivas ante el público, que venías de Bombay y que no eras un

charlatán, que tenías un doctorado en medicina y una preparación espiritual muy elevada.

Mientras Raúl Velasco informaba que irían mostrando a lo largo del programa cómo evolucionaba el ejercicio y que el público presente en el estudio era testigo del espectáculo, hiciste la faramalla de un ejercicio de concentración, organizaste tu ritmo respiratorio, y a darle.

A lo largo de cuatro horas estuviste haciendo lagartijas, y cada quince minutos, las cámaras de televisión se dedicaron a ti; a ti en cadena nacional.

Era la gloria, la televisión es la patria, la televisión en cadena nacional es México, todo lo demás es mentira. Arturo Vallespinó nunca salió en televisión, por lo tanto, no existía. Zorak salió durante cuatro horas, por lo tanto existía mucho más que todos los demás mexicanos, era parte de la patria.

Y claro, hiciste las mil lagartijas.

Pero no todo fue carrera triunfal. Después de la gloria, que te reportó seis mil pesos una vez que hubiste pagado a la ayudante bizca y a los cuatro monos de las antorchas (la próxima vez que nomás sean dos), no hubo más chamba. No tenías nada que ofrecer, y ni siquiera Raúl Velasco estaba interesado en que en otro programa hicieras mil sentadillas seguidas y consecutivas.

En un hotel de mala muerte en la Guerrero, te retiraste, Zorak, a meditar, ahora sí, de a de veras. Y aprendiste viendo tele todo el día, todos los días, lo que era el show.

Te tomó un mes poder ofrecer algo al programa Maratón que valiera la pena.

La bizca se volvió la señorita S, y tú bordaste una Z roja escarlata en el bolsillo del saco Mao, en el turbante y en la capa.

La S era originalmente de Soraida y cuando te dijeron que se escribía con Z ya le habían acomodado la letrita en su uniforme negro y ni modo de irse atrás. S a secas se quedó.

El número era un escape de un baúl cerrado y los cinco mil pesos que te pagaron se fueron en el carpintero que hizo el armazón y los mecanismos obligados de ese y de los artilugios para los números siguientes. He ahí por qué ayunaste una semana. Y no como dijo un periodista mamón, para prepararte para el acto siguiente.

Así empezó la gloria y los accidentes. Quemaduras de segundo grado al pasar en una motocicleta por una pared de ladrillos prendida con gasolina, un brazo fracturado al tratar de escapar de una caja fuerte. Pero

eso le gustaba al público, ya estaba harto de héroes inmunes. Un héroe que salía madreado frecuentemente daba al riesgo su verdadera dimensión, mexicanizaba el escapismo, volvía real la magia.

Y ahí estuvo usted derrochando imaginación y huevos (más de lo segundo que de lo primero) en actos cada vez más insospechados.

Tu coordinación muscular era cada vez mejor y la seguridad crecía rápidamente.

Hiciste alambrismo, actos de escapismo, motociclismo acrobático, actos de resistencia física (permanecer seis minutos bajo el agua), faquirismo (una huelga de hambre de 60 días en público, con cámaras de televisión semanalmente siguiéndote y los noticieros reportando diariamente tu estado en un breve flash).

Después de la huelga de hambre te casaste con la señorita S, que había decidido que su carrera de modelo de una marca de pantimedias era un fracaso y que su futuro era tu presente.

En 1971, eras un triunfador, ganabas muy buen dinero, y todo el problema estaba en inventar algo complicado para la semana que viene. Lefste a Houdini y a Max Reinbach, a Lilibal y al Dr. Lao Feng. A tu vieja verborrea se añadió un toque esotérico proporcionado por la bazofia pseudobudista que consumía la señorita S (que por cierto se llamaba Margarita) para la presentación de tus actos. Ahí fue cuando mantuviste una reunión, fundamental en tu vida, con Raúl Velasco y le anunciaste que ibas a cruzar la calle sobre un alambre a cincuenta metros de altura y vendado, y que querías hablar.

Lo del alambre le pareció bien, lo del vendado mucho mejor, lo de que hablaras no tan bien, pero te lo debía. Así el doctor Zorak abrió el fuego verbal y olvidó su pacto de silencio.

La presentación fue el momento culminante en la vida de un ex lechero de Durango. Ante las cámaras de televisión explicaste que eras mexicano (no diste tu nombre, tú sólo tenías un nombre, el de tu gloria: Zorak), que dedicabas el programa a la niñez, que deseabas que abandonara las drogas y los jóvenes dejaran la política sucia y los bailes, y que México necesitaba cuerpos sanos en su juventud, y ahí estaba el camino que les ofrecías. La señorita S añadió de su cosecha que eras el número uno en el mundo y que te llegaban telegramas de felicitación de todos los Estados Unidos (ni uno) y de Europa (uno pidiendo que trabajaras en un cabaret en Madrid).

Tres años después, morías al soltarse el cable que te sujetaba de la muñeca a un helicóptero mientras hacías un número promocional en la

inauguración de un fraccionamiento. Una caída desde sesenta metros, e instantáneamente se acabó la gloria.

Dejabas detrás un par de actos novedosos en la historia del riesgo como espectáculo, y un nombre que fue comercializado efímeramente por una marca de galletas (para darle bautizo a una nueva de coco y almendras) y por un cuento de monitos que llegó al número 32.

Ésa fue tu historia.

IV

*La mente exaltada, el corazón alegre;
comienza la jornada vida jugada.*

—ROY BROWN

La violencia del metro acabó por despejar la borrachera del detective y transformarla en un sordo dolor de cabeza. En la estación Hidalgo su vagón fue asaltado por una turba de ciudadanos, que en otras condiciones lo serían. La horda arrojó y comprimió a los pasajeros que ya venían en el vagón. Héctor quedó con los pies en el aire, prensado entre dos oficinistas y un jugador de fútbol americano que perdió su casco y su bolsa en el caos. La salida en la estación Bellas Artes fue un prodigio de juego rudó. Los del interior del vagón lanzaron a los de las primeras filas hacia atrás y usando hábilmente los codos abrieron una brecha en la muralla humana que trataba de impedirles el paso. Una policía femenina fue sobada por cien manos mientras gritaba: ¡antes de entrar dejen salir!

Si un detective privado soportaba el metro una docena de veces al día, no necesitaba más ejercicio, pensó Héctor, y se propuso sugerir al entrenador nacional de fútbol que trajera a sus muchachos al metro al menos un par de veces por semana como prólogo a los juegos en Centroamérica.

Caminó en el tráfico y el neón de San Juan de Letrán gozando la suave brisa de la noche. Otra vez el encanto de la ciudad lo perseguía en medio del dolor de cabeza y el mal sabor de boca.

"La Fuente de Venus" estaba aún cerrada. En una docena de fotografías bajo una cristalera, las vedettes Suzane y Melina mostraban abunda nalga, una de ellas vestida de Cleopatra y rodeada de romanos (!!). A la izquierda y un poco atrás de la segunda foto (donde Melina se quitaba una falda hecha de pedacitos de metal), don Leobardo lucía su toga y su casco; su peto y su lanza. El primer misterio se había develado.

—Están buenas, ¿verdad, jefe? —dijo un mozo que metía un diablo lleno de cajas de refresco al interior del cabaret.

—Quiero hablar con el propietario —contestó Héctor.

—Si quiere que le haga la balona con las viejas, no se va a poder... Además no hay pedo, con un milagro se caen... Hasta llevan el traje de *Clipatra* y todo.

—Tengo que tratar un negocio con el propietario.

—Se la peló, joven. Lo mataron al güey.

Héctor cruzó la calle y se dirigió caminando hacia la oficina. El cabaret abriría dentro de dos o tres horas y necesitaba su sillón para reflexionar.

En el despacho había luz, el Gallo estaba trabajando en sus mapas de la red cloacal de la ciudad de México, la ventana abierta, la luz de la calle iluminaba su escritorio lleno de papeles arrugados.

—Quihúbole mi detective callejero.

—¿Qué pasó mi estimado ingeniero?

—Tengo un recado de Carlos el tapicero para usted. Cuando llegué hace como dos horas, él salía para su casa, y me dijo que anduviera buzo, que toda la tarde se la pasaron rondando por la oficina un par de güeyes que no le latieron ni tantito, jóvenes, de lentes oscuros los dos. Una vez entraron y preguntaron por usted.

Héctor caminó lentamente y se dejó caer en el sillón. Con las dos manos se frotó los ojos tratando de disipar el dolor de cabeza.

—¿Qué pasa? Está todo reconfuso, ¿verdad?

—Algo hay de eso, ingeniero.

Tenía los nombres de los dos muertos, pero no sabía qué tenía que ver él en el asunto. ¿Por qué le habían enviado un cadáver y la foto del otro? Es más, ¿por qué los habían asesinado?

Le dio vueltas a todo en la cabeza:

1) Era un cebo, una trampa. ¿Para qué? ¿Por qué?

2) Había alguna relación entre los muertos y él que aún no descubría.

3) Era un error.

Todo podía venir del pasado, de los últimos años. Podía... En medio de la neblina una idea comenzó a surgir en su cabeza. Quizá. Los carpinteros habían hablado de un tercer hombre en el grupo de amigos, el guardaespaldas de Zorak, él podía saber, si a estas alturas no era cadáver, qué estaba pasando. Y Zorak, esa presencia absurda que parecía estar en el nudo de la historia de los dos degollados, había dejado a una viuda, la señorita S. Ahí estaba otro cabo para tirar y podía tirar de él. Estaba el

boleto de avión desaprovechado, que podía tener un comprador, y si no lo tenía, al menos había decidido pedir que le devolvieran el dinero. Era una buena broma, una justa broma.

—Ingeniero, me voy a un cabaretucho de San Juan de Letrán. Vuelvo. Si ve usted algo raro, encienda la lámpara que hay en mi escritorio y que se ve desde la calle.

—Servidor de usted... ¿Va a haber bronca?

—Nunca se sabe, no sea la de malas y le vean cara de romano.

El Gallo se rió y Héctor salió a la calle.

La única, la inimitable Melina. La dueña de un cuerpo que hará que les chorree la baba hasta el piso y se resbalen en el charco, la ondulante reina de la noche de San Juan de Letrán.

Fuera cierto lo anterior o no, Héctor aplaudió a rabiar compitiendo con los vecinos de la mesa de al lado. Las luces pálidas del cabaret dieron paso al flash violento de un reflector, que hizo que los vasos chocaran más fuertemente para luego ser apagados por la batería del conjunto que acompañaba a Melina.

Melina, vestida de Cleopatra y rodeada de tan sólo tres romanos (tres, no cuatro), apareció en el pequeño escenario. Cuando los aullidos de los 30 ó 40 parroquianos que llenaban las mesas descendieron, la mujer avanzó unos pasos, la batería cesó su repiqueteo.

—Tengan paciencia un momento, mis queridos amigos —nuevo aullido— pero es que ahorita tengo que hacerles un aviso que es en serio... De a de veras serio y que a nosotros los que trabajamos aquí nos ha causado un gran dolor. Se murió don Agustín Salas, dueño de "La Fuente de Venus", el hombre que nos ha impulsado en nuestra carrera artística, a todos nosotros —sorbió una lágrima mocososa y prosiguió— don Agustín, que ha pasado a mejor vida junto con su amigo Leobardo, que hacía de romano por el puro placer de estar en el *chow*, de compartir nuestras alegrías —señaló hacia los otros tres romanos indudablemente solitarios sin su compañero— y nuestras tristezas. Pero así es la farándula, unos vienen y otros se van, unos triunfan y otros fracasan y estoy segura de que don Agustín hubiera querido que el *chow* continuara —levantó los brazos, nuevo aullido— ¡Ahí vamos! —repique de batería y romanos tomando su lugar.

Héctor, mientras las luces se apagaban, dedicó unos instantes a precisar quiénes podrían ser compañeros de pachanga. ¿Quiénes los tres hombres de corbatas chuecas y pelo negro y ondulado que ocupaban la mesa de al lado? ¿Quiénes los dos tipos de portafolios que disputaban a

una mujer de falda diminuta sentada entre ambos? ¿Burócratas? ¿Policías secretos, auxiliares, judiciales, especiales, bancarios, preventivos, de tránsito, federales? ¿Locatarios de La Merced? ¿Prestamistas? ¿Dueños de tlapalerías, de carnicerías, de refaccionarias automotrices? ¿Abarroteros? ¿Distribuidores de droga en chico en las puertas de una prepa? ¿Guaruras? ¿Chóferes de funcionarios?

Melina terminaba el baile de Cleopatra quitándose la corona de diamantina y arrojándola al público, lo demás se lo había quitado ya hacía rato. Las luces se fueron nuevamente y los tres camareros de La Fuente de Venus se lanzaron sobre las mesas a seguir introduciendo nuevas botellas de whiskey adulterado, coñac de contrabando adulterado, brandy mexicano adulterado de origen y ron.

—¿Y ahora quién es el dueño? —le preguntó Héctor a uno de los meseros.

—Sepa. Chance un primo de don Agustín, ó alguien así. De aquí nadie sabe. Seguimos chambeando y punto...

—Oiga, y el otro amigo de don Agustín y de Leobardo, el que era cuate suyo desde la época de Zorak —insistió Héctor sosteniendo de la manga al mesero que intentaba irse.

—¿El Capitán Perro? Hace días que no viene.

—¿Cómo se llama de a veras el Capitán Perro? —el mesero se zafó de la presión de Héctor sobre su brazo.

—Pregúntele a Melina, a ella le andaba cayendo antes.

La vedette mientras tanto iniciaba un nuevo número en el pequeño escenario. Vestida con un traje largo muy escotado y con un enorme yoyo en la mano invitaba a los parroquianos a cantar con ella: "Melina préstame el yoyo-yo, Melina préstame el yo-yo-yo".

Los parroquianos corearon rápidamente la canción mientras Melina trataba de que el yoyo gigantesco subiera y bajara y hacía algunos pasos de baile no muy precisos.

—Le cuesta un cien —dijo el mesero al pasar a su lado. Héctor apuró el refresco que se estaba tomando y preguntó:

—¿Un cien, qué?

—Por ahí anda el Capitán Perro, acaba de llegar.

Héctor sacó dos arrugados billetes de cincuenta de la bolsa del pantalón y se los pasó al mesero. Éste se puso de espaldas y en voz baja dijo:

—El que está parado cerca de la puerta de la luz roja.

Héctor miró hacia donde indicaba el mesero. Iluminado por un foco rojo muy suave, apoyado en la puerta que daba acceso a los camerinos,

contemplando a la vedette, un hombre de unos cuarenta años escasos, con un traje negro y corbata blanca, bigote florido, encendía un cigarrillo. Héctor se puso en pie y llamó al mesero para pagar la cuenta sin perder de vista al personaje. Melina terminaba la canción del yoyo oscilándolo entre los parroquianos de las primeras filas. El Capitán Perro dirigió la mirada distraído hacia la sala y sus ojos tropezaron con los de Héctor. Su cara se transfiguró y una línea de tensión cercó sus ojos. Arrojó el cigarrillo al suelo y salió por la puerta tras mirar por última vez hacia el detective. Héctor recogió el cambio y comenzó a sortear a los parroquianos y camareros.

La puerta daba a un pasillo mal iluminado con dos puertas de cada lado y una de metal gris al fondo. Una de las puertas laterales se abrió para dar paso a la otra vedette del show. Traía por atuendo total un pequeño casquete lleno de plumas de pavo real. La mujer se le quedó mirando fijamente.

—¿Vio pasar al Capitán Perro?

—¿Y ese güey quién es?

Héctor pasó a su lado y la mujer, inclinando la cabeza, le sacudió las plumas del penacho en la cara.

La puerta gris daba a un estacionamiento vacío. El aire estaba cálido, tanto al menos como en el interior del cabaret. Un borracho trataba de montarse en una bicicleta, daba dos golpes de pedal y caía al suelo. Nadie más. El Capitán Perro había desaparecido.

Héctor bostezó, encendió un cigarrillo y decidió irse a dormir al despacho.

Deberían ser más de las dos de la mañana. San Juan de Letrán brillaba a ratos en el neón y estaba extrañamente vacía. Uno o dos coches se detuvieron en el semáforo y Héctor cruzó caminando plácidamente. Era un paseo, nada iba a poder convencerlo de lo contrario. Era el paseo de las dos de la mañana por una ciudad solitaria y cálida. A pesar de su intento de conservar la mente en blanco, abierta a las impresiones de la noche, dos imágenes lo cercaron: el cuerpo moreno de la mujer del penacho de pavo real, y el conejo meando en su alfombra. Había que llevarle algo de comer mañana en la mañana.

*...somos tiempo y en él existimos como el humo en el aire,
como el mismo aire pasajero.*

—ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Tras lidiar con burócratas y procedimientos, logró convertir el boleto de avión a Nueva York en varios billetes de mil pesos. Los llevaba en el bolsillo de la chamarra pegados a la mano. Ahora, la broma estaba hecha. Podía considerarlos adelanto de honorarios por descubrir a los asesinos de don Agustín y don Leobardo o regalarlos al primero que pasara. El primero, ese... Héctor se quedó mirando fijamente a un vendedor de escaleras que le devolvió la mirada confiando más en descargar una de las tres escaleras de madera que llevaba, que en hacer la venta. O esa, y la secretaria apuraba el paso para que le alcanzara el tiempo para cualquier cosa.

Cruzó la Alameda dejando que un airecito suave le sacudiera la piel. El aire iba creciendo y levantaba tierra. Se detuvo ante los carteles que anunciaban la lucha por crear un kilómetro de monedas con destino a la campaña de alfabetización de la nueva Nicaragua y puso sus billetes en la fila ante la sorprendida mirada de un estudiante de la prepa popular que hacía guardia en la punta del kilómetro en proceso de construcción, para evitar que algún hijo de la chingada le robara centímetros.

Tras cumplir el ritual, el detective salió huyendo antes de que la admiración del estudiante de la prepa lo hiciera abochornarse.

—Ni vaya a pensar que porque tiene pistola, es güerito, y dice que es detective le va a tocar el último refresco. Aquí se la pela —dijo Gilberto.

—Somos demócratas nosotros, ¿sabe? —señaló Carlos el tapicero.

Héctor se cruzó de brazos y sonrió:

—Entonces, ¿un volado?

Llovía con furor. Una tarde turbia, ramas desgajadas de los árboles y millares de hojas secas en los charcos. Un viento frío azotaba el agua en la ventana. Los vidrios empañados dejaban pasar manchas de luz: los primeros focos encendidos en el edificio de oficinas de enfrente.

—Si ustedes bajan, les cambio el refresco por un café con leche —dijo el detective.

—Y salir al pinche tifón ese... ¡Ni madres!

—Ta'peor que Krakatoa-al-este-de-Java —dijo el tapicero.

—¿Cuál dejaba? —preguntó Gilberto.

—Éste —respondió Carlos mostrando una tachuela entre los dientes mientras con el dedo índice señalaba la bragueta.

—Sale pues, un volado —machacó Héctor.

El solitario refresco motivo de la reyerta esperaba sobre el escritorio polvoriento, impávido, como gozando.

—El que abre el refresco baja por los cafés —ofreció Gilberto como fórmula mediadora.

Entonces, ahí estaba la trampa. No querían el refresco, querían que él bajara por los cafés. Ah, par de miserables, pensó Héctor.

—Yo con leche, y dos panes dulces —dijo el tapicero.

Mientras Héctor rondaba por la habitación, Carlos el tapicero clavaba tachuelas rítmicamente en el forro de un sillón. Las tenía dentro de la boca y las tomaba con la punta imantada del martillo; de ahí las clavaba sin meter las manos, que utilizaba para ir dándole forma al forro. El plomero, fascinado por el oficio ajeno, y en vacaciones laborales desde hacía una hora, se mecía recostado en la silla desvencijada y giratoria de Héctor.

—Le van a salir arañas a esa chingadera si piensan que voy a la tormenta por sus cafés. Además el chino de allá abajo no presta las tazas.

—Porque usted se niega a dejarle el importe —dijo el plomero.

Héctor se dejó caer en el sillón de cuero que había nacido con la oficina. Los resortes se botaron, la madera crujió.

—Ya podía usted darle una reparada al sillón —le dijo a Carlos.

—Yo soy anarquista —contestó el tapicero barbudo sin que hubiera muy clara relación entre petición y respuesta.

Héctor se estiró, permitiendo que la modorra, la sensación de protección que el cuarto brindaba ante la tormenta, lo invadiera totalmente; relajando los músculos, encendió un cigarrillo.

Un cuarto amplio, pisos de duela llenos de cicatrices, paredes de un blanco cremoso y sucio. Meche Carreño en monokini era dueña total de

una esquina. Sobre un escritorio roñoso lleno de herramientas de plomería, tubos herrumbrados, pedazos de llaves y tuercas, una foto de Emiliano Zapata (ojo acuoso, las lágrimas a punto de brotar por el país que se le iba de las manos). El escritorio de Héctor, sorprendentemente vacío de papeles a excepción de un viejo periódico que servía de directorio, hoja de memorándum y recados telefónicos. Un restirador de dibujante vacío, y varios muebles destripados por el tapicero, ocupando cualquier posibilidad de espacio libre. Polvo, aserrín, grasa, restos de borra, daban al suelo sin barrer desde hacía un mes, configuración de zona de desastre. Y desde su punto de vista, unos calcetines azules y un par de zapatos, los suyos, apuntando hacia ninguna parte.

La tormenta, la deliciosa tormenta que arreciaba, y que iba a sacarlo de las tablas. Del empate con nadie y con nada de los últimos días.

Héctor Belascoarán Shayne, detective privado por extraños y revolucionarios motivos, era hombre de tormenta. O al menos, eso decidió aquella tarde lluviosa. Por eso se levantó del sillón y dijo:

—Ganaron, señores, voy por los cafés.

—Oiga, por mí no se moleste —dijo Gilberto Gómez Letras, plomero que compartía un tercio del despacho con el detective—. El mío con mucha leche y dos donas.

—Ya empezamos —dijo Carlos Vargas, tapicero, tercer vecino diurno del despacho.

Héctor se puso sobre el suéter un rompevientos verde, amarró los cordones de la capucha y encendió un nuevo cigarrillo.

—¿Y usted, nunca va a trabajar?

—Yo, también soy de esos...

—¿De cuáles?

—De los de ese —dijo Gilberto señalando a Carlos.

—Anarquistas —informó el tapicero sonriente.

—Ah que la chingada —dijo Héctor.

Y sí, llovía para quitar las ganas de trabajar, fuera uno anarquista o no. Tierra suelta, reflejos de aceite en los charcos. Los coches levantaban surtidores lanzándolos violentamente contra las banquetas, mojando los aparadores con agua sucia que era barrida inmediatamente por las oleadas de lluvia densa, chaparrón espeso, que caían.

Brincó charcos, evadió un Volkswagen, y entró saltando al café de chinos.

—Don Jerónimo, cafés para mis vecinos.

El chino lo miró con cara de mala leche. Primero porque lo llamaba

Jelónimo, y segundo, porque se negaba a dejar el importe de las tazas. Héctor se sentó en un reservado al lado de un vendedor de periódicos que había entrado huyendo de la lluvia y le compró el *Ovaciones*.

—¿Te gustaría pasear en medio de la lluvia?

Héctor levantó la mirada sobre los titulares del periódico y encontró frente a él a la muchacha de cola de caballo, cubierta con un impermeable rojo que chorreaba. Se puso en pie y salió sin hacer caso al chino que le reclamaba el pago de los cafés.

Subieron a un Renault rojo. Ella sin mirarlo arrancó y se metió en lo más espeso de la lluvia. Los limpiadores latían violentamente en el parabrisas. Ella encendió la radio. En Radio Educación, un locutor explicaba la diferencia entre el blues y el dixie. Luego se abrió paso una pieza de Charlie Mingus. Héctor la miró de reojo. ¿Qué lo ataba tan profundamente a esa mujer? Hacía un par de años que se conocían. Desde los orígenes de la carrera de Belascoarán como detective independiente, cuando él andaba cazando un estrangulador y ella una manera espectacular de morir. Enamorados por oleadas que iban y venían sin que nadie pudiera predecir la duración, habían vivido juntos en temporadas cortas donde rompían el cascarón de sus mutuas y apreciadas soledades. Atraídos por sus halos de locura habían llegado hacia un par de meses al callejón sin salida de la proposición de una relación estable, y ella se había fugado.

El coche salió a Reforma por Morelos levantando una cortina de agua a ambos lados.

—¿Cómo te va con el conejo? —preguntó ella de repente.

—Me gusta —contestó Héctor.

Tomó un pañuelo de la guantera y trató de desempañar el vidrio. El ruido de la lluvia sobre el techo del coche acompañaba bien a Charlie Mingus. Circulaban pocos automóviles por Reforma, pareciera como si la tormenta los hubiera disuelto.

—¿Qué traes entre manos?

—Una historia... un hombrecito vestido de romano de película muerto en el baño de la oficina. Luego me mandan fotos de otro cadáver, y luego un boleto a Nueva York.

La muchacha sonrió.

—Vamos a dejar de vernos un tiempo —dijo ella.

—Vamos a hacer lo que hacemos siempre sin ponernos de acuerdo en nada, y a lo mejor sale bien —dijo él.

Al cruzar la glorieta del Ángel un coche se cerró violentamente ante

el Renault. La muchacha de la cola de caballo dio un volantazo y derrapó en la lluvia. El coche siguió su paso lentamente.

—Vaya hijo de mala madre —dijo ella. Metió primera y aceleró.

—Tómalo con calma, parece que fue a propósito —Héctor sacó la pistola y la puso entre las piernas.

—No seas paranoico, detective, es sólo un hijo de la chingada atarantado por la lluvia con complejo de macho mexicano... Nomás que no sabe en el lfo en que se metió.

La muchacha aceleró, simuló que iba a rebasar por la izquierda y, hundiendo el pie en el acelerador, lo pasó por la derecha tocando el claxon.

Un segundo después, el vidrio trasero de la ventana del lado izquierdo del Renault se astillaba por un disparo.

—A ver ¿quién es el paranoico?

—Tranquilo, detective, es un macho mexicano frustrado.

Héctor miró hacia atrás; el vidrio estaba muy empañado por la lluvia, que ahora caía sobre el asiento trasero del coche.

—¿Qué marca era el coche ese? ¿Cuántos venían?

—Creo que dos nada más.

—¿Les viste la cara?

—¿Tú crees que se les puede ver algo con esta lluvia? Era un Ford viejo.

Ella aceleró más aún y cortó a la izquierda en la glorieta de Sevilla. Héctor, volteando, se esforzó en ver si el Ford los seguía: a unos treinta metros, era un Ford amarillo deslavado.

—¿Ahí está, verdad? —preguntó ella.

—Es de color amarillo.

—Sí.

Cruzó Chapultepec con el semáforo amarillo. Luego frenó al otro lado de la avenida.

—¿Quieres perderlos o encontrarlos?

—Me gustaría seguirlos.

—Va a estar cabrón, conocen bien este coche.

—Entonces...

—Déjame darles un susto por lo menos —dijo ella.

—Putra madre, con quién se me ocurre salir a pasear en día de lluvia. La muchacha de la cola de caballo sonrió.

—Tú eres el detective. A mí se me cierran, me avientan el coche, pero no me disparan.

Arrancó suavemente y luego aceleró cuando los primeros coches salieron con la luz verde de avenida Chapultepec. Entró en la calle Durango y esperó a que en medio de las manchas de agua la mancha amarilla del Ford apareciera en el espejo lateral. Luego aceleró nuevamente.

Al llegar a la esquina de Sonora frenó violentamente derrapando y metió el coche en un estacionamiento. Salió en reversa y giró. A más de 90 por hora tomó Durango en el carril contrario avanzando hacia el coche amarillo.

—¿Qué haces? —preguntó Héctor—. Vamos directos.

—¿Apuestas a que se hacen a un lado? —dijo ella sonriendo.

Y clavó el pie en el acelerador.

Los del coche amarillo vieron de repente cómo el Renault se les venía encima y sacaron su coche de la calle echándolo al camellón, donde entró de frente contra una palmera.

El Renault pasó a su lado con el claxon pegado.

Eran dos tipos, y estaban muertos de miedo —pensó Héctor.

—Te quiero por salvaje —dijo él.

—Sería mejor que no nos viéramos en un tiempo.

—Necesito un chofer de tus habilidades —respondió el detective.

—Cuando quieras.

Héctor estiró la mano y la depositó sobre la pierna de ella, enfundada en un pantalón negro.

—Nos va a ir de la chingada, detective —dijo ella.

—Eso ya lo sabíamos desde antes.

El coche salió rumbo a la colonia Roma.

Como a las 11 de la noche, la muchacha detuvo el Renault rojo frente a la oficina de Héctor. El detective acarició su cara y bajó.

—¿Seguro que no quieres venir a dormir a la casa?

—No, voy a estar un rato por aquí y luego me voy hasta La Fuente de Venus.

Ella sonrió. Había dejado de llover. Sólo charcos y tierra suelta, periódicos rotos y llenos de barro a media calle.

Héctor subió en el elevador pensando que nunca había llegado con las donas y el café. No se lo iban a perdonar.

El Gallo estaba trabajando sobre su restirador.

—¿Se fueron Gilberto y Carlos?

—Le dejaron un recado abajo de ese refresco.

El recado informaba que el refresco había sido envenenado con "polvos de plomero para destapar caños".

Héctor tomó la Pepsicola y con la mira de la cuarenta y cinco botó la corcholata.

—Qué efectivo es usted —dijo el Gallo admirado.

Héctor se bebió el refresco paladeándolo.

—Usted nunca se lanzó con un Renault a 100 por hora contra un Ford en sentido contrario.

—¿Qué hicieron los del Ford? —preguntó El Gallo.

—Se subieron al camellón.

—¿Y el culo cómo lo traían?

—No se los vi, pero supongo que así de chiquito —respondió Héctor abriendo los dedos índice y pulgar de la mano derecha unos milímetros.

Se quitó los zapatos y se asomó a la ventana. La calle estaba vacía.

—Si me duermo, me despierta cuando usted salga del despacho.

—Voy a salir como a las 6 de la mañana.

—Más que mejor —dijo el detective y se dejó caer en su sillón.

Ahora resulta que querían matarlo, o asustarlo. Y además no había comprado los cafés y las donas, y ella manejaba mejor que los hermanos Rodríguez antes de que los choques los mataran. Pensó antes de dormirse.

VI

LOS ENTREMEZCLADOS RETRATOS DE LOS TRES VECINOS DEL DETECTIVE HÉCTOR BELASCOARÁN SHAYNE

Examina antes a la vecindad y luego escoge, tu vivienda.

—PROVERBIO CHINO

DATOS FUNDAMENTALES

Gilberto Gómez Letras tiene la fea costumbre de sacarse los mocos con el dedo meñique de la mano derecha. Como frecuentemente trae las manos manchadas de grasa, sobre la mejilla ostenta la huella de su vicio.

Carlos Vargas, el tapicero, hizo la primera comunión tres veces porque "regalaban traje y zapatos".

El ingeniero Villarreal, alias "El Gallo", tuvo una novia a los quince años, que murió en el mismo avionazo en el que tronaron Madrazo y el Pelón Osuna.

Gómez Letras estudió hasta tercero de primaria en la Aquiles Serdán, en la Colonia Álamos. Lo corrieron porque se robó las llaves del lavabo del baño de las viejas y los flotadores del water del baño de maestros.

Carlos el tapicero vivió rodeado (durante un par de años) de televisores y autoestéreos, lavadoras, consolas y refrigeradores comprados a aboñeros a la salida del trabajo. No tenía muebles en su casa pero estaba llena de aparatos eléctricos, "para no sentirse menos que otros hijos de la chingada".

El Gallo se mete a veces (en las tardes de lluvia) en los cines de barrio, ve programas triples, de preferencia de Tarzán o de vaqueros. No consume sándwiches, palomitas ni refrescos, permanece las seis horas y media, sin despegar los ojos de la pantalla.

Gilberto nació en Michoacán, y lo trajeron al D.F. a los seis años.

Carlos Vargas es chilango, de la colonia Morelos, en las cercanías de Tepito.

El Gallo nació en Chihuahua y sólo conoció la capital cuando vino a estudiar ingeniería al Poli, con una beca.

FRASES AFORTUNADAS

Si me la han de mamar mañana, que me la mamen de una vez.

CARLOS VARGAS

Cualquier apreciación racional sobre la eficacia a futuro de la obra en cuestión, no puede eludir el comentario de que el ingeniero en jefe estaba comiendo una torta de pollo con mole cuando entregó los planos; la mancha que delata este hecho (ver plano 161-b) es sin duda la causante de que en la colonia Aviación Civil, la mierda desborde frecuentemente las tazas de los excusados.

INGENIERO JAVIER VILLARREAL
(de un informe oficial que le costó el empleo)

Guadalajara en un llano, y aquí nos la dejan ir.

CARLOS VARGAS

Las mejores taquerías son las que tienen un dueño muy cogelón. No me pregunte por qué, son cosas que uno sabe.

GILBERTO GÓMEZ LETRAS

El que buen palo se arrima, te vo'a dejar un recuerdo.

CARLOS VARGAS

Mejor lo hago como le dije porque yo lo pensé así, y yo nomás pienso las cosas una vez, porque se me olvidan.

GILBERTO GÓMEZ LETRAS
(de una conversación telefónica con un cliente
sobre la reparación del entubado del baño)

Para tu fortuna, soy bien lento, si no, ya me hubiera casado, divorciado, vuelto puta, regenerado y vuelto a casar.

JAVIER VILLARREAL
(de una conversación con su novia)

Para triunfar no se necesita tener el pito grande, pero por ejemplo hace falta tener buena ropa.

GILBERTO GÓMEZ LETRAS

DATOS FUNDAMENTALES

Cuando Gilberto se saca los mocos, lo hace con un movimiento circular, no exento de pericia. El botín de su hazaña es arrojado después, hecho bolita, a un confín del cuarto.

Carlos Vargas tiene fotos de las tres veces que hizo la primera comunión.

El Gallo Villarreal conserva una carta de la novia de los quince años, aquella del avionazo.

Gilberto guarda su dinero en una alcancía enorme, con la forma de un luchador de lucha libre. Cuando tenga tres alcancías llenas, comprará un terreno por El Molinito. Esta es la tercera vez que inicia el asunto ganando en la feria la alcancía de luchador y empezando el depósito. Las dos anteriores tuvo que romperlas antes de que se llenaran. Una para el entierro de su madre, la segunda cuando se fugó una semana con dos prostitutas a Veracruz. El luchador (máscara y capa amarilla) está colocado sobre la televisión de su casa y obtiene de los hijos de Gilberto un trato más reverente que las imágenes religiosas con que comparte el pedestal.

Carlos Vargas trató hace un año de entrar a la Ford a trabajar. Le habían dicho que pagaban buenos sueldos en el departamento de tapizado de asientos, y le atraía la seguridad del empleo, la gran concentración de trabajadores (a veces se aburre del solitario oficio artesanal) y las prestaciones económicas. Le bullía en la cabeza además hacer labor sindical en la planta. Pasó todos los exámenes, pero no pudo engañar al sicólogo de la empresa que detectó en él algo fuera de lo habitual: una mezcla de actitud anticonformista y orgullo profesional. El sicólogo no se lo imaginó como un personaje dócil en la cadena de montaje y prefirió rechazar la solicitud aunque no tenía ningún elemento objetivo para hacerlo.

El ingeniero Villarreal desayuna pan dulce y refrescos. Para él, la salida al mercado de los refrescos de bote ha representado un extraordinario avance tecnológico, que le permite desayunar en el trayecto que va del despacho a su casa. Hacia las siete de la mañana recorre con una bolsa de pan dulce en una mano y una pepsi de lata en la otra las calles

del centro de la ciudad. Suele detenerse ante las iglesias gemelas de la Santa Veracruz y allí, en medio de las palomas, termina el desayuno. Las migajas las ofrece a los pájaros y luego toma el tranvía rumbo a la colonia San Rafael.

Gilberto Gómez Letras aspiró alguna vez a tener una agencia de autos usados. Ha soñado también en ser portero de un edificio de lujo, dueño de un taller de soldadura, jefe del departamento de control de calidad de una fábrica de ginebra y gerente de un burdel en Zihuatanejo. En cambio, ha sido obrero de una fábrica de plásticos, trabajador en una pequeña industria de materiales de baño y ayudante de plomero.

Al Gallo le gusta el Bossa Nova y el Samba. No se ha perdido concierto en vivo y en su casa tiene todos los discos prensados en México de Jobim, Edú Lobo, Laurindo Almeida, Vinicius de Moraes, Badem Powel, Stan Getz, Chico Barque de Holanda, Joao Gilberto, Carlos Lyra, Luiz Bonfá, Charlie Byrd y Marcos Valle. Sueña con Astrud Gilberto, le gustaría vivir con ella en una casa solitaria (que ha diseñado y desdibujado decenas de veces) en Baja California, cerca de Cabo San Lucas. Las propiedades fundamentales de la casa son acústicas: el permanente rumor del mar golpeando en las rocas y un sistema estéreo con monumentales bocinas en todos los cuartos. Cuando se sueña con Astrud Gilberto, ambos están desayunando en una cocina muy grande y blanca. Él trae una pijama de color crema y ella un camisón amarillo. Los dos están descalzos; por la ventana entra la luz grisácea de un día sin sol.

AUTORRETRATOS: CARLOS VARGAS

Si me vienen de frente, de frente les entro. Pero por aquí, siempre te caen de lado, por detrás le caen a uno.

Yo me volví diferente por eso, para desconcertarlos, para que no supieran qué onda, para...

A mí no me gustan las canciones rancheras y, sin embargo, tengo ahí abajo de la cama un chingo de discos del Negrete, de Pedro Infante, que del Aceves Mejía, que del Cuco Sánchez. Igual, por lo mismo. O quién sabe. Porque también tengo dos chamarras de cuero negro, y esas las tengo porque estaban de moda allá por el 69-70. O sea que a veces los hago pendejos, a veces me hago pendejo yo solo, a veces me la dejan ir. Así han sido estos años. Casi todos. Casi desde el 46 cuando nací, y mi jefe luego pensó: "Que aprenda el oficio y que ayude en la casa", y seguro lo pensó cuando yo todavía mamaba, y ni Carlos me decían; cuando era

el escuincle, porque así es por la Morelos, naces con destino. Luego el destino lo recompones, pero no porque tú seas muy chingón, sino porque los jefes son malos adivinadores de destinos: haciendo horóscopos se morían de hambre. Y es por eso que salí tapicero y no zapatero. Eso me hicieron, no me hice. Me hicieron dejar de estudiar al terminar la primaria, y me hicieron desconfiado, y no me hicieron boxeador porque tengo las cejas guangas y el puño chico. Luego yo me hice diferente. Lo normal es que te hagas cabrón. Yo me hice diferente y aprendí a rodar pero también a cambiar. Rodé con putas y con alcohol, pero también leí enciclopedias y libros de Freud de los que venden en los puestos de la calle. Y ahí fui entendiendo lo que pude, sobre todo esto de que te hacen de una manera y tú vas tratando de hacerte de otra. Por eso cambio de chamba o me cambian a cada rato. Por eso me hice sindicalista, y formé grupos y dormí en el suelo, debajo de las lonas de las tiendas de campaña de las huelgas. Por eso fui al hote una vez, por eso y no por ratero que hubiera sido lo de rigor... A veces siento que soy el dueño de mi oficio, de mis herramientas, de los libros que compro cada vez que sale bien una tala-cha, de mis pinches ideas locas... A veces sé que de lo único que soy dueño es de decir que no, que no me vendo, que no me gusta, que no me dejo. Soy dueño de mis trece despidos en nueve años de andar chambeando de tapicero en talleres y pequeñas industrias. Me cae que si no fuera porque me gusta la gente, les daba con el martillo tachuelero en la cabeza a todos. Empezando por mí.

DATOS FUNDAMENTALES

El Gallo tiene una doble vida, o más bien, tiene una vida cortada en dos. En las noches trabaja en el despacho haciendo cálculos de resistencia y verificando proyectos sobre redes de alcantarillado. Luego se va a dormir. En las tardes estudia sicología en la Universidad. Ahí conoció a su novia. No está muy claro si sigue visitando la escuela porque le gustan los patios y los espacios abiertos de la Universidad, o porque le interesa la sicología. Al principio parecía una buena idea. Ahora es más que nada una costumbre.

Gómez Letras se escapa frecuentemente a mitad de la jornada de trabajo a la cantina "El Mirador"; cuando el cantinero lo ve cruzar la puerta de vaivén, le sirven un tequila añejo doble. Así nomás, sin preguntar.

Carlos Vargas tiene una cicatriz en la cabeza. No muy grande, como de cuatro centímetros. Se la hicieron de un martillazo. Lo estaban esperando detrás de la puerta del taller. Al patrón le salió barato, por dos botellas y unas cuantas palmadas, consiguió el brazo que dejó caer el martillo. A Carlos lo corrieron además y nunca pudo organizar nada en aquel pinche tallercito. La herida ahora, pica cuando llueve.

El Gallo Villarreal tuvo seis meses de vicio en su vida. Como a los quince años le agarró el gusto un poco por reto y otro poco por mala educación del paladar a las cremas alcohólicas de sabores marca Don Pancho, en particular a la crema de plátano, la crema de menta y la crema de mandarina. Tras saquear en un par de fiestas el mediocre bar de su casa, tuvo que reunir semana con semana grandes (por relativas) fortunas lavando coches, yendo al super, ahorrando los domingos, saqueando a los abuelos, para mantener el vicio. Su consumo exorbitante de cremas de licor (43 Gay Lussac) hizo correr por el barrio de clase media y acomodada norteña en el que vivía, extraordinarios rumores: que su padre le ponía cuernos a su madre y ésta se dedicaba al alcohol, que las cremas tenían ingredientes afrodisíacos, que se hacía con ellas muy buenos pasteles... Vivió esos seis meses de borrachera pública (con la palomilla) y privada (en un baldío, en el coche de su hermana mayor, en el cuarto solitario lleno de pósters de beisbolistas gringos). Le costaron la novia y el primer año de prepa.

Gilberto Gómez Letras miente con los números. Por un extraño sentido del deber nunca hace una cuenta derecha. El engaño pitagórico a sus clientes no sólo forma parte de sus hábitos, sino también de su ética.

Javier Villarreal usa una especie de uniforme: pantalones vaqueros, camisas de cuadros, chamarra de cuero café. Es una forma de reivindicarse norteño, extranjero en el D.F. De reconocerse y hacerse reconocer como provinciano en una ciudad que todo lo empareja y aplasta.

Carlos Vargas es apasionado de los chieles. No hay marca que no conozca y juzgue con tono y sapiencia de gourmet.

Carlos, Gilberto y El Gallo se abstuvieron en las últimas elecciones.

AUTORRETRATOS: EL GALLO

Yo sólo serviría para cosas sencillas, como montar a caballo en los anuncios de Marlboro. Pero los Marlboro saben a mierda, o sea que ni eso. Conmigo el sistema se apendejó. Puese hubiera sido un ingenierazo, un

ingenierete; no sabría mucho más, pero lo sabría bien, no a lo loco como ahora. Porque yo, no progreso, según ellos, desde hace tiempo. Pero no puedes ser buen ingeniero si llegan a tu escuela disparando, y le sacan un ojo a tu compañero de banca con la punta de una varilla que los judiciales traen envuelta púdicamente en un diario de la tarde. Así, y me vale madres que lleváramos 96 días de huelga, no se hace un ingeniero. Además, no ofrecían gran cosa. Nada como las palomas comemigas de la Santa Veracruz, nada como eso. Y sin embargo, algo me dieron: miedo al país, al poder, al sistema. Y algo me quitaron, la posibilidad de seguir siendo inocente, baboso, simplón. Mi novia dice que es por eso que sigo volviendo a la Universidad, que la psicología me vale sombrilla, que lo que quiero es seguir siendo estudiante, volver a ser joven de esa manera sonrosada y dulce. Belascoarán diría que lo que pasa es que soy norteño y las explanadas de CU son lo más parecido a las praderas de la Laguna, o a las tierras enormes sin horizontes falsos de Chihuahua (lo más parecido que se puede encontrar en el DF). Carlos tiene su versión, dice que Freud dice, según él, que vuelvo a la Universidad a ver si entran de nuevo los policías (era en el Casco de Santo Tomás, y era de noche, y la calle oscura, las luces cortadas, como congelado todo por el maravilloso ruido de las sirenas) y ahora sí se me quita lo puto y en lugar de correr como antes agarro un fierro y los pongo en orden. Gilberto Gómez Letras dice que ahí está la nalga, que por eso. A mí me gustan todas las versiones y un poco de todas me gustaría que fuera cierto. Para eso me está sirviendo la psicología, para organizar las versiones de los demás y hacerlas pasar como propias. Mi madre dice que lo que pasa es que no he crecido y que no tengo temperamento. La verdad es que a las palomas de la plaza de la Santa Veracruz les vale madres que no tenga temperamento siempre y cuando tenga migas.

FRASES AFORTUNADAS

No es que Javier Solís cantara bien, es que paraba la trompita a toda madre.

GILBERTO GÓMEZ LETRAS

A poco creyó usted que todo era tan fácil. Vuélvalo a hacer de nuevo y si salió bien, verá que es de puro churro.

CARLOS VARGAS

Lo importante no es mear, sino sacar mucha espuma.

CARLOS VARGAS

Un buen plano es como una buena novela, nomás es cosa de saberlo leer.

JAVIER VILLARREAL

Yo debí haber sido secretaria.

GILBERTO GÓMEZ LETRAS

DATOS FUNDAMENTALES

A Gilberto lo han operado dos veces de apendicitis. La primera no fue, "nomás una hernia". La segunda sí fue. Ninguna de las dos veces le explicaron bien cómo estaba la cosa. A la fecha jura y perjura que los humanos tienen dos apéndices. A él le consta.

Carlos le tiene miedo a los pegamentos plásticos. Hace años trabajó en un taller donde todos los carpinteros se drogaban con cemento Iris. Pasaban horas y horas abajo de las mesas de trabajo, hundidos en el sueño enfermo de la droga, las narices siempre despellejadas, los ojos vidriosos, manos con tembeleque. Carlos nunca se acercó demasiado a esa zona de trabajo del taller; sentía una mezcla de miedo y compasión por los tres carpinteros y el ayudante.

El Gallo es fanático del béisbol. Su equipo favorito: el Unión Laguna. A pesar de su fanatismo, que lo hace seguir fielmente la temporada y cambiar comentarios apasionados con Gilberto, que es el único que le hace caso en la oficina, nunca ha visto un partido, ni siquiera en televisión. Se limita a oírlos de vez en cuando por la radio. Así se construye una relación mágica. El béisbol como el Gallo lo entiende, forma parte de una realidad privada. El propio Gallo sospecha que los bates y el diamante no son como se los imagina, y que las barridas y los strikes no tienen mucho que ver con su versión: una realidad absolutamente privada.

Carlos vive solo, en un apartamento ruinoso y enorme a espaldas del cine Ópera. Se lo cedió un viejo luchador de lucha libre amigo suyo, que de pasada le heredó las fotos y los trofeos cuando se fue a poner un rancho de cría de puercos en Michoacán. A veces sube a acostarse con él una de las meseras de la marisquería de Avenida Hidalgo, y Carlos con

sus 55 kilos, posa para ella, le hace la quebradora y la tapatía ante la mirada conocedora de los viejos astros del ring, la doble Nelson y el candado... la llave China en la cama.

El padre de Gilberto murió hace dos años, el del Gallo es presidente municipal de Saltillo y el de Carlos es un zapatero ciego de 70 años.

Los tres coinciden en el amor por los refrescos y el chocolatito caliente con donas.

AUTORRETRATOS: GILBERTO

Han de pensar que yo quiero hacerla, que todavía pienso en grande. Pero esa es la finta. Yo sé, y ellos saben que ya nunca la voy a hacer en grande. Yo ya valí. A veces hasta pienso que ya estoy viejo, rucu, acabado pa'la ronda. A veces nomás pienso que así como va no está nada mal, que el mes pasado me enchilé a los del condominio de Doctor Balmis y les saqué el triple, que me tiré a una ñora en Polanco, y luego a la sirvienta de la casa de al lado, que agarré dos buenos pedos y le puse en la madre al jefe de unos chavos que habían madreado a mis chavos; que hice una instalación chingonísima en la calle Parral, que fui al panteón a la tumba de mi jefa, que me compré un saco de cuadros blancos y negros, que soñé con la Tigresa, que le compré un tocadiscos con mueble fino a mi señora, que enseñé a sumar a una de mis chavas, que no pagué impuestos, que yo con mis amigos jalo hasta morir, que vi a un romano con el gañote cortado en el baño de la oficina...

Ta' bueno, no la hice, pero no le lamo las botas a nadie pa' comer, no le doy cuentas a nadie de con quién cojo, no debo nada. Y además, así es México, cabrones... Ah, qué pinche irresponsable soy.

VII

La suerte ha dejado aquí de andar fallando, se encendió la luz y puede verse el caos.

—FRANCISCO URONDO

Pareciera como si la vida oscilara entre noches y amaneceres. Unas con los pies cansados de tropezar entre sí en el trote de ciudad, los otros llenos de luz hiriente y desconcierto. Mientras el elevador traqueteaba los seis pisos hacia abajo, y El Gallo tarareaba una canción ranchera, Héctor decidió que había que empujar la historia, obligarla a despejarse. Darle martillazos para que los asesinos tuvieran cara y forma o al menos motivo. ¿Qué tenía que ver el tal Zorak muerto hacía seis años en todo esto? El personaje le fascinaba. Tenía la dosis suficiente de gloria a la mexicana para cautivarlo. Esa gloria rayante en el ridículo, gloria balín y efímera, comercializada y emputecida.

En la puerta del edificio la legión de vendedores de periódicos había montado un subsistema de distribución. Guardaban los suplementos culturales dentro del periódico, hacían paquetes con cuerda, cambiaban periódicos entre sí, sacaban papeles chamagosos llenos de números de caligrafías ilegibles, los consultaban, los comentaban.

Héctor alzó los brazos al cielo y se desesperó. El Gallo, a su lado, ocultó un bostezo y guardó las manos en los bolsillos.

Dos hombres se despegaron del refrigerador lleno de refrescos de la lonchería de enfrente. Héctor percibió su movimiento. El sol picaba recién nacido. Los lentes oscuros de los dos hombres le lanzaron una señal de alerta que lo sacudió. Instintivamente llevó la mano a la pistola oculta en la funda sobaquera bajo la chamarra.

Uno de los hombres traía un traje gris ruín, camisa azul; el otro, de pelo alborotado y grasiento, se cubría con una chamarra azul de plástico. Ambos traían las manos en los bolsillos.

—Hágase a un lado —le dijo Héctor al Gallo cuando los dos tipos sacaron las pistolas. Se encontraban a una docena de metros de ellos y venían cruzando la calle evadiendo a los vendedores de periódicos que tropezaban con ellos y les dificultaban el paso.

El Gallo observó risueño a Héctor y sólo cuando vio la pistola en las manos del detective giró la cabeza violentamente buscando el objetivo. Frente a Héctor cruzó un voceador con la parte de atrás de la bicicleta ocupada por una pila de periódicos de al menos setenta centímetros; el equilibrio era precario. Héctor empujó al hombre y sostuvo la bicicleta tomándola de la cuerda.

El primer tiro dio en la pila de periódicos haciendo volar millares de palabras y levantando el olor de la tinta fresca. El Gallo se había despegado de Héctor y en su mano había aparecido una colt larga. La bicicleta, sacudida por el impacto del balazo, se cayó y Héctor se dejó arrastrar por ella. Mientras caía buscó en la mira de su automática el cuerpo del pelo grasiento, pero una mujer con un niño en el brazo y un paquete de periódicos en el otro le obstaculizaba el blanco. Un segundo disparo dio en el suelo perforando al rebote la chamarra de Héctor. El personaje del traje gris quedó un instante al descubierto al provocarse una estampida a mitad de la calle. Sonó un tercer disparo. Héctor disparó a su vez y el hombre se tomó el estómago con las dos manos. El detective disparó de nuevo y el hombre cayó de espaldas mientras la sangre saltaba. Tres metros a la derecha del muerto, chamarra azul perdió un instante precioso viendo morir a su compañero. Cuando giró la cabeza buscando a Héctor, un pedazo de su mandíbula voló por los aires y su cara se convirtió en una mucca sanguinolenta. Héctor no había disparado. El Gallo, cubierto por una camioneta de *La Prensa*, mantenía un revólver en alto que humeaba suavemente. Los gritos se mantenían como el eco de los disparos. Habían estado sonando desde que se inició la balacera, pero Héctor no los había oído, tan solo los disparos, y el suave rumor de la rueda de la bicicleta, tras la que se cubría, girando en el aire.

La multitud hizo el silencio; sólo se oían los coches en Bucareli, a donde todavía no había llegado la ola de miedo provocada por los disparos. Luego alguien empezó a aplaudir y le hicieron coro. En medio de los aplausos, Héctor avanzó hacia los dos cuerpos mientras El Gallo celosamente convertido en pistolero de novela de Marcial Lafuente Estefanía, lo cubría sosteniendo el colt con las dos manos y apuntando hacia los cuerpos caídos a media calle, en una postura aprendida en los programas policíacos de la televisión.

Los dos estaban muertos, uno de ellos con los lentes oscuros al cielo

y las dos manos tratando de tapar el agujero del estómago. La otra bala probablemente había perforado el corazón, porque la sangre lo rodeaba regando en torno suyo un charco inmenso. Héctor le quitó los lentes oscuros y miró en el fondo de los ojos negros sin vida. El otro tenía la cara convertida en una pasta sanguinolenta. Héctor lo registró, buscando documentos. Tan solo unos billetes y una credencial de vigilancia del Metro. Lo mismo en el bolsillo del segundo hombre. Héctor tenía las manos manchadas de sangre y se las limpió en el pantalón del muerto. La multitud de vendedores de periódicos, a pesar de la escuadra .45 en mano de Héctor y el colt del Gallo, no había retrocedido después de la balacera, más bien se acercaba lentamente creando un círculo en cuyo centro se encontraban los dos cadáveres y el detective, y en su periferia El Gallo tras la camioneta de *La Prensa*. Quizá porque vendían el mismo producto diariamente en letras de molde, quizá porque la sangre corría cada tercer día entre Donato Guerra y Bucareli en pleitos a patadas, con botella o con navaja; quizá porque habían decidido que Héctor y El Gallo eran los buenos de la historia, no tenían miedo. Mientras los niños se acercaban a los muertos y tres hombres disputaban las pistolas que habían quedado en el suelo, Héctor se retiró hacia El Gallo.

—Lo maté, ¿verdad?

—Si no lo mata usted, él me perfora a mí. Se agradece, ingeniero.

—Lo maté, ¿verdad? —repitió El Gallo.

—Sí, lo maté y yo maté al otro, y se siente de la chingada andar matando gente, aunque sólo sea para defender la vida.

El Gallo echó el colt al bolsillo de su chamarrta y comenzó a caminar, Héctor lo siguió. La multitud se hizo a un lado.

—Ellos fueron los que dispararon primero, nosotros los vimos, jefe —dijo un vendedor de periódicos chimuco.

El Gallo se volteó y preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Lejos de aquí, a pensar. No quiero vérmelas con la ley.

Los dos hombres comenzaron a caminar, la multitud se cerró tras ellos.

—¿Por qué venía armado? —preguntó Héctor.

—Lo tenía en la oficina, desde hace tiempo, desde que amenazaron con matarlo a usted hace dos años, y cuando Carlos el tapicero dijo que habían estado rondando esos dos, pensé... Nunca creí que fuera de verdad, no he tirado nunca y le di a la primera, y se estaba moviendo. Sólo quería espantarlo.

Absurdamente, salieron de Artículo 123 sin que nadie los molestara,

sin que nadie los siguiera. Héctor de vez en cuando miraba hacia atrás, pero la ciudad no se había inmutado. Cuando dieron la vuelta en El Caballito para agarrar Reforma, comenzaron a sonar las sirenas de las patrullas policiacas.

—Tranquilo, ingeniero, esos dos venían a matar y salieron muertos. No les debemos nada.

—Lo maté —contestó El Gallo.

En una mañana llena de sol, Héctor Belascoarán y El Gallo Villarreal se separaron.

Necesitaba desesperadamente un lugar para pensar, y siguiendo la costumbre de refugiarse en los lugares más insospechados, terminó en una feria cerca de la estación de Buenavista.

Deambuló entre los juegos medio destartados. Las estructuras de metal se levantaban chirriando, la música de carrusel estaba siendo tocada a un volumen mucho más bajo de lo normal. Rehuyó el tiro al blanco como si quemara, y terminó convenciendo, con cincuenta pesos por delante, al encargado de la rueda de la fortuna, para que la pusiera en marcha para él.

Solitario viajero de la fortuna, el detective Héctor Belascoarán Shayne rememoró una y otra vez el doble impacto que arrojó al hombre del pelo negro y el traje gris al suelo: repasó una y otra vez los gestos de despedida de los cadáveres. Maldijo una historia que se le imponía, que le cargaba las manos de sangre, cadáveres y confusión. En su punto más alto, la rueda de la fortuna ofrecía al detective una visión de los techos de la colonia Santa María, las torres de Nonoalco, el puente sobre Insurgentes, los patios traseros de la estación, las tiendas de muebles en San Cosme, y el edificio del PRI. Escupió apuntando hacia el último, y la saliva describiendo una bella curva cayó en un puesto de tiro de dardos.

Tenía 33 años, y había perdido los primeros 30, o dicho de otra confusa manera, los primeros treinta los habían perdido a él. Cambiar de oficio, de lugares, de estilo, de ideas, buscar rascando como leproso la piel del país, tratar de encontrar un lugar, hacerse uno con la violencia; todo sonaba bien y se había vivido bien. En tres años no había perdido el sentido del humor, la actitud burlona ante sí mismo. Había aceptado que lo honesto era el caos, el desconcierto, el miedo, la sorpresa. Que bastaba de verdades claras, de consejos de cocina para la vida. Pero ahora, no sabía de dónde y por qué, lo cazaban. Fuerzas del mal lo agredían. Puras pinches fuerzas del mal sin rostro. Se rió de las fuerzas del mal. Se rió de la necesidad de ponerle aunque sea un nombre absurdo a la agresión

desconocida que caía sobre él. Quizá eso fue suficiente. Esa sonrisa. Le iba a sacudir el fundillo a las fuerzas del mal. A los que enviaban cadáveres de romanos, fotos y pistoleros del servicio de vigilancia del Metro. Necesitaba poner sobre el papel todo, ordenar todas las posibles esquinas de la historia y ponerse a trabajar rápido. Darle tal velocidad que los desbordara, los obligara a equivocarse, a mostrarse, a enseñar el juego y dejarlo participar. Y entonces, zas, les iba a quitar el balón, las camisetas y hasta los calzones. El muerto estaba bien muerto, y si iba a haber más, los habría. Y si lo mataban a él, quién sabe por qué y cómo, pues moriría. Mejor morir que comer caca.

La rueda de la fortuna no se inmutó ante la euforia del detective y siguió girando mientras Belascoarán deseaba que se detuviera para buscar un lugar donde tomar notas y ordenar.

Resumió, cuando la rueda se detuvo dejándolo en el punto más alto del giro, la idea clave de todo el asunto: Si se iba a tratar de buenos contra malos, él iba a ser el bueno, tuerto y todo.

Pero los dos cadáveres seguían mirando al cielo a través del cuerpo de un detective que los contemplaba; probablemente para rematarlos.

El conejo lo esperaba. Estaba sentado en el centro de la alfombra mirando con sus dos relucientes ojos rojizos hacia la entrada. A su alrededor abundantes bolitas negras. Se acercó al detective y le lamió un zapato. Había masticado la paja del asiento de una silla y había destrozado la escoba. Afortunadamente no le había metido el diente a los libros.

Héctor lo tomó en los brazos y caminó a la cocina resumiéndole sus teorías sobre las fuerzas del mal y cómo ponerles en la madre. Le llenó un plato sopero de agua y le dio dos zanahorias. Luego se quitó la chamarra y la camisa. Por si las dudas metió la pistola entre la piel y el cinturón. Cambió el disco de Jerry Mulligan por el primero de la antología de Armstrong y se sentó en la mesa con la libreta de notas y un par de refrescos enfrente.

1) Me envían dos cadáveres (uno en vivo, otro en foto).

a) Quieren amedrentarme, no quieren implicarme, porque retiran un cuerpo. Para reforzar esto, billete a Nueva York.

Por lo tanto quieren que deje de hacer algo que estaba haciendo y que tenía que ver con los muertos. Como no estaba haciendo nada, ellos se equivocan.

2) Los muertos son dos ex asistentes de Zorak, un mago-contorsionista-escapista-showman que murió en 1973 al caer de un helicóptero.

El tercer hombre de ese grupo (El Capitán Perro) me conoce de vista y huye cuando me ve.

3) "Ellos", las fuerzas del mal, están organizados: boleto NY, sacada del cadáver caja refrigerador, pistoleros de vigilancia del Metro, etc.

En ese momento, sonó el timbre.

Héctor sacó la pistola y se quitó del área que podía quedar descubierta si tiraban la puerta.

—¿Quién es? —preguntó colocando la espalda contra la pared y cortando cartucho.

—Marino Saiz, para servirle... Si me permite un momento de atención...

Héctor abrió, había algo en la voz que lo tranquilizó.

Por la puerta abierta ingresó a la casa un hombre pequeño pulcramente trajeado y con un maletín en cada mano.

Héctor guardó la pistola bajo el cinturón y a su espalda, y con los brazos cruzados, esperó.

El hombre dejó los maletines en el suelo, observó al detective descamisado y haciendo un gesto de impotencia (no había mejores clientes en estos días aciagos) inició su retahíla.

—Le ofrezco el mejor álbum de música de zarzuelas que pueda conseguirse en el mercado...

Héctor sonrió. El hombre tomó su sonrisa por asentimiento y prosiguió:

—Ocho discos, con las piezas clásicas de la zarzuela, la música que conmovió a la monarquía española, y que endulzó medio siglo de la vida de la península ibérica...

Héctor sonrió. El hombre se lanzó en un arranque triunfalista:

—Y además, regalado en la adquisición de este álbum, un disco con los mejores cuplés y una foto autografiada de Sarita Montiel.

—¿Cómo le hacen para autografiar la foto de Sarita Montiel? —preguntó el detective.

—Ya viene firmada y yo sólo le pongo su nombre en la parte de arriba... Con la misma letra, me sale con la misma letra, que no en balde la llevo imitando desde hace once años.

—¿Y usted qué opina de la monarquía española? —preguntó de nuevo Héctor.

—A mí la monarquía me importa un bledo. Yo soy socialista... Pero, ah, la zarzuela, cosa fina... El álbum incluye...

—No se diga más, usted me ha convencido —dijo Héctor.

Tras una breve transacción, el hombre dedicó la foto a *Gilberto Gómez Letras, de su sincera amiga Sara Montiel* y cobró 645 pesos por el álbum de zarzuelas.

Cuando la puerta se cerró, Héctor pensó que en su vida había oído una zarzuela.

Comió en un restaurante de tercera a la vuelta de su casa, y luego, tras limpiarse las huellas del arroz con leche de los labios, sacó un papel arrugado del bolsillo y repasó la lista:

1. Señorita S.
2. Capitán Perro.
3. ¿Vigilancia del Metro?
4. ¿Exactamente, muerte de Zorak?

Dobó nuevamente el papel y lo guardó en el bolsillo. La tarde se dejaba contar con un sol suave que llenaba de brillos anaranjados los cristales y el cielo.

Tenía un plan, tenía ganas de pelea, tenía la cuarenta y cinco cargada. Iba por ellos.

En Insurgentes compró los periódicos de mediodía. Aparecía en la tercera plana una primera reseña del tiroteo en Bucareli y Donato Guerra. Las declaraciones del jefe de grupo de la judicial que se había hecho cargo del caso, el comandante Silva (nuevamente ese nombre, ¿habría alguna relación?), se limitan a señalar que los dos muertos eran miembros del sistema de seguridad y vigilancia del Metro, y que habían sido sacrificados por un pistolero solitario (el Gallo por lo visto quedaba excluido). Los testigos oculares, que podían contarse por cientos, no habían aportado una sola descripción del asesino desconocido.

Ni una sola mención de que los hombres de los lentes oscuros habían disparado primero. La nota terminaba sugiriendo venganzas personales, asuntos de drogas, proliferación del guarurismo.

Por leer el periódico mientras caminaba, tropezó primero con la rama baja de un arbolito, y después con la escalera que sobresalía de una camioneta de Teléfonos de México. En Insurgentes el tráfico crecía. De los estribos de los camiones colgaban pasajeros como racimos de fruta. Los coches frenaban ruidosamente, el polvo se levantaba y se unía al humo de los escapes. Ruido, mucho ruido. Caminó aumentando la velocidad de los pasos hasta la calle San Luis y dio vuelta a la derecha. ¿Lo estarían

siguiendo? Volvió a dar vuelta a la derecha en la próxima esquina, luego se metió en un zaguán de una compañía constructora y permaneció de espaldas a la calle observando gracias a los reflejos que se producían en el cristal del directorio. A los dos o tres minutos renunció y salió de nuevo. Utilizaba un paso rápido, cercano al trote, que había hecho difícil acompañarlo en un paseo. Su ex mujer hacía cinco años se había aburrido de quejarse del estilo de caminar de Héctor, hacia difícil que alguien se acomodara a su paso, no se detenía a ver aparadores o mostradores, las impresiones las captaba al vuelo y seguía caminando con el mismo trotecillo corto. Miraba alternadamente al suelo y al cielo, tratando de que la tarde no se le escapara del todo. Entró en una agencia de representaciones artísticas donde alguna vez había hecho un favor. Se dirigió directamente al despacho de la subdirectora y sin tocar, saltándose a la secretaria, entró.

—Quihúbole, detective.

—Quihúbole, Yolanda.

La mujer sostenía en la mano un teléfono y con el hombro derecho sujetaba otro. Le hizo un gesto para que esperara y continuó la conversación.

Héctor miró las conocidas paredes: recortes, fotografías, algunos diplomas.

Yolanda colgó los dos teléfonos al mismo tiempo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

De todos los oficios posibles, el de detective, el de reportero y el de puta, eran quizá los únicos que obligaban a su dueño a mantener centenares de relaciones de pseudoamistad.

—Necesito encontrar a la esposa de Zorak, sabes, Zorak... Se hacía llamar señorita S, o algo así.

—Zorak, el contorsionista, el que se cayó del helicóptero.

—Ese mero.

—Ug, pues la pones difícil, que yo sepa, esa muchacha no está en el negocio. ¿No era del negocio, o sí?

—Me da la impresión que antes de ser la ayudante de Zorak hacía trabajos de modelo, por lo que me contaron...

—¡Espérame! ¿Una bizca?

—Sí, era bizca, según recuerdo. Yo nunca la he visto.

—¡Márgara Durán! Hace trabajos de modelaje para una agencia de fotógrafos que está en la Zona Rosa.

Yolanda abrió un cajón y sacó de éste una botella de coñac.

—¿Gustas, detective?

Era una mujer de unos cuarenta años, muy espectacular, de cabellera rubia, pintada, llena de alegría. Su amante había intentado hacía un par de años destrozarle la cara con ácido y Héctor le había roto dos costillas con un cenicero de bronce. Todo ello en medio de otra historia (que para los efectos del ácido y del cenicero de bronce era absolutamente incidental).

—Paso, el alcohol mata a los niños.

—Y a las niñas.

—Un dato más, Yolanda. ¿Qué sabes de una tal Melina y de un antrito que se llama La Fuente de Venus, allá por San Juan de Letrán?

—Del cabaret ese, nada, es la primera vez que lo oigo nombrar. De Melina, muy poco, es de Ciudad Juárez, y hace números baratos de vedette, con algo de striptease. Fue amante de un político del PRI.

—Uh, qué raro —dijo Héctor y se puso de pie.

Carlos, su hermano, estaba leyendo tirado en el suelo; Marina fue la que abrió la puerta. Tenía dos piezas de un rompecabezas en las manos, y después de darle un beso al detective corrió hacia la mesa a colocar una. El diminuto cuarto de azotea estaba *ocupado*, no se le ocurría otra palabra para definirlo: libros, una mesita, cuatro sillas pegadas a la pared y prensadas por la mesa, una cocina de un metro de ancho y dos y medio de fondo que remataba en un refrigerador.

Se acercó a la mesa donde el rompecabezas de un cuadro de Klee estaba a punto de pasar a la fase de culminación.

—¿Cómo te va, hermano? —preguntó Carlos desde el suelo.

Héctor alzó los hombros.

—¿Tienen una guía de teléfonos? —preguntó el detective.

—Y un refresco —dijo Marina. Interrumpió temporalmente la manufactura del rompecabezas y buscó debajo de una de las sillas la guía de teléfonos, se la pasó y caminó hacia la cocina.

El teléfono estaba a un lado del rompecabezas.

—El señor Mendiola, por favor... Oye, viejo, el otro día no me constaste bien qué sabías de la muerte del tal Zorak. Me ando enredando y ese tipo aparece por la historia una y otra vez... Me haces un gran favor si me juntas esas crónicas... Paso mañana en la mañana. Gracias, viejo.

Héctor colgó. Marina lo estaba mirando.

—Oye, Carlos, ¿no es Zorak el tipo ese que se cayó del helicóptero hace cuatro o cinco años?

—Seis —dijo Héctor.

—El que se rumoreaba que entrenó a Los Halcones —dijo Carlos levantándose.

—¿Cuáles halcones? —preguntó Héctor.

—¿En qué pinche país vives, hermanito? —dijo Carlos.

—En éste —respondió el detective.

Marina le puso un refresco de naranja en las manos.

VIII | LOS HALCONES

Si en este país hay un sospechoso, es la policía.

—LUIS GONZÁLEZ DE ALBA

Esa cosa turbia, violenta, había dado señales de vida anteriormente. Primero durante la huelga de Ayotla Textil, cuando los grupos paramilitares apurecieron de la nada, disparando, saqueando, amedrentando a los huelguistas ante la mirada burlona de la policía. Luego en algunas concentraciones en el Politécnico, poco antes del 10 de junio. A pesar de las señales, desde el ojo cándido de la izquierda universitaria, ninguno de los dos fenómenos fue apreciado como algo más que la permanente y en ascenso presencia de las porras y del gangsterismo estudiantil que habían hecho su aparición en las escuelas, tras la derrota de 1968. No parecían ir más allá que las pequeñas bandas, que con comportamientos erráticos, pero siempre gangsteriles, pululaban por la Universidad, al calor de las drogas introducidas por las autoridades en las verdes explanadas de la Ciudad Universitaria, y los subsidios derramados desde alguna de las dependencias de Rectoría. Bandas de 8, 10, 15 abyectos personajes que robaban, violaban, se emborrachaban en los patios, abusaban de los alumnos de nuevo ingreso, y se justificaban socialmente en los partidos de fútbol americano como porras. Por esto, el diez de junio, cuando se decidió volver a tomar la calle, sólo se esperaba la constante presencia de los granaderos, la mancha azul, de ojos hoscos y ahora con seis unidades antimotines estrenadas hacía un par de meses, a las que la mitología estudiantil atribuye poderes extraños y múltiples, como arrojar gases, arrojar agua, arrojar pintura, arrojar balas blindadas, arrojar balas simplemente, tirarse pedos y tocar el himno nacional, a más de hacer sonar sirenas que ensordecían, utilizar rayos infrarrojos en las noches, atropellar al que se dejara y ser inmunes a las bombas molotov.

Y sí, ahí estaban rodeando el Casco de Santo Tomás los seis antimo-

tines nuevecitos, azul grisáceo y mate. Y estaban un par de batallones de granaderos, renovados en los tres últimos años con jóvenes campesinos sin tierra de Puebla, de Tlaxcala, de Oaxaca, que habían venido a llenar los huecos de los desertores de 1968, que habían pasado el obligado período de embrutecimiento entrante, que habían comenzado a gustar del pequeño poder, de la pequeña impunidad que da el uniforme; que incluso habían tenido su breve inyección de ideología bárbara tipo: los estudiantes están contra la virgen de Guadalupe, el comunismo quiere acabar con México y con los niños héroes, nosotros somos el último bastión de la patria; y que encubrían su miedo con nuestro miedo.

Pero a pesar de su presencia, nomás están ahí para espantar. El que se apantalle por ver un par de millares de azulejos no ha vivido. Si fueran a reprimir no harían tal oso; desfilamos entre ellos mirándolos a los ojos, aceptando el reto, observando los prodigios tecnológicos del mal.

Había corrido el rumor de que si se metía una papa en el tubo de escape de un antimotín, tronaba como sapo, y las miradas curiosas iban al diámetro del tubo de escape y calculaban el espesor de la papa que por cierto se nos había olvidado traer, quizá por brutos, probablemente por incrédulos.

Pasamos por los pasillos de Melchor Ocampo, de San Cosme, de Avenida de los Gallos. Ojo ahí, el cerco estaba roto por el occidente, quizá un tanto bloqueado por las rejas de la Normal de Maestros y la propia estructura de las escuelas superiores del Politécnico, y fuimos llegando a la explanada del Casco, punto de partida de seis nuevas reivindicaciones: que no estén chingando en la Universidad de Nuevo León, democracia sindical, libertad a los últimos presos políticos. Y como no, cada uno había hecho mal que bien su último análisis de coyuntura y había dicho mal que bien que el nuevo gobierno necesitaba consolidar su apertura, que no podían volver a la represión, que las declaraciones de Echeverría invitaban a la calle. A nosotros para recuperar nuestro poder, a él, al anfitrión para demostrar que el México bárbaro de Díaz Ordaz ya no era tal, que los márgenes se habían abierto un poco y que la democracia bárbara daba paso a la bárbara farsa democrática. Total que, bellos, con nuestros vaqueros y nuestras camisas azules, rojas y beige, y los pantalones de pana, y los paliacates al cuello, y las chamarras de gabardina a pesar del calor y las mangas al aire libre de las camisetas; y los pantalones brillantes de las muchachas, y las camisas blancas de los estudiantes provincianos que ahora sí les tocaba porque ellos eran chicos en el Movimiento (el movimiento con mayúsculas, el punto de partida, el no

va más de nuestras vidas y nuestros nacimientos, nuestra referencia como humanos frente al país y la vida toda) y ahora sí tenían su Movimiento.

Luego la sorpresa de que a pesar del cerco llegábamos a los 10 mil y hasta más, y hasta a los 15 mil, y hacíamos del miedo colectivo la demostración de que el miedo no podía pararnos del todo y allí estábamos, y entonces salían de las chamarras las banderas rojas cuidadosa, amorosamente ocultas en la llegada, y se desplegaron en palos salidos de las escuelas del Poli, y brillaban las mantas lanzadas al aire con las viejas consignas bajo nuevas letras. Era la euforia, una euforia teñida por el agri dulce sabor del miedo derrotado, pero presente.

Apenas hubo tiempo para reconocer a los amigos, para identificar a los grupos, para saludar. Ah caray, cómo se chocaban las manos entonces con el pulgar propio apuntando al corazón, el encuentro y los dedos cerrándose, chasqueando sobre la mano reconocida del amigo, cuando salimos. Abría la marcha Economía de la Universidad, y luego Economía del Poli, caras reconocidas de estudiantes que acababan de salir de la cárcel o regresar del exilio. La columna avanzó por la Calzada de los Gallos y bajó por la Avenida de los Maestros, sonaban los primeros cantos. La punta llegó a la Calzada México Tacuba y la cola estaba aún saliendo del Casco.

Salieron de las calles laterales, iban gritando: Viva Che Guevara. Los granaderos les abrieron el paso y los dejaron cruzar entre sus filas, las pancartas se desnudaron y se volvieron garrotos y chocaron con la columna. El *viva Che Guevara* se transmutó en un sorprendente *viva LEA*, cabrones. Entraban por Sor Juana, por Amado Nervo, por Alzate. En un punto chocaron contra los grupos de la Preparatoria Popular. Tras la sorpresa, las huestes de la prepa pop se reorganizaron y cargaron contra los intrusos. A media calle un estudiante de Comercio repartía garrotazos a los invasores. La manifestación había sido detenida en la punta por los granaderos, en la calle se combatía a palos, muchos estudiantes corrían, la cola había sido cortada.

Entonces sonaron los primeros tiros, los granaderos se habían retirado y la manifestación pareció que salía hacia el Cine Cosmos, parecía que los agresores habían sido derrotados, al fin y al cabo no más de tres tres centenares con palos, aunque supieran kendo, y gritaran cuando cargaban, y estuvieran entrenados, no podían frente a la mexicana alegría de una generación de estudiantes que, aunque clase medieramente intelectualizados, habían tenido sus escuelas de violencia en los barrios, en la vida cotidiana y en el movimiento del 68. Entonces sonaron los primeros

tiros; una ráfaga de ametralladora sobre la cabeza de la manifestación disparada desde un coche en marcha, y los agresores volvieron nuevamente con rifles M-1 y pistolas, y ametralladoras y más palos, y los granaderos se abrieron nuevamente en las calles laterales para dejarlos pasar.

Algunos, los que todavía podían oír, los que escuchaban, registraron un grito lanzado por los jóvenes de pelo corto que atacaban la manifestación: ¡Halcones!

Ahí quedó una tarde de terror, más de 40 muertos, la Cruz Verde asaltada para llevarse a los heridos por la fuerza, los disparos contra la multitud, el cerco policial y más tarde la llegada del ejército, las detenciones, los cateos en las casas donde muchos se habían podido esconder, la desbandada de la cola de la manifestación, las persecuciones por las azoteas, los disparos sueltos de los francotiradores que duraron hasta el oscurecer, los granaderos que observaban, a veces aparecían y disparaban gases contra grupos sueltos de manifestantes que no podían acabar de decidirse a huir del horror y deambulaban por la zona como si tuvieran una deuda de honor que les impedía apartar los ojos de la matanza.

Hacia las 7 y media comenzó a llover y los charcos de sangre se deslizaron en las aceras. La verja de la Normal superior se había hundido bajo el peso de los que intentaron huir saltando sobre ella. Una ambulancia con las ruedas pinchadas se había quedado en la esquina de la México-Tacubá y Avenida de los Maestros, la luz roja oscilaba en el techo mientras se escuchaban los últimos tiros. Hacia las 8 de la noche el ejército controló totalmente la zona, los tanques aparecieron.

Las explicaciones oficiales hablaban de un encuentro entre estudiantes, pero ahí estaban las fotos de los M-1 reglamentarios del ejército, y las fotos de los granaderos dejando pasar a los hombres armados, y las grabaciones de la radio policiaca donde se registraba la dirección por oficiales de la policía y de la intervención de los Halcones. El descubrimiento por Guillermo Jordán, un periodista de *Últimas Noticias*, de los camiones donde habían sido transportados, propiedad del Departamento del Distrito Federal, pudorosamente pintados de gris, y los campos donde habían sido entrenados en la Colonia Aragón y detrás del Aeropuerto, y la selección de los halcones entre soldados, y la intervención de oficiales del ejército y la policía en el entrenamiento. Y ahí quedaron los muertos, a pesar del escándalo, y de la denuncia... Y nunca se abrió ningún juicio, y los expedientes desaparecieron ocho años más tarde.

En la tempestad se respira más fácilmente.

—MIGUEL BAKUNIN

Serían las tres y media de la madrugada cuando Héctor tuvo que detener un bostezo monumental y arrancar el volkswagen. De La Fuente de Venus, ondulante, con una pañoleta rojo fuego cubriéndole la cabeza, salió la vedette. Un mesero la acompañó hasta un mustang.

La mujer manejaba despacio y el detective no necesitó forzar el coche que le había prestado su hermana. Siguieron la recta amplia de Reforma hasta el Ángel, allí la mujer tomó la lateral y maniobró para estacionarse en una calle de la colonia Cuauhtémoc. Las luces del segundo piso se encendieron, Héctor llevó el volkswagen cien metros más allá y dio la vuelta de manera que pudiera observar la puerta desde el interior del coche. Dudó, encendió un cigarrillo y optó por la espera. Prefería esperar, actuar con la luz del sol. La mujer podía llevarlo hasta el Capitán Perro, el problema era el cómo. Se estiró cruzando las piernas en el asiento del copiloto y se dispuso a consumir el resto de la noche.

Dormitó a ratos, con un sueño sobresaltado, angustioso y superficial. Los músculos embotados, la cabeza llena de pájaros. A las seis de la mañana pasó una ambulancia de la Cruz Roja a toda velocidad y tras ella la ciudad pareció revivir: un camión escolar, un ciclista con periódicos, tres o cuatro sirvientas.

Salió del coche tratando de localizar en algún punto el difuso dolor de espaldas y no pudo. Decidió desayunar antes de lanzarse a un interrogatorio con música de tango como fondo. Se había alejado cuatro o cinco metros del coche en dirección contraria a la casa de la vedette cuando por instinto y rutina, giró la cabeza. Un automóvil rojo se había estacionado. Dos hombres bajaron de él. Nuevamente lentes oscuros y trajes grises y azules mal cortados. Siguió caminando hasta que pudo cubrirse

parcialmente con la estructura metálica de un puesto de periódicos. Los dos hombres conversaban con un tercero que se había quedado al volante, luego, se desprendieron del automóvil y entraron al edificio de departamentos.

Ahí estaban las fuerzas del mal.

Héctor se llevó la mano a la pistola; acarició la culata.

Había que pensar rápido. La calle se iba llenando de luz, y en la esquina de Reforma pasaban cada vez más automóviles. Un escalofrío lo sacudió. ¿Adelantarse o esperar? A lo mejor era pura paranoia. La duda lo inmovilizó de nuevo. Si los que habían entrado salían mientras él inmovilizaba al chofer, estaba fregado. Si esperaba...

Caminó hacia el coche tratando de quedar fuera del área de visión del espejo retrovisor del automóvil rojo. La calle estaba vacía. Sacó la pistola y se acercó. El hombre estaba sacándose un moco con el dedo índice cuando Héctor le puso el cañón de la automática en la sien.

—Las manos sobre el volante, amigo.

—No le vaya a salir el plumazo.

—Nomás sale cuando jaló el gatillo.

El hombre colocó lentamente las manos sobre el volante. Antes de que terminara de hacerlo, Héctor levantó la pistola y le dio con el cañón un golpe tremendo en la sien. El hombre dejó escapar un sollozo y se desplomó sobre el volante. Héctor abrió la puerta y lo empujó, las nalgas quedaron mirando hacia la calle. Tuvo que empujar de nuevo. El tipo iba dejando una mancha de sangre sobre el asiento. A lo mejor me pasó. A lo mejor no tiene nada que ver con las fuerzas del mal. Se rió. Fuerzas del mal. Sonaba bastante tremendista para el pobre mono ensangrentado. Mirando de reojo la puerta del edificio de departamentos de la vedette, Héctor se subió en el lugar del chofer y arrancó el coche. Sin forzar el motor, lo hizo avanzar hasta Reforma. En el alto aprovechó para registrar al bulto inmóvil que se encontraba a su lado y cuya sien seguía sangrando. Un revólver .38, una credencial del servicio de Vigilancia del Metro a nombre de Agustín Porfirio Olvera, una colección de fotos pornográficas unidas con una liga, y dinero. Lo arrojó sobre el cuerpo, dio la vuelta a la manzana y estacionó enfrente de un lote baldío. Descendió del coche tras meter la pistola del hombre y la credencial en la bolsa de su chamarra. Caminó a paso veloz nuevamente hasta la esquina donde estaba su automóvil. Nada. La calle permanecía solitaria, vacía. Estaba buena para un duelo. Escenario para un western urbano. Una calle vacía en la colonia Cuauhtémoc a las siete y media de la mañana. ¿Ahora qué seguía?

Entró al edificio y comenzó a subir las escaleras. En el primer piso había dos departamentos, el 202 era el que daba a la calle, donde se había encendido la luz. La puerta estaba cerrada. ¿Habría patio? ¿Escaleras que dieran a la azotea? Siguió subiendo. El edificio de tan sólo dos pisos terminaba en una puerta gris por donde se entraba a la azotea. Buscó el cubo de luz interior. Nada. Desde la azotea contempló las ventanas del 202: una era de un baño, la otra estaba cubierta por una cortina roja tras la que no se podía adivinar. De la azotea a la ventana del baño había cuatro metros. Quizá desde el patio resultaba más fácil, utilizando la escalera arrumbada en una esquina. El patio estaba muerto. Había que entrar por uno de los departamentos de la planta baja. Nuevamente bajó la escalera. Al pasar frente a la puerta del 202, ésta se abrió. Héctor quedó cara a cara con un hombre de unos 35 años, el pelo lacio y muy negro, unos bigotes muy finos sobre los labios gruesos, traje y corbata aflojada al cuello de la camisa blanca. No pudo ver más. El hombre buscó con la mano izquierda la pistola en el cinturón. Héctor lo empujó y saltó por la escalera mientras buscaba su pistola en la funda sobaquera. A sus espaldas sonó el primer disparo que botó pedazos de yeso sobre su cabeza. Al llegar al rellano entre los dos pisos se detuvo y apuntó; un instante después el hombre apareció ante su pistola. Héctor disparó. La escalera se llenó del retumbar del disparo y del olor a cordita. El hombre rodó llevándose las manos al cuello; su cara rebotó en un escalón a los pies de Héctor. Faltaba uno. Levantó el cadáver mientras mantenía la pistola cubriendo el hueco de la escalera y comenzó a subir con él como escudo. El muerto resbalaba y le llenaba el pecho de sangre que salía por el cuello atravesado. Al llegar al primer piso sonaron dos tiros más. Desde la puerta, el tercer hombre disparó sobre el cadáver de su compañero. Una de las balas se perdió, la segunda perforó el pecho y Héctor sintió el impacto en su carne. Dejó resbalar el cadáver mientras apuntaba hacia el hombre que trató de darse la vuelta y correr. Disparó dos veces, uno de los impactos perforó la espalda del hombre, el segundo le dio en la nuca y la cabeza se fragmentó como un melón podrido. Tenía sólo unos segundos. En la sala la vedette miraba hacia el techo extrañamente inmóvil, sentada en el borde de un sillón de tela naranja. De sus labios rotos por un golpe, salía un leve hilo de sangre. Estaba viva. Unos metros más allá, el Capitán Perro había pasado a reunirse con el romano y el dueño de La Fuente de Venus, tirado en el suelo con el cuello tasajeado por una navaja. Héctor se acercó a la mujer y trató de levantarla; era un peso muerto. Sus ojos vidriosos no miraban a ninguna parte. Soltó el brazo y bajó las escaleras corriendo. No miró los dos cuerpos al pasar a su lado.

Salió a la calle y comenzó a caminar a paso lento mirando el edificio del que acababa de salir como si fuera un observador más. Algunas ventanas se abrieron y una mujer en bata se asomó en el portal de una casa vecina.

—¿Oyó usted unos tiros, joven?

Héctor de espaldas a la mujer no quiso voltear. Traía la camisa llena de sangre mal cubierta por la chamarra.

—Creo sí, señora. Abusada, no vaya a ser de a deveras.

Dio la vuelta a la manzana tratando de detener el corazón que saltaba como un equilibrista loco. Le costaba trabajo respirar, le dolía el pecho. Subió el cuello de la chamarra, metió las manos en los bolsillos y sintió frío, mucho frío. Había matado a dos hombres más.

La sangre había cuajado en la camisa y el frío había sido substituido por un dolor de cabeza punzante y muy intenso. Media hora después del tiroteo, había repasado todo y descubierto que podían haberlo matado dos veces. Si el segundo hombre hubiera tirado más bajo cuando saltó por la escalera, si el tercer hombre hubiera disparado a su cabeza y no al pecho de su compañero muerto. Dos veces. El coche rojo recorrió otra vez el circuito del Parque México, por lo menos llevaba ocho. Se había detenido en un estacionamiento de la Zona Rosa, y en la oscuridad del sótano había metido al desmayado personaje en la cajuela. Ahora necesitaba saber qué seguía. En las buenas novelas policíacas, los pasos eran claros; hasta cuando el detective se desconcertaba, su desconcierto era claro. Nada parecido a esta situación similar a la del algodón Johnson and Johnson empacado a presión. Las manos le temblaban desde que se subió al coche, y había estado sudando frío intermitentemente. Sonrió al espejo retrovisor. ¿Así era la muerte ajena? Así era.

Tenía que producir odio, la sonrisa triste, el miedo, no eran suficientes para evitar que lo terminaran matando sus cazadores. Hasta ahora había tenido suerte, pero no se prolongaría eternamente. Tenía que odiar, tenía que saber. Enfiló el coche hacia el hogar en el sur de la colonia Roma.

Frente a su casa estaba Merlín Gutiérrez, su casero y radiotécnico profesional; detuvo el coche a su lado.

—Hombre, detective, qué bueno que no duerme usted en su hogar, coño.

—¿Qué trae en mente, Merlín?

—Pues que anoche estuvieron rondando por aquí dos o tres tipos no

muy agradables. Una vez me los encontré esperándolo en el rellano de la escalera. No me gustaron mucho. Se fueron temprano, como a las seis.

—¿Le pido un favor?

—Ordene y mande, amigo. Y si el conflicto es contra el Estado capitalista, más que mejor.

—Pues sepa si será contra el Estado, o nomás contra un cacho, el caso es que traigo a un hijo de la chingada en la cajuela. Mientras subo, le echa un ojo, no sea que se vaya a pelar.

—Voy por un martillo y vuelvo.

El radiotécnico caminó unos pasos y salió de su taller con un martillo. *Habían estado aquí antes de ir a casa de la vedette*, pensó Héctor. Salió del coche y subió a saltos las escaleras.

La puerta estaba forzada y se abrió con sólo empujarla con dos dedos. A mitad de la alfombra de la sala estaba el conejo degollado.

Héctor entró a su cuarto, tomó dos pares de calcetines, una camisa, cambió la chamarra café que traía por una negra de bolsillos más amplios, metió dos peines de la automática cuarenta y cinco en las bolsas y cargó el que tenía montado. Cuando iba a salir, tomó el libro que había estado leyendo y se lo echó a la otra bolsa. Entornó con suavidad la puerta y se despidió mentalmente del conejo. En la entrada, Merlín Gutiérrez ocupaba celosamente su puesto sentado sobre la cajuela del coche rojo.

—Merlín, le encargo que entierre a mi conejo.

—¿Cuál conejo?

—Uno que está muerto a mitad de la alfombra en mi casa.

—¿Conejo de conejo?

—De esos meros.

—Ah, bueno.

—A lo mejor no regreso en unos días... Si no regreso de a tiro, los libros de la guerra de España que están en el librero del pasillo y que heredé de mi jefe, ahí se los heredo a usted.

—Deseo que no suceda tal cosa. —El viejo zarandeo el martillo que llevaba en la mano a modo de despedida y sonrió.

Detuvo el coche en medio de la arboleda, en un punto en que el bosque de pinos espaciaba su densidad. Sacó la automática y cortó cartucho. El sol se colaba entre las copas de los árboles. Brilló primero en el espejo retrovisor y más tarde en el metal pavonado de la pistola. A lo lejos se escuchaban mezclados con los trinos de algunos pájaros y el suave silbido del viento entre los árboles, los ruidos intermitentes de los automóviles

en la carretera. Abrió la cajuela y ésta chirrió elevándose automáticamente. El hombre encogido parecía muerto. Héctor se separó un metro, apuntó y esperó. No hubo ninguna reacción.

—Cuento hasta diez y te meto un plomazo.

El hombre continuó inmóvil, encogido, con una mancha de sangre seca en la sien y la boca desencajada.

—Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis...

—Pérese. Ya voy. Nomás que estoy muy mal.

Se levantó poco a poco apoyándose en el borde de la cajuela.

—Mi buen Porfirio, ya se lo cargó la chingada —dijo el detective.

El hombre se le quedó mirando. Había miedo en los ojos, pero en la boca y en la dureza de la mandíbula, sólo ganas de matar.

—Tus dos compañeros están muertos. Como verás me vale madres matar cuatro o cinco de ustedes. Uno más, uno menos... Ahora bien, si me dices lo que quiero saber, lo más probable es que te deje libre. Yo no saco ningún placer en matar a nadie... Las cartas arriba de la mesa, mi buen. No hay más qué decir. ¿Colaboras o te emplomo?

El tipo fijó la mirada en los ojos de Héctor, luego en la pistola, luego nuevamente en los ojos de Héctor.

—Nomás tiene un ojo bueno —dijo.

—El otro lo perdí en la guerra, pero así tengo mejor tino, no tengo que cerrarlo para apuntar, ya se cerró solito —respondió Héctor.

Iba a tener que matarlo si no decía nada. La vida de Agustín Porfirio Olvera le valía madres. Eso había aprendido en dos días, que la vida de los pistoleros de las fuerzas del mal le valía madres. Que se morían, sucios, botaban mucha sangre, pero no se lloraba por ellos.

—¿Dónde trabajas?

—Ya lo sabé... En Vigilancia del Metro.

—¿Quién es tu jefe directo?

—El comandante Sánchez.

—¿Son un servicio autónomo o dependen de la policía del DF?

—Autónomos, aunque nos dan los permisos en la policía. El Metro paga y el Metro nos contrata.

—¿Desde cuándo trabajas ahí?

—Desde el 71.

—¿De dónde eres?

El tipo lo miró lentamente. Por una vez no contestó la pregunta inmediatamente. Parecía como si el interrogatorio estuviera saliéndose de lo normal.

—De Pachuca, pero me trajeron mis jefes al DF de chico.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintinueve.

—¿Casado?

Afirmó con la cabeza.

—¿Con cuántas viejas?

El tipo movió la cabeza de un lado a otro y trató de esbozar una sonrisa, pero reaccionó a tiempo y se tocó la herida en la sien. Trataba de humanizarse, de provocar lástima.

—Había unos bueyes del Departamento del DF que andaban por la ciudad en camionetas sin placas y les caían a los vendedores ambulantes, les tiraban la mercancía al suelo, se llevaban las parrillas de los puestos de hot cakes y las mandarinas de las Marías. Tú trabajaste ahí, ¿verdad?

—¿Cómo supo?

—Me latió.

El tipo aparentaba más de los 29 años, estaba endurecido. Los ojos un poco rasgados y con bolsas, el pelo grasiento.

—¿Cuánto ganas?

—Nueve mil al mes y primas.

—¿Primas de qué?

—De puntualidad, y por servicios especiales.

—¿Cómo cuál?

—Como tronarlo a usted.

—¿Cuánto pagan por tronarme?

—Veinte mil pesos.

—¿A ti solo?

—A los tres, para repartir.

—¿Quién paga?

El hombre quedó callado. Héctor levantó la pistola y apuntó, primero al pulmón izquierdo, luego al brazo. Si no lo ablandaba ahora, no le sacaría nada.

—Voy a disparar, al brazo primero. Si no te ablando ahora, no te ablando nunca y no te saco lo que quiero saber. Si te meto un tiro en el brazo, y luego otro en la pierna, y luego te vuelo los dedos del pie, al rato me cuentas cuantos pelos tiene en el culo tu patrón. ¿Entiendes? Lo voy a hacer, sin agua va...

—El capitán Estrella.

—¿Ese comandante Sánchez no tiene nada que ver?

—Ése es nuevo, no es de los nuestros.

—¿Quiénes son los nuestros?

—Los que entramos en 71.

—En julio o en agosto.

—Por ahí.

—Después del 10 de junio.

—Después.

—¿Cuándo les dijeron que vinieran por mí?

—Ayer en la tarde.

—¿Conocías a los que se murieron en Bucareli?

El hombre afirmó.

El interrogatorio saltaba de una a otra pregunta, sin detenerse a evaluar las respuestas, picoteando aquí y allá, pescando pedazos de información. Así Héctor quería obligar al hombre a no hilvanar una cadena de falsas respuestas.

—¿Cuántos de ustedes trabajan en vigilancia del Metro todavía?

—Como 30 ó 40.

—¿Y los demás?

—Unos se fueron de guardaespaldas, otros volvieron al ejército, o se pelaron para sus casas, unos se metieron al negocio grande, por su cuenta, otros se murieron.

—¿Quién está detrás del capitán Estrella?

—Sepa.

—¿Conociste a Zorak cuando los entrenamientos?

—A huevo. Ése sí era bueno, era un chingón.

—¿Quién mató al Capitán Perro?

—El Chino, el que iba conmigo en el carro.

—¿Conocías al Capitán Perro?

—Era uno de los ayudantes del Zorak.

—¿Qué entrenamiento les daba Zorak?

—Pura cuestión física. Enseñaba a respirar, enseñaba ejercicios.

—¿Quién mató a Zorak?

—Sepa.

—¿Quién mató a los dos viejos que jalaban con el Zorak? Al que iba de romano y al otro.

—El Chino. Ése era bueno con la navaja... ¿Usted lo mató?

Héctor asintió. Estaba sintiéndose cansado. Parecía como si la muerte no tuviera que ver con ninguno de los dos. Como si a los dos les colgaran los muertos como medallitas a un cristero. Nomás estaban allí para decir que era hombre de fe.

—¿Tienen oficinas?

—¿Quiénes?

—Los de vigilancia del Metro.

—Sí.

—¿Dónde?

—Ahí, en la Estación Juanacatlán. Ahí nos reportamos en la mañana con el comandante Sánchez y nos da las comisiones...

—¿Y el capitán Estrella?

—Él y el Barrios nos dan las otras comisiones, las de abajo del agua.

—¿Sabe el tal Sánchez que ustedes traen otros boletos?

—Pos ha de saber, no es tan pendejo.

—¿Quién los metió al Metro?

—Sepa. Nomás dijeron: preséntese en tal lugar, lleven fotos y una carta que les vamos a dar y órale, calladitos...

—¿Disparaste el 10 de junio?

—Disparé.

—Fusil.

—Pistola... No tiré a dar.

—Cuando les dijeron que vinieran por mí, ¿qué órdenes les dieron exactamente?

—Dijeron que se había echado al Guzmán y a la Pantera, y que sabía demasiado, que podía sacar lo del 10 de junio para afuera otra vez.

Si le metía un tiro en una pierna para inmovilizarlo, mientras lo encontraban en pleno Desierto de los Leones, se iba a desangrar. Si lo dejaba suelto, le iba a robar tiempo, les iba a dar información a los suyos que a Héctor no le urgía que tuvieran.

—Desnúdate, mi buen Agustín Porfirio —dijo el detective elevando la pistola hasta que apuntó a la cabeza del hombre—. Te voy a hacer un favor... ¿A poco no querías ser mamá?

—Si me va a matar, no me alburee —dijo el hombre mientras se quitaba una corbata ajada y gris.

Mendiola no estaba, pero había dejado el sobre encima del escritorio. En medio de la agitada redacción, Héctor abrió el sobre y se sentó a leer. A su lado pasaban dos fotógrafos deportivos, y el jefe de la sección de espectáculos estaba ligando por teléfono en voz más alta de lo necesario.

Los recortes contaban una historia muy sencilla: Zorak había sido contratado por un nuevo fraccionamiento para que participara en un festival dominical de promoción. El acróbata iba a realizar unos cuantos actos de escapismo que se iniciarían con su llegada en un helicóptero, colgado a diez metros de la cabina por un cable que iba a su muñeca. A diez metros del suelo, Zorak se soltaría del cable y caería sobre un montón

de arena. Se había reunido una multitud a contemplar la llegada. El acto había sido anunciado por la prensa y rematado la publicidad con una enorme propaganda a través de carros de sonido en todas las colonias cercanas al fraccionamiento, a lo largo de toda la semana.

Hacia las 12 de la mañana apareció el helicóptero. Zorak se descolgó de la cabina y pendió a unos diez metros de ella colgado del cable. A unos 500 metros del punto calculado para la llegada, el helicóptero hizo un extraño movimiento y se elevó dando un tirón. Zorak se desprendió desde 50 metros de altura y cayó en una de las calles del nuevo fraccionamiento. Cuando los socorristas de la Cruz Roja, que estaban allí más para cuidar desmayados que al personaje central, llegaron hasta él, ya estaba muerto. Tenía la muñeca desgarrada.

No había más. La explicación oficial era que a causa del tirón del helicóptero provocado por una bolsa de aire, el mecanismo de seguridad que vinculaba el cable con la muñeca de Zorak se había abierto.

Héctor dejó los recortes en el sobre y escribió una nota de agradecimiento a Mendiola.

El tipo había quedado en el Desierto de los Leones desnudo y amarrado a un árbol. Ahora había que librarse del coche rojo y recoger el volkswagen de Elisa. Llamó por teléfono a su hermana desde una cabina cercana al periódico y le dijo dónde estaba estacionado su coche; le sugirió una excusa si la policía le preguntaba algo.

Tras hacer tiempo para que Elisa llegara a la colonia Cuauhtémoc, Héctor estacionó el coche rojo a dos cuadras de la casa de la vedette y se acercó caminando a la esquina de Reforma. Desde allí veía la puerta de la casa y el volkswagen, estacionado a 20 metros. En la entrada estaba una patrulla de la policía pero la calle parecía tranquila, ya ausente de curiosos. Probablemente la limpieza de los muertos y la llegada de la ley habían sucedido un par de horas antes. Elisa llegó en un taxi y caminó hasta su coche sin que nadie se le acercara y la detuviera. Cuando su hermana pasó ante él, Héctor le hizo una señal para que lo siguiera. Con el volkswagen tras él llegó hasta el coche rojo.

—¿Vieja, me puedes seguir?

—¿Qué está pasando?

—Voy a hacer un poco de fuego artificial en la estación Juanacatlán del Metro. Sígueme.

—Vaya líos en los que me metes, hermanito.

Manejaron a muy poca distancia durante diez minutos. Héctor encendió la radio del coche y buscó el noticiero de las 12 en Radio Mil.

Nunca lo encontró y se quedó en una estación de música tropical donde Acerina mostraba nítidamente que a sus metales les pelaban los dientes la Sinfónica Nacional.

Al salir del Circuito Interior se detuvo en una gasolinera y compró un galón de gasolina que le dieron en un depósito de plástico.

Detuvo el coche rojo enfrente de la estación Juanacatlán, sobre Pedro Antonio de los Santos, y antes de salir de él, regó de gasolina todo el interior. Elisa había estacionado su volkswagen cien metros más allá. Héctor mojó en gasolina un pedazo de cuerda que le había sobrado tras amarrar al hombre en el Desierto de los Leones, y lo metió en el depósito de gasolina del coche. Se había fabricado una preciosa mecha. Al salir caminando encendió un cigarrillo y acercó el encendedor a la punta de la cuerda mojada. Apenas tuvo tiempo para salir corriendo; la gasolina encendida recorrió la cuerda en un par de segundos, y tras ellos se desató un maremágnum de fuego y explosiones. Héctor se sintió lanzado hacia adelante por una masa de aire hirviendo llena de fragmentos de fuego.

—Cómo eres bruto, hermanito, seguro empapaste de gasolina toda la mecha.

—Ya no me regañes, me duele todo del putazo de la explosión.

A lo lejos, el coche ardía ante las instalaciones del Metro con un creciente número de observadores rodeándolo. El volkswagen arrancó.

—¿Para qué lo hiciste?

—Para que sepan que va de a de veras.

—¿Que va de a de veras qué?

—La guerra entre el gremio de detectives independientes y las Fuerzas del Mal.

—¿Y quién es el gremio de detectives independientes?

—Yo, hermanita... He matado a tres hombres en estos dos últimos días.

Elisa lo miró en silencio. Héctor se estiró en el asiento del coche y echó la cabeza hacia atrás.

—Llévame a comer a algún lugar —dijo.

Lo dejaron entrar al estudio donde se tomaban las fotografías. Parecía una práctica habitual el que los clientes o presuntos clientes rondaran por la casa sin trabas, probablemente era una parte más de la supuesta sofisticación del negocio de fotografía publicitaria, un elemento más junto con las melenas de los fotógrafos y los stripteases de las modelos que se sucedían en los lugares más insospechados: tras una columna, a media sala, en un sillón. Eso, y la cantidad de elementos absurdos que

desdecoraban las tres salas comunicadas que constituían el estudio: televisores desmontados, rollos de tela fosforescente, una motocicleta con sidecar, una serie de estatuas de yeso de procónsules romanos, varios esqueletos de relojes de pared, una colección de pájaros disecados, botellas de vermouth cubiertas de cera de colores...

- Saca la nalga, anuncias medias no jugo de uva.
- Sube la luz frontal, chicharín.
- Pásame el angular Rolando.
- Ahora las dos, la del smoking del lado izquierdo.
- Tiene mucha sombra.

La señorita S (Marga la bizca, la Mobiloil, Mágina Durán) tenía dos excelentes piernas (quizá ahí estaba la clave para anunciar medias: dos piernas; para anunciar relojes: una buena muñeca; para anunciar sanatorios para tuberculosos...), y parecía cansada. Héctor se recostó contra una pared llena de reflectores y cartones de anuncios de compañías aéreas y esperó.

- Rolando, estoy harta —dijo la señorita S.
- Una más, primor.

Tras el click, la mujer se desprendió del círculo iluminado y se acercó a Héctor.

—¿Mágina Durán?

La mujer lo interrogó con la mirada. El estrabismo no era muy notorio y le daba una cierta gracia juvenil a una mujer que rondaría los 40.

—Tengo que hablar con usted.

—Si me espera un minuto podemos ir a la cafetería de la esquina —Héctor asintió.

La mujer comenzó a quitarse las medias.

—Puede esperar allá si está cansado. Se le nota cansado, Héctor afirmó.

—En diez minutos estoy allá, nomás me quito el maquillaje.

La cafetería estaba solitaria. Tres mesas y una barra con pasteles tras el cristal. En la pared se anunciaba horchata fresca.

Héctor puso la cabeza entre las manos y volvió a rumiar: la misma historia: la muerte ajena. Matar. Se sentía desconcertado. Se supone que ante la muerte uno debe reaccionar violentamente, se supone que los seres humanos no nacimos para andar matándonos unos a otros. ¿O sí? La pregunta se hundió entre las cejas, para quedar ahí presente.

¿Le gustaba? El poder, el sabor del poder sobre la vida ajena. La pericia de los disparos, su sangre fría, la rapidez de reflejos, la virtud insospechada de ser tuerto y que su vista se hubiera adecuado a la ausencia

del ojo izquierdo para compensarlo y convertirlo en un mejor tirador. ¿Dónde había aprendido a tirar tan bien?

—¿Tardé mucho?

Héctor levantó la cara y miró de frente a la mujer.

—¿Qué quiere tomar?

—Tú también tienes un ojo mal.

—No tengo ojo.

—¿Un accidente?

Héctor asintió.

—¿Quién mató a Zorak?

La mujer lo miró fijamente. Su cara comenzó a transformarse. Del desparpajo juvenil de la modelo cansada por 10 horas de trabajo, a la cara tensa de una mujer madura y cansada por los últimos seis años de vida.

—¿Eres periodista?

—Detective independiente.

—Y eso ¿qué es?

—No soy policia, no compro, no vendo nada. Ando solitario. Y necesito saber, porque los mismos que lo mataron a él, me quieren matar a mí.

—Yo sé que a él lo mataron, no sé quiénes, pero sé cómo. Nunca pude probar nada, además, ¿para qué? ¿Quién se iba a preocupar por una muerte así?

—Tenía la muñeca desgarrada, señal de que el cable no se soltó por el seguro que él había puesto. Fue el tirón del helicóptero...

—Yo estaba allí. Vi cuando el helicóptero dio el jalón. El Capitán Perro habló con el piloto después y éste le dijo que había sido una bolsa de aire. Pero si había sido así, ¿por qué insistieron en decir que se había zafado el seguro de la muñeca?

—¿Quién es el Capitán Perro?

—Era un amigo de él, de Durango. Cuando triunfamos, llegó un día a pedirle chamba y Zorak lo contrató de guardaespaldas.

—¿Para qué necesitaba un guardaespaldas?

La mujer se quedó silenciosa.

—¿Y el viejo Leobardo? ¿Y el otro viejo, el dueño del cabaret?

—Eran dizque sus ayudantes, sus asistentes. En la carpintería de don Leobardo se hicieron muchos de los triques que usaba Zorak en los actos de escapismo. Lo ayudaban a prepararlos. Los ensayaba con ellos y conmigo días y días.

—Zorak entrenó a los Halcones, ¿verdad?

—¿A quiénes?

Ella lo sabía, y sin embargo, andaba dándole vueltas, rondándole.

—¿Quién le pagó al piloto para que diera el jalón?

—Sus enemigos.

—¿Quiénes eran sus enemigos?

—Sus competidores, que envidiaban el triunfo que había logrado. Él era el número uno, y nadie podría nunca desbancarlo...

—Usted sabe que eso es basura, mugrita... A Zorak lo mataron porque podía contar lo que sabía sobre el 10 de junio. Él había tenido una posición privilegiada en el entrenamiento de los Halcones, y conocía a los jefes del grupo, conocía a los que estaban atrás.

—Quién sabe de qué está hablando.

Héctor se puso de pie.

—Sabe qué, mi estimada señorita S, que puede usted pagar la cuenta.

Sin mirar hacia atrás abandonó el café.

Se había cortado al afeitarse y se quedó mirando cómo corría el breve hilo de sangre por la mejilla. La sangre corriendo basto para convencerlo de que se dejara crecer la barba. Si entraba en la selva, si las lianas se abrían a su paso y los canibales seguían sus huellas, y el aire estaba lleno de olor a muerte, que la sangre corriera en la cara, y que la barba creciera.

Carlos entró al baño tropezando con Héctor y suspendió la sesión contemplativa del detective. Sacó el cepillo de dientes del armario tras el espejo y sirvió agua en el vaso.

—Tienes que buscar un lugar donde vivir —afirmó.

—Había pensado andar de hotel en hotel. Uno por noche —respondió Héctor mientras se secaba la sangre con un pedazo de papel higiénico.

—No deberías. Los hoteles de mala muerte son el territorio de la ley; los cherifes de la judicial y los federales se mueven ahí como en sus casas.

Héctor tiró el papel con manchitas de sangre al excusado y jaló la manija. Carlos empezó a cepillarse los dientes.

—¿Cuál es el mejor lugar para pensar en la ciudad de México? —preguntó el detective.

—La estación Pino Suárez del Metro, atrás de una columna, como a las siete de la tarde, cuando pasan las hordas —dijo Marina entrando al baño—. Héctor se hizo a un lado para dejarla pasar. Marina sacó su cepillo de dientes de la parte de atrás del espejo.

—El restaurante que está en el último piso de la Latino —dijo Carlos.

—Los columpios del parque España —resumió Héctor.

Primero lo habían inmiscuido en el asesinato de los dos ayudantes de Zorak, sin que él hubiera pedido un papel en el reparto. Luego lo habían invitado elegantemente a irse fuera de México. Luego encabronados porque no se iba, se habían dedicado a venearlo. Luego a vengar sus muertos.

Si alguien podía entender algo de todo este basurero, no era él, pensó Héctor mientras se columpiaba.

Un detective verdaderamente bueno, nunca se casa.

—RAYMOND CHANDLER

Los periódicos no seguían la noticia, el comandante Silva (¿cuándo dejaría de ser un simple apellido que cruzaba impunemente por la historia?) no hacía declaraciones, Melina estaba en un hospital, los tres escuderos de Zorak con las gargantas tasajeadas por El Chino, en la plancha del forense, El Chino y otros tres de sus cuates difuntos por la .45 de Belascoarán y el revólver del viejo oeste del Gallo. Nada, la pura paz, bien podría irse a Acapulco, cambiar de oficio y casarse...

Y ahí fue donde el hilo burlón de las ideas se detuvo. Si todo era una locura, si era Porfirio Díaz escribiendo el guión de una radionovela y Cuauhtémoc anunciando detergente por televisión; si eran los malos en el poder eternamente amorales, si todo iba a seguir así, bien podía cometer la locura final y casarse nuevamente.

Cualquier cosa sería mejor que andar danzando por la ciudad, sin atreverse a ir a su casa, sin poder sentarse en el sillón viejo del despacho y ver pasar las nubes, sin derecho a la tristeza ni a la nostalgia, y con los tres pinches muertos que le pesaban en la sangre.

¿Casarse con quién?

Ahí, la punzada del amor pospuesto le pegó fuerte entre los ojos, mucha soledad en los últimos días, demasiada para el tuerto detective independiente.

Estaba tomando un helado de tres sabores con plátanos y fresas, jarabe de chocolate, crema de chantilly y nueces-por-encima en una nevería de la colonia Santa María a la que no había vuelto desde la adolescencia, cuando decidió casarse.

Rastreando el origen de la idea matrimonial, descubrió que adivinaba

la muerte a mitad de esta historia absurda de romanos y halcones, y no quería morir sin haber vuelto al amor cotidiano.

Quería una semana de vida conyugal, antes de abandonar para siempre el DF.

Estuvo a punto de reírse, cuando tras de descubrirse hilando ideas como éstas, levantó la mirada hasta encontrarla en el espejo de la nevería.

Era él, el mismo. El ojo inmóvil en un lado de la cara, la cicatriz, el aire de perro triste que a veces interrumpía la sonrisa. Los 33 alucinados y tercos años.

Estudió la fachada de la casa con mentalidad de técnico medieval en asedios. Luego, se quitó la chamarra y la dejó en el suelo. La automática quedó descubierta, mostrándose prepotente en la funda de cuero. Tomó la chamarra y se la puso de nuevo. El edificio tenía tres pisos, balcones llenos de plantas, fachadas de cal blanca, rota por una enredadera que bajaba de la azotea, apoyándose en un árbol pequeño. En una de las terrazas colgaba la jaula de un loro. El sol rebotaba en los cristales del departamento de la planta baja y se reflejaba en la cara de Héctor. Sin dar aviso de sus intenciones, de repente, el detective saltó y quedó colgado de una de las ramas bajas del árbol. Se balanceó y subió lentamente una pierna. Como en la ciudad de México todo espectáculo gratuito adquiere instantáneamente espectadores, no bien hubo trepado la rama totalmente, cuando dos estudiantes de secundaria con portafolio ajado, corbata de uniforme chamagosa y ladeada, se colocaron bajo el detective.

—Van cinco varos a que se parte la madre —dijo uno.

Héctor escupió hacia el siniestro pronosticador que se hizo a un lado violentamente.

—Órale güey, era broma.

Una segunda rama, colocada medio metro más arriba, le permitió acercarse a la terraza donde estaba el loro. A sus pies, una sirvienta que volvía del pan, y un hombre que transportaba un tanque de gas sobre los hombros, habían incrementado el auditorio.

—Adiós, chula —le dijo el loro.

Héctor apoyó una pierna sobre la barandilla de la terraza y mientras se desgarraba la tela del pantalón por una rama puntiaguda, levantó las dos manos tratando de alcanzar el borde inferior de la terraza del segundo piso. Durante un instante titubeó y pareció que iba a caer. Al fin, la mano derecha se prendió del reborde de la terraza, luego la izquierda.

Buscó tanteando con el pie, un punto de apoyo en la enredadera y se izó. El público al que se había sumado una niña diminuta con una muñeca bajo el brazo, premió la acrobacia con un aplauso.

—Adiós, chula —le dijo nuevamente el loro.

—Adiós, pinche loro —respondió Héctor.

Los dedos se aferraron a la rejilla metálica que protegía la parte de abajo de la terraza y así fue subiendo hasta lograr tomarse del barandal.

Saltó al interior y se sacudió el polvo de los pantalones. El público agradecido se dispersó dos pisos abajo del detective. Héctor se acercó al ventanal.

A través del vidrio se veía una sala alfombrada de un blanco brillante con tan solo una pequeña mesa en el centro. En una de las paredes, un gran mapa del Distrito Federal lleno de chinchetas de colores y dibujos en los márgenes.

Ella salió de la cocina. Traía una falda amplia que le llegaba al suelo y nada más. Iba descalza sobre la alfombra, los pechos bailaban suavemente al caminar, traía en la mano un vaso de jugo. Héctor golpeó suavemente el vidrio con la punta de los dedos, la muchacha dejó caer el vaso y gritó algo que nunca llegó a los oídos del detective, apagado por el grueso ventanal. El detective señaló la puerta cerrada desde adentro que daba a la terraza. Ella se tapó los senos cruzando un brazo frente al pecho, y se echó a reír. Sin hacer caso de los gestos de Héctor, salió por la puerta por la que había entrado a la sala.

Héctor encendió un cigarrillo. La muchacha de la cola de caballo volvió al cuarto un par de minutos más tarde. Se había puesto una blusa blanca y traía un nuevo vaso de jugo en la mano. Héctor señaló nuevamente la puerta cerrada, ella sonrió y se sentó en la alfombra blanca frente a él. Héctor repitió el gesto sentándose en la terraza.

Cata a cata, separados por el cristal, silenciosos, fumando, mirándose de frente o con la vista perdida, pasaron media hora. Quizá porque hay que dejar reposar el amor para que se caliente dentro de uno, o porque habían sido días difíciles, o porque no se puede tomar por asalto a una mujer por muchos pisos que se trepen, los dos se fueron poniendo tristes. Ella se levantó y caminó hasta un tocadiscos que estaba bajo el mapa de la ciudad de México, y luego volvió a sentarse. Dudó, se puso de pie y abrió una de las ventanas que daban a la terraza. Héctor, sentado en el suelo, pudo oír los acordes de guitarra con los que empezaba una canción de Cuco Sánchez. Sonrió.

La luz de la tarde se fue apagando, y dio lugar a una claridad suave, sin brillos, nítida sin embargo. Media hora después, Héctor encendió

otro cigarrillo, la muchacha de la cola de caballo se llevó las manos a la espalda y desabrochó el primer botón de la blusa, luego el siguiente. Para desabrochar el tercero hubiera necesitado la pericia de una contorsionista; luego siguieron los botones de las mangas. Héctor estaba contemplando aquel strip tease triste y dulce cuando una violenta sensación de soledad lo invadió. Ella se sacó la blusa por encima de la cabeza tirando de las mangas: los senos quedaron nuevamente al aire. La muchacha de la cola de caballo sonrió.

Había oscurecido. Ella no se levantó a encender la luz, y cuarto y terraza fueron quedando hundidos en la última luminosidad de la tarde y los primeros reflejos de neón de los postes callejeros. Héctor se quitó la chamarra, la pistolera y la camisa y las amontonó a su lado; luego se quitó los pantalones. Al volverse a sentar, las nalgas rechinaron contra el suelo frío. Buscó los Delicados con filtro entre el montón de ropa, encendió uno y aspiró el humo hasta llenarse los pulmones.

—Pásale, tuerto miserable, te vas a morir de frío —dijo la muchacha abriendo la puerta.

—Nomás van a estar contentos cuando te vean seco —dijo El Gallo.

Se habían sentado en una banca a mitad del Parque Hundido. Algunos niños muy pequeños pasaban corriendo a su lado; iban uniformados con blusas de cuadros rojos y pantalones azules, aullaban una extraña letanía: "Batman y Robin entran en acción, y Batichica en puro calzón."

—Me gustaría saber por qué empezó todo esto —dijo Héctor—. Tengo curiosidad malsana.

—¿Curiosidad malsana?

—Eso decía mi ex mujer cada vez que me interesaba algo que no debería interesarme.

El Gallo sacó un puro corto y le dio vueltas entre los dedos.

—Vale madres, el caso es que rondan la oficina como perros. Cuidan tu casa...

El Gallo encendió el puro, se levantaron y comenzaron a caminar.

—Y usted, ingeniero, ¿cómo está?

—Me pasé dos días temblando... algo rarón, entre miedo, asco y culpa... Luego dije: Ni pedo. Maté a un cabrón, sí, lo maté, motivo tuve. Escondí la pistola y volví a la vida de siempre y ya. Conmigo no va la bronca, ni siquiera me ubican. Soy uno más en la oficina.

—Sabé, me voy a casar —dijo Héctor de repente.

—Lo que me preocupa es que esto no tiene fin. No hay final feliz en

esta historia —contestó El Gallo. Héctor sonrió, la avalancha de los niños pequeños los adelantó corriendo.

—¿Quiénes son? ¿Cuántos son? ¿Quién los protege? —preguntó El Gallo.

—Son todos.

—¿Todos quiénes?

—Todos ellos —respondió Héctor Belascoarán Shayne señalando una buena parte de la ciudad con una mano que cortó el aire en un gesto vago.

—¿Y cómo acaba esto?

—Cuando me encuentren, yo creo —dijo el detective muy serio.

—¿Habrá chambas de detective independiente en África o en...? Lejos, pues.

—De seguro hay de ingeniero, por eso no me voy —remató Belascoarán.

Habían salido hasta Insurgentes. La mañana soleada, muchos coches rumbo al sur. Caminaron sin darse cuenta hasta un carrito de helados.

—¿Y ahora qué va a hacer?

—Me voy a casar.

—Aparte.

—Voy a averiguar tanto como pueda y a chingarlos tanto como pueda.

—Pero, ¿a quiénes?

—A los malos —dijo Héctor y mirando al heladero pidió uno doble de chocolate y limón.

—Qué pinche mezcla —dijo el ingeniero Villarreal, alias El Gallo.

Pero una cosa era caminar con El Gallo por el Parque Hundido en una mañana de sol sabroso, y otra era andar solo con los muertos a cuestas. No bastaba con eso de "los malos", tenía que darles nombres, caras, situaciones. Nebulosamente, Héctor, que nunca se había dado de hocicó contra el poder, percibía al Estado como el gran castillo de la bruja de Blancanieves, del que salían no sólo los Halcones, sino también los diplomas de ingeniero y la programación de Televisa. No había matices. Todo era una máquina infernal de la que había que alejarse. Eso, o personajes concretos con los que entablar duelos épicos y precisos. Pasaba de una visión a otra: del match simplificado Bakunin contra el Estado, al match simplificado Sherlock Holmes vs. Moriarty. En medio nada había, quizá ahí estaba la causa del juego con los "malos" ambiguos, porque en ellos, se fundían las dos versiones.

Cambió de canal y obtuvo una perspectiva más precisa; aunque probablemente menos exacta: Los Halcones. El 10 de junio. Zorak. El Metro, 40 de ellos que aún existían como grupo. El capitán Estrella como cabeza visible.

Si sólo fueran 40, pensó Belascoarán. Si sólo fueran 40, tendrían un límite: 3 que me eché yo, uno que se fumigó El Gallo, uno que quedó encuerado en el Desierto de los Leones y que latía a fuera de combate:

40

5

35

Con esta reanimante conclusión en la cabeza, se lanzó a recorrer nuevamente las calles.

Carlos había estado bebiendo. Se le notaba en los labios hinchados, los ojos azules pequeñitos e inyectados. Marina tampoco tenía cara de angelical esposa en quinto mes de embarazo; sin embargo, hizo un esfuerzo y se levantó para preparar café.

—¿Qué pasa contigo, loco? —preguntó su hermano.

—Por qué no te lavas la cara con agua fría y nos contamos nuestras penas uno al otro —respondió el detective mientras dejaba caer su chamarra sobre una silla y él se dejaba caer sobre otra.

—¡Eso, que hable con alguien! —gritó Marina mirándolos mientras ponía el agua para café en la diminuta estufa.

—¿Qué tan fría el agua? —preguntó Carlos.

—Bastante.

Carlos dejó los cigarrillos sobre la mesa y caminó hacia el baño. De una u otra manera el tamaño del cuarto había logrado que las cosas se acoplaran a una dimensión humana, a escala. Todo estaba al alcance de la mano y casi todo obligaba a un par de movimientos para ser usado. Sobraban cosas, pero no demasiadas. Por contraste con la abundancia inútil en que había vivido hacía años y con el caos en que vivía últimamente, a Héctor le encantaba el pequeño cuarto de azotea.

Marina se acercó, depositó dos cafés sobre la mesa y un refresco frente a Héctor. Su barriga esquivó el respaldo de la silla.

—¿Va a a ser niño o niña? —preguntó Héctor.

—¿Quién es el detective?

Carlos salió del baño secándose la cara. La mata de pelo rojo le caía sobre los ojos. Pasó a un lado de Héctor tropezando con él y movió la

mesa para hacerse un hueco en la silla pegada a la pared; tomó la taza de café y la puso enfrente. Marina se sentó y sonrió.

Héctor terminó el refresco y sacó los Delicados largos con filtro.

—¿Fuman?

Carlos y Marina aceptaron.

Héctor expulsó el humo por la boca y la nariz como hacía cuando estudiaba preparatoria. Frente a él, una fotografía de Ricardo Flores Magón lo miraba fijamente. Bajo la foto una frase que ya había visto antes relacionada con Carlos: "El abismo no nos asusta, es más bella el agua despeñándose".

—A ver, el gobierno crea a los Halcones en 1970 y los usa el 10 de junio, luego los disuelve...

—Porque el escándalo los desbordaba —dijo Carlos.

—Bueno, eso de que los disuelve... —dijo Marina.

—Como cuerpo...

—Si nunca existieron, tampoco podían ser disueltos —dijo Carlos.

—Bueno, el caso es que cuando se deshace el grupo, pasan a trabajar a vigilancia del Metro, y después de ocho años, ahí siguen, un grupo grande, como de cuarenta, al mando de un capitán (¿capitán de qué?), que se apellida Estrella. Ésta es una parte de la historia. La otra es que Zorak muere un año después de la disolución de los Halcones en un accidente muy discutible. ¿Quién mata a Zorak y por qué? ¿La propia organización de los Halcones? ¿La policía? Y ahí parece que todo se terminó, pero hace unos días, ocho años después del final de estas dos historias, todo vuelve a empezar. Primero don Leobardo con el gañote cortado en el baño de la oficina, luego la foto de don Agustín. Los dos son ayudantes de Zorak.

—Tus muertitos —dijo Carlos.

—Mis dos primeros muertitos —respondió Héctor—. Y ahí empieza una cacería a tontas y a locas que me lleva a topar con los chicos del capitán Estrella, de vigilancia del Metro. Nuevamente la conexión Zorak-Halcones. Me invitan a que me quede fuera, pero me meten en el lío para que luego me salga... No tiene pies ni cabeza. Luego matan al Capitán Perro, el tercero de los ayudantes de Zorak, y luego se dedican a tratar de matarme a mí. Sé quiénes son, pero no sé por qué.

Héctor se puso de pie.

—¿Tienes más refresco?

Marina señaló el refrigerador. Para abrir la puerta tuvo que mover a un lado una escoba y dos cubetas. Había dos cocas y un orange crush; se decidió por el último.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Carlos.

—Voy a seguir.

—¿Hasta dónde?

—Hasta donde me dejen.

Marina y Carlos se miraron. Ahora fue ella la que habló.

—Es medio loco... Fíjate bien. La bronca es con el gobierno. No veas en chico, mira en grande. Es como si trataras de reunir pruebas de que un ex presidente robó dinero; puede que lo hagas, pero nunca vas a poder llevarlo a un juicio.

—Entonces, ¿qué mierda hago?

Marina y Carlos se quedaron callados. Héctor bebió un largo sorbo del refresco, encendió un cigarrillo y paladeó el humo.

—Está medio loco que le propongamos que se haga clandestino. ¿Con quién? En plena reforma política. Jua, jua —dijo Marina a Carlos—. Y un escándalo de este tamaño los partidos políticos legales no lo van a cubrir. ¿Te imaginas al PC con una bronca como ésta en las manos?

—Pero date cuenta de todo el trasfondo del asunto —Carlos hablaba con Marina—. Hasta ahora lo único que tiene en las manos son las pruebas que conectan a los Halcones con vigilancia del Metro, y las que conectan a vigilancia del Metro con el asesinato de tres monitos chayoteros que fueron ayudantes de un mago de carpa. Ponte que armes un escándalo. Lo más que se lograría es que desconectarán a los cuarenta ex Halcones de vigilancia del Metro. Lo verdaderamente importante es el por qué les urge tanto borrar la conexión con Zorak.

Héctor miraba a una y a otro.

—Suponte que acabas con el grupito del Metro. ¿Vas a seguir con la Judicial? ¿Luego con la Brigada Blanca? ¿Luego todito el campo militar número uno? Sueña absurdo, te van a matar.

Héctor asintió a todas las preguntas y la última afirmación, luego preguntó:

—Me gustaría saber por qué.

—Anda su puta madre, porque estamos en México —respondió Marina.

El resto de la tarde se deslizó hablando de novelas policíacas, de juegos infantiles, de viejos maestros de escuela. Parecía como si hubieran ofrecido una tregua a los asesinos de Zorak. Abrieron la puerta del cuarto de azotea estirando la mano desde donde estaban sentados, y el sol entró bañando una esquina de la alfombra. Poco después un gato llegó y se tendió en el triángulo de luz. Hacia las seis Héctor terminó la última coca. La pausa había concluido.

—¿Qué se les ocurre?

—Primero hay que... —dijo Marina.

—Porque lo que... —dijo Carlos.

—¿Otro café, Carlangas? —ofreció Marina, Carlos asintió.

Marina se puso en pie y caminó un par de pasos para entrar en la pequeña cocina. Se veía graciosa con esa barriga desproporcionada. Incluso bella la ex flaca. Héctor se sorprendió sonriendo y luego sorprendió a Carlos admirándola. Entonces, la bronca de Carlos no era con Marina ni con el futuro sobrino-sobrina, era otra cosa lo que asomaba en un par de líneas de tensión sobre la frente.

—Están vivos, eso está claro —dijo Marina.

—¿Quiénes?

—Los Halcones —respondió Carlos—. No los tienen arrumbados en vigilancia del Metro, no es un trabajo para hacerlos desaparecer. Quizá haya más en otras dependencias, en otros estados de la República. Están vivos y los van a volver a usar.

—Eso, los piensan usar de nuevo, si no, no harían tanto oso —dijo Marina.

—Vamos a suponer que ustedes tienen razón, pero hay algo que los hace saltar, que los hace cometer tres asesinatos y dedicarse a cazarme. Algo que tiene que ver con Zorak... Yo nunca había visto antes a los tres tipos: al Leobardo, al dueño del cabaret, al Capitán Perro... Pero ellos piensan que lo que los hacía peligrosos me lo han transmitido, ellos piensan que los tres ex ayudantes de Zorak tenían que ver conmigo. Y ese algo relaciona a los Halcones del 10 de junio con el pasado, o con algo que se está preparando; con el futuro...

—A mí me suena por ahí la cosa —dijo Carlos—. Más que con el 10 de junio, con el pasado. Lo del 10 es un escándalo viejo: Creo que el aparato puede soportar bien otra denuncia. Hace poco Heberto Castillo volvió a levantar el tema y tragaron un poco más de mierda y un poco más de tierra, pero no pasó de ahí. ¿Qué podrían saber los ayudantes de Zorak? Yo creo que más bien tiene que ver con algo que va a pasar y que está relacionado con el hecho de que el grupo paramilitar está organizado, sigue organizado.

Héctor encendió un nuevo cigarrillo y se quedó pensando en silencio. El sol se había fugado del triángulo, el gato se había ido con el sol. Carlos y Marina se tomaron la mano sobre la mesa evadiendo el vaso, las tazas, las botellas de refresco vacías, las arrugadas cajetillas de cigarros.

—De todas maneras, me voy a casar —dijo Héctor.

*Si podemos acercarnos al Tigre, le pondremos líquido
oftálmico en los ojos irritados por el gas.*

—KALIMÁN, EN VERSIÓN RADIÓFÓNICA

A pesar de que le dispararon a menos de diez metros, la ráfaga del M1 dispersó sus balas a los lados de Héctor; una descarapeló el cemento de la barda a sus espaldas, otra atravesó el forro de la chamarra de cuero negro, una más perforó el estómago de una mujer que pasaba y estalló contra su pelvis haciéndola seis pedazos.

Héctor vio claramente la cara del que se había bajado del coche en marcha y disparaba con el rifle en la cadera: tendría los mismos 33 años que él, los ojos desorbitados, los labios apretados, un mechón de pelo cayendo sobre la frente.

La puerta del lado del conductor se abría, un hombre con traje de cuadritos y una escuadra .45 en la mano empezaba a bajar. Héctor apoyó la espalda en la pared mientras se llevaba la mano a la pistola. La pared cedió; trastabilló de espaldas tropezando con un triciclo abandonado. Estaba en el patio de una vecindad, el eco de los disparos continuaba en el aire, la mujer herida en la calle gritaba ¡Madre mía! ¡Madre mía! Héctor apuntó, tomando con las dos manos la pistola, hacia el espacio (la puerta de metal se bamboleaba) que había ocupado hacía un segundo. El hombre del M1 entró corriendo con el rifle en la mano. Héctor disparó contra la cara que venía hacia él. Estaba a menos de tres metros y la cara se deshizo al mismo tiempo que el disparo llenaba el pasillo. El segundo hombre, pistola en mano, entró disparando, pero el cuerpo de su compañero sin rostro fue a dar contra él. Los dos tiros se escaparon hacia las ventanas del segundo piso de la vecindad; los vidrios saltaban llenando de manchas de luz el pasillo. Héctor disparó por segunda vez, la bala dio en el traje, diez centímetros abajo de la clavícula del hombre, perforando

el pulmón. El impacto lo hizo girar. Héctor avanzó hacia él y llegó a tiempo para disparar un tercer tiro a bocajarro en el estómago del hombre, que se derrumbaba.

Saltando sobre el cuerpo volvió a ver la calle, pensó que nunca olvidaría aquella esquina de Vértiz y Doctor Navarro, a las cinco de la tarde, la luz mugrienta, el smog, el coche con las puertas abiertas y las llantas mordiendo la banqueta, la mujer gritando ahora más bajo: *madre mía*. El sonido de los disparos que se negaba a irse de los oídos, dos taqueros mirando a la mujer herida con aire de conocedores de la violencia, conocedores del pus de todos los días del DF. Guardó la pistola en la funda sobaquera y caminó rápidamente. Cruzó la calle evadiendo un autobús y se hundió en la colonia de los Doctores. Las manos le temblaban, los disparos seguían sonando en la cabeza, y no se iban, se quedaban, estaban ahí para siempre. Y no quería pensar en la cara que se deshacía cuando la bala entraba.

Tenía miedo, un miedo pegajoso e incontrolable que llevaba sus huellas exteriores de un lado a otro del cuerpo. Aparecía brutal cómo un tirón sobre los bordes de la cicatriz arriba del ojo se convertía en unas irresistibles ganas de orinar, reaparecía como una presión en el pecho, iba y volvía temblor en las manos, sabor a una ácida podredumbre del paladar a los dientes, estómago revuelto. Por más que te dijeran que el miedo estaba en la cabeza, tú sabías que el miedo estaba en el cuerpo, en la sabiduría del pellejo ante la muerte. ¿Todo será así de ahora en adelante?

Tardó media hora en pronosticar que no había una rutina de vigilancia perceptible en las afueras del hospital. Nada que hiciera sospechar, que interrumpiera el flujo de mamás con ramos de flores, parientes angustiados, mujeres llorosas, un par de ambulancias entrando por la rampa de emergencia, un deportista con el tobillo roto que salía a dar un breve paseo por el jardín, seis niños jugando. Por lo tanto, la vigilancia, si es que la había, estaba en el interior, en el piso, en el propio cuarto.

Con una bata blanca comprada en El Tranvía, tienda de uniformes con amplios descuentos, Héctor se transmutó en el doctor Belascoarán, y entró al sanatorio con una sonrisa acartonada digna de anuncio de pasta de dientes. Encendió un cigarrillo al salir del elevador en el tercer piso y caminó con aire de doctor (un poco más rápido de lo habitual el paso, la mirada perdida, la sonrisa standard instalada en los dientes) hacia la puerta del cuarto trescientos dieciséis. Nada. Colocó la mano en el bolsillo; los dedos tocaron el metal de la pistola, y empujó la puerta. Al lado de la cama, un hombre estaba sentado en un sillón mirando la

televisión, con la mano derecha se estiraba la punta del bigote. Melina dormía iluminada por un resplandor suave, azuloso que entraba por la ventana. El hombre se quedó mirando al doctor Belascoarán que con el talón cerraba la puerta. Cuando reaccionó era inútil, Héctor le había colocado la pistola en la frente, y la apretaba, de manera que el cañón poco a poco le haría una señal, justo en el centro de la piel sobre el frontal, como el tercer ojo, ni más ni menos, pensó el doctor Belascoarán con la sonrisa de anuncio de dentífrico radiante. Si no podía de aquí en adelante evadir el miedo, al menos iba a jugar con él.

—Buenas tardes —dijo Héctor.

El hombre crispó las manos en los brazos metálicos del sillón. Melina se levantó en la cama.

—Tiene pistola —dijo.

Héctor sin dejar de apretar la pistola contra la frente del hombre metió la mano en el saco y sacó un revólver de una funda sobaquera.

—Me gustaría tener una conversación con usted... a solas —le dijo a la vedette que se había izado totalmente apoyándose en un brazo y sonreía con una sonrisa un tanto bobalicona. Hizo una señal al hombre y éste se puso de pie. Lo obligó a avanzar de espaldas hacia la puerta del baño y empujando lo ayudó a sentarse en la taza. El baño no tenía ventanas. Héctor sonrió.

—La ropa, mi estimado.

—¿Qué ropa?

—La suya, quítesela todita.

El pistolero, sumiso, comenzó a desvestirse. Héctor tomó la ropa y la fue arrojando sobre la cama. El hombre tenía una cicatriz grande en el pecho y desnudo, mostraba el color grisáceo de la piel.

Héctor salió del baño, apoyó el sillón en la puerta clausurándola y se sentó en él.

—Si haces mucho ruido, regreso a callarte —dijo en voz alta.

Melina no había abandonado la sonrisa bobalicona, de manera que el detective regresó a la suya de dentífrico.

—¿Cuántos son?

—Dos, el otro viene en las noches... Tienen credenciales de la policía. Son policías...

—Son los de siempre. Los mismos que trataron de matarla.

La mujer estaba tensa.

—Yo les dije que no sabía nada.

—Si no llego a tiempo, después del Capitán Perro sigue usted.

—Gracias —dijo ella.

Héctor no encontraba cómo darle forma a la conversación. Encendió un nuevo cigarrillo.

—Yo les dije que no sabía quien había disparado, que no me había dado cuenta de nada, que ellos habían llegado y lo habían matado a él, a Fernando...

—¿Fernando?

—Le decían el Capitán Perro... Yo les dije que lo habían matado a él, y a mí me habían pegado, y que luego empezó un tiroteo, pero yo no vi nada, que...

Se hizo un silencio.

Héctor golpeó con la pistola la puerta del baño.

—Estás bien tranquilo, verdad, manito... ¿Contestas, o entro?

—"Toy bien" —respondió amortiguada la voz del hombre de piel gris y bigote.

—¿Qué quieren estos hijos de la chingada? —preguntó Melina, la vedette de La Fuente de Venus.

—Eso es lo que quiero saber. Usted conocía bien al Capitán Perro, al dueño del cabaret y al romano.

—¿Cuál romano?

—El señor que se vestía de romano para su acto de Cleopatra.

—Don Leobardo.

—Los conocía bien. ¿Sabía que los tres tenían que ver con Zorak?

—Seguro, de eso hablaban siempre, que con Zorak, que cuando Zorak, la pura gloria de los tres pobres. El Capitán Perro era su ayudante, su guarura como quien dice; don Leobardo le preparaba los trucos, le hacía carpintería, herrería, esposas falsas y ataúdes con truco, y don Agustín Salas, el dueño de La Fuente era su manager... Y se la pasaban hablando de Zorak.

—¿Últimamente había cambiado algo?

—Estaban medio misteriosos, se reunían los tres en la oficina de don Agus y hablaban y hablaban.

—¿El Capitán Perro no le dijo nada?

—A mí nunca me decía nada más que: "qué buena estás nena". Era como disco rayado, ya lo había cortado tres veces y ni así...

Héctor sonrió.

—¿Dónde vivía el Capitán Perro?

—En Balbuena.

Héctor anotó la dirección en el reverso de una tarjeta de fiestas infantiles que quién sabe cómo había ido a dar a la bolsa de su recién estrenada bata blanca.

—Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Ya bien, ¿no me va a tomar el pulso? —la vedette sonrió de nuevo y se levantó un poco en la cama; lo suficiente como para mostrar un vigoroso pecho y un camión lila lleno de encajes.

—No sería mala idea, pero luego el señor del baño va a protestar.

—De veras —dijo ella y volvió a meterse entre las sábanas mirando fijamente la puerta del baño.

Héctor se acercó, le besó la mano que lánguida reposaba fuera de las sábanas, y empujó la cama hasta trabarla con el sillón creando un doble sistema de refuerzo contra la puerta del baño.

—Ha sido un placer, espero verla actuar pronto —dijo el doctor Shayne y quitándose la bata se volvió el señor Belascoarán.

Los hombres que habían desencadenado esta locura estaban muertos. Las mujeres, Melina, Márgara, no sabían nada. Solamente ellos tenían una explicación. Solamente ellos podían explicar qué carajo tenía que ver Zorak con los Halcones, y por qué su relación, tronchada por el cable roto de un helicóptero, había regresado del pasado. Solamente ellos podían explicarle a Héctor qué tenía que ver él con esta historia. Solamente ellos podían además matarlo, y lo trataban. ¿Era una carrera? Saber antes de que lo mataran. Era pura pinche mexicana malsana curiosidad, ganas de enterarse, de saber, de meter las narices antes del final. Tenía miedo, mucho miedo.

Para poder pensar a cubierto, se había metido en una peluquería. Afuera un chaparrón violento azotaba los coches. Héctor trató de colocarse en el principio de la historia, tras convencer al peluquero que no quería que lo pelara de casquete corto.

Estaban los tres pinchurrientos conspiradores, los amigos de Zorak, que sin duda conocían las relaciones de su ex jefe con los Halcones, y los motivos de su muerte, ahí estaban enterrados en un cabaretucho y una carpintería de azotea, y quién sabe donde más (¿dónde trabajaba el Capitán Perro?), cuando algo los hizo saltar, y entonces los saltaron a ellos. Entre ese primer descubrimiento, y su transformación en difuntos, estaba Héctor. De alguna manera algo los relacionaba. Vamos a suponer (supuso Héctor encendiendo un cigarrillo ante la mirada negra del peluquero que tenía prejuicios contra los que fumaban mientras se cortaban el pelo) que los tres deciden que quieren contratar un detective para profundizar algo que han descubierto, para completar algo que han encontrado, y deciden contratarme a mí. Alguno de ellos queda encargado de hacerlo, pero un tercero va con el pitazo a los asesinos de Zorak (ten-

dría que ser el Capitán Perro, el último en morir, el que huyó del detective en aquel fugaz encuentro en el cabaret) y entonces les cortan el cuello a los dos vejetes y lo amenazan a él, que supuestamente ya está metido en el asunto.

Ésa podía ser la explicación de arranque. Pero, ¿qué sabían los tres hombres?

Un nuevo miedo se montó al anterior. El miedo a no saber, el miedo a morir a lo pendejo.

El Capitán Perro era agente de ventas de unos laboratorios farmacéuticos, y vivía en un departamento herrumbroso y frío en un segundo piso, que al parecer, las fuerzas del mal habían mantenido sin vigilancia. Cuando Héctor salió de la casa, había oscurecido totalmente, y no sabía más que a la entrada; a no ser que sirviera para algo saber que el Capitán Perro se llamaba Fernando Durero Martínez, y que había ganado el apodo en el contraataque que los alumnos de primer ingreso de ingeniería habían hecho contra los que les querían hacer pagar la novatada cortándoles el pelo en 1965. Héctor caminó rápido buscando la boca del Metro. Ahora tenía un nuevo problema, el de encontrar un lugar donde dormir; y una nueva sensación, la de traer algún pájaro volando sobre sus espaldas; una como sombra, como nube, como aleteo que impresionaba las terminales nerviosas de la piel en las cercanías de la columna vertebral. Eso y frío. Estaba destemplado, y las tres tabletas de chocolate que engulló en una dulcería de la boca del Metro no resolvieron nada.

Desechó las casas de sus hermanos y el despacho, desechó el departamento de la muchacha de la cola de caballo porque no quería atraer hacia sus gentes el pájaro mortal.

Descendió en la estación del Zócalo y tras curiosear un rato entre los grabados murales y las maquetas del viejo centro de la ciudad de México, salió a la luz de neón y los adornos navideños. Todos tenían prisa, todos teníamos prisa, se dijo Héctor y caminó hacia ninguna parte.

El problema principal que impone una huida es la pérdida del sentido común, que viene a ser sustituido por el instinto; instinto que se va embotando hasta convertirse en un reflejo torpón que conduce los pies de un lado a otro de la ciudad. Por eso, Héctor tuvo que hacer un doble esfuerzo para recuperarse y volver a poner la cabeza en funcionamiento. No sólo había que escapar, había que evadir el encuentro y había que evadir el miedo. En una ciudad de 14 millones de habitantes, los asesinos, por muchos que fueran, por muchos recursos que tuvieran, nunca

podrían encontrarlo si no era él. Decidió entonces que bien podía ser un vendedor de seguros paseando por el Zócalo, o...

Y entonces llegó la luz, la inspiración, la magia. Había que dar la vuelta a los papeles, él tenía que tomar en sus manos la caza. Si de todas maneras lo iban a matar, había que jugar fuerte, había que hacer saltar la banca. Y una vez tomada la decisión, en medio de las luces de Palacio Nacional, y la iluminación de la catedral, y con los metros cuadrados de piedra solitaria y fría del Zócalo de la ciudad de México por testigo, Héctor Belascoarán Shayne, detective, pasó a la ofensiva. Ya lo último que le importaba era donde pasar la noche. Y pasó la noche velando sus armas, como caballero a la espera del dragón, velando sus armas por las calles solitarias, por los callejones, por las taquerías de noche y día, y los VIPS y los Sanborn's y las paradas de taxi frente a los hoteles y los caldos de Mixcoac para los crudos, y las zonas de burdeles de atrás de San Juan de Letrán, y los cabaretuchos de la colonia Obrera. Caminando, velando las armas, dejando que el sueño se depositara en un recóndito rincón de la cabeza, que fraguaba, fraguaba, fraguaba la ofensiva.

Salían siempre por Pedro Antonio de los Santos, utilizaban la puerta trasera de las oficinas quizá por las facilidades de estacionamiento. Tras dos días de observación usando prismáticos Zeiss comprados a precio de oro en el Monte de Piedad, podía más o menos establecer sus rutinas. La mayoría de los ex Halcones, en grupos de dos o tres, llegaban en el curso de las primeras horas de la mañana (entre 9.30 y 10.30 más o menos) y salían para volver a reportarse hacia las seis de la tarde. El jefe de vigilancia debería ser (el comandante Sánchez) un hombre de unos cincuenta años, canoso, que llegaba en un coche negro. Pero el que verdaderamente le interesaba, el Capitán Estrella, viajaba siempre con dos o tres guardaespaldas en un Ford Falcon rojo, uno de ellos con una escopeta envuelta en tela bajo el asiento del copiloto.

Las actitudes de los subordinados, la oficina en el primer piso que a veces podía observar a través de los vidrios sucios, sus aparatosas llegadas con el coche rojo, lo marcaban. Ése era el hombre de Héctor.

—Quihubo, ¿se ve algo, doctor? —preguntó el hippioso dueño de la casa.

Héctor se había convertido en aquellos dos días de observación incesante en una sombra de sí mismo. La barba le había crecido, la ropa sucia sonaba como a cartón quebrándose en cada movimiento, tenía rozado el fundillo, y un tic le recorría el ojo sano minuto de por medio.

—Lo de siempre, mi estimado.

—¿Están buenas las viejas?

—Como siempre.

Había tenido la suerte de dar en la primera con un puesto de observación. Simplemente entró en una casa al otro lado de la avenida, escogió un departamento en el tercer piso que debería tener ventana a la calle, tocó y se encontró con un roñoso ciudadano, estudiante permanente de arquitectura, con una beca familiar (familia oriunda de Coahuila, beca evidentemente otorgada para liberarse del susodicho), que le dijo: pásele. Héctor se presentó, sonrió, explicó que tenía que hacer una observación importante. El otro preguntó “¿de a cuántos días?”, Héctor especificó que un par al menos, intercambiaron sonrisas y ahí murió. Le había tocado incluso un catre también roñoso, e incluso la espera se había visto amenizada por un disco de los Doors que dejaba escuchar *The End*.

Eso, el olor a marihuana rondando, pegándose a las paredes, y las ofertas de uvas (parecía que la familia de Coahuila había convencido a su vástago de que no pasara las vacaciones de Navidad en casa, de que mejor se quedara a preparar exámenes y en vías de corrupción le enviaron un par de cajones de uvas del terruño). El susodicho infirió que la investigación del detective tenía que ver con algún conflicto matrimonial, porque la única vez que pidió prestados los Zeiss (magistrales doctor, magistrales) había contemplado al antojo las nalgas de una secretaria de las oficinas del Metro que estaba subida en una escalerita guardando unos folders. Visto lo cual, se dedicaba a la mota y a preparar los exámenes, pidiéndole a Héctor de vez en cuando cantidades pequeñas de dinero para las más cotidianas necesidades, que el detective cubría sin discusión (sabe, doctor, un diego para los panes dulces; sabe doctor cayéndose con ciento treinta y un pesos con ochenta y siete centavos para la luz; sabe doctor, once pesos para sus refrescos, y seis para los míos).

Héctor terminó sus anotaciones en la libreta. Sólo le faltaba un elemento, la huida. Comenzaba a oscurecer el segundo día de vigilancia, y al detective le lloraban los ojos mitad por la tensión, mitad por la cantidad de mierda que llenaba el aire sobre la calzada a todas horas del día.

—Sabe que, doctor, hoy, no va a poder usar el catre, hay fiesta, hay reventón, con pedo.

—¿Celebra usted algo?

—El fin de los exámenes.

—¿Qué, ya terminaron?

—No, ya terminé de darles.

—¿Y el agua?

—No, de esa nada.

El departamento llevaba sin agua varias semanas, pero Héctor estaba más allá, a estas alturas de su obsesión, del agua y la higiene. Incluso había accedido a comerse una docena de las pringosas uvas de Coahuila. Ahora necesitaba resolver el problema de la huida.

—Oiga, joven, ¿puede invitar a su fiesta a una amiga mía?

—Doctor, es un placer, el veinte para el teléfono, ochenta pesos para el pomo, diez pesos para bolillos.

Héctor sacó los 90 pesos con 20 centavos.

—Número y recado.

Héctor le dio el teléfono de la muchacha de la cola de caballo y un crítico recado. Era poco probable que lo tuvieran intervenido.

A las ocho y media de la mañana, la boca de la estación del Metro Juanaatlán era asaltada por millares de ciudadanos, el tráfico arrechaba por oleadas que dejaban tras de sí una espuma sucia de humo grisáceo, papeles que los coches empujaban de un lado a otro, cáscaras de pepitas, tierra suelta. Héctor, con lentes oscuros que cubrían la visión inmóvil del ojo muerto, cruzó la calle evadiendo los coches: caminó una cuadra hacia el norte y esperó en la esquina. Menos de cinco minutos después, el coche rojo pasó por el tercer carril y buscó estacionamiento frente a las oficinas. Héctor se subió a un camión y contempló a los pasajeros. Sacó la pistola, se la puso al chofer en la sien y dijo:

—Hazme un favor, mano, dale un llegue al coche rojo que está ahí estacionado.

El impacto fue directo, una de las puertas se hundió hacia adentro como hojalata vieja. El chofer, quizá por la presión de la pistola en la sien o por el puro placer de chocar sin compromiso, había exagerado el celo profesional.

Héctor saltó del autobús. De la puerta delantera, el copiloto del Ford Falcon rojo saltaba con la escopeta en las manos. Héctor disparó sin apuntar y falló, pagó su error teniendo que tirarse al suelo mientras la doble carga de la escopeta volaba sobre él destrozando un puesto callejero de hot dogs y matando al vendedor. Disparó dos veces y acertó en la pierna del hombre de la escopeta. Desde el lado opuesto del coche el capitán Estrella y uno de sus pistoleros salían arrastrándose. Héctor retrocedió y saltó a la calle. Un Renault frenó a su lado y la puerta quedó abierta, Héctor se dejó caer en el asiento trasero. El coche arrancó rechinando las llantas, la puerta se cerró por la inercia.

—Creí que no llegabas —le dijo el detective a la muchacha de la cola de caballo.

Ahora todo dependía de la velocidad y el coche tomó la avenida Revolución hacia el sur a más de 90. Héctor, por la ventanilla trasera, contempló cómo había dejado el caos tras de sí. Tardarían al menos diez minutos en reorganizarse. Afortunadamente el tráfico hacia el sur no estaba demasiado cargado. La muchacha lo dejó en la estación Tacubaya del Metro y le sonrió. Cuando iba a poner el coche en marcha Héctor le preguntó:

—¿Quieres que nos casemos?

Ella se le quedó mirando. Héctor sacó un billete de Metro del bolsillo trasero del pantalón y se hundió en el abismo suburbano. Nuevamente la suerte acompañó la maniobra. El Metro dirección norte pasó segundos después de que el detective se había acomodado en el andén. Y así, siete minutos después de haber dejado la estación Juanacatlán, volvía a ella ahora bajo tierra. Entró a las oficinas desde la misma estación. En la calle continuaba el tumulto. Subió hasta el segundo piso sin cruzarse más que con dos secretarias que bajaban corriendo las escaleras, entró en las oficinas del capitán Estrella, sacó la pistola, arrastró una silla tras la puerta, y se sentó a esperar.

XII

Aquella luz de la mañana alumbraba como un gran desierto.

—GUILLERMO PRIETO

Pero la verdad es que siempre la muerte es el fenómeno de más actualidad.

—TOMÁS MEABE

Héctor empujó violentamente y el capitán Estrella fue a caer sobre su silla arrastrando útiles de escritorio. Cuando volteó a mirar a su agresor, el detective había cerrado suavemente la puerta y apuntaba con la automática a un blanco a un par de centímetros arriba del punte de su nariz.

—Buenos días, capitán.

Estrella entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos ranuras finas, cortadas a rojo en el acero; no hizo exclamaciones de sorpresa y se limitó a masajear el hombro adolorido con el que había chocado contra el escritorio.

—Supongo que quiere saber algo, muchacho. Usted nomás pregunte. Total, antes que después, usted se va a morir; es más, ya es cadáver.

—Ah, qué bien que me lo dice, porque entonces somos cadáveres los dos, y podemos tener una plática de difuntos.

Estrella quedó callado. El sol de la mañana entraba en la oficina dándole el aspecto de un gran desierto. Héctor se rascó con el índice de la mano izquierda la cicatriz sobre el ojo muerto. Durante unos segundos permaneció en silencio. Le estaban entrando unas ganas tremendas de abandonar el cuarto, irse, ya no volver nunca, salir de toda esta historia.

—¿Por qué quieren matarme?

—Porque para su desdicha, los pendejos esos lo metieron en el desmadre.

—¿Los amigos de Zorak?

—No me diga que todo es un malentendido. No me diga —dijo Estrella y las dos hendiduras bajo las que brillaban un par de ojitos porcinos, se abrieron un poco para producir con la boca una mueca que quiso ser una sonrisa. Héctor pensó que había cometido un error. Frente a él tenía al hombre que poseía las respuestas, y no sabía qué preguntar, cómo extraerlas. Y como siempre cuando no sabía qué hacer, sacó un cigarrillo y lo encendió, conservó el humo en los pulmones lo más que pudo y luego lo arrojó suavemente por la nariz.

—El Capitán Perro me había dicho que los viejitos lo habían contratado, y yo me lo creí. No, Estrella, así no se hacen las cosas —dijo el capitán moviendo la cabeza—. Mire nomás cuantos muertitos me ha hecho usted y sólo por un malentendido. Ya me extrañaba que usted no hubiera picado más alto.

Héctor comenzó a pensar que lo mejor que podía hacer era apretar el gatillo y salir de allí disparando contra todos, contra todo.

—Zorak era un pobre mago de carpa, mi estimado, y sus tres ayudantes, tres pobres pendejos que se quedaron un día sin chamba ni gloria cuando el cable del helicóptero tronó, y entonces le rumiaron y le rumiaron hasta que pensaron que habían agarrado un hueso, nomás que ese hueso era mío, y a mí ningún perrito callejero me muerde. Lástima que lo metieron a usted en esta historia, hombre, me hubiera ahorrado tiempo y hombres si antes de tirarle el primer muerto encima, hubiera confirmado...

Héctor se puso de pie y caminó hacia Estrella. La cara del capitán se fue transformando y el miedo apareció en los ojos. Héctor golpeó fuerte con el cañón de la pistola en la sien, una fina raya roja apareció al romperse la piel mientras la cara campaneaba por el impacto.

—No se habla así de la gente, no hay que ser tan mamón, capitán —dijo el detective.

—Quihübolé, estese quieto —dijo Estrella tocando la pequeña herida con los dedos y mirando el par de gotas de sangre que habían recogido.

Héctor golpeó nuevamente en el mismo punto, el capitán sofocó un grito. Una luz irreal llenaba el cuarto. Héctor, sin dejar de apuntar al hombre que se cubría la cara con las manos, se asomó a la ventana. El tráfico arreceaba, pero no se oían los ruidos, ni claxons ni motores, ni parloteo, ni rechinar de llantas en el asfalto.

El ruido del cajón que se abría hizo a Héctor girar. Estrella tenía en

la mano una pistola. Héctor disparó casi al mismo tiempo que el capitán; su bala se estrelló en la frente del hombre, mientras la de éste rozaba la de Héctor y salía por la ventana destrozando los vidrios.

La sangre que brotaba del rozón le cubría el ojo sano. Héctor trató de retirarla con el dorso de la mano. Con la silla de metal en la que se había sentado, rompió el ventanal. El ruido de la calle se mezcló con los gritos que venían de la puerta de la oficina. Salió a la cornisa de la ventana y se descolgó, se cortó la mano izquierda con uno de los vidrios y quedó un instante en el aire; la calle tres metros abajo lo recibió. Se puso en pie, un dolor sordo le subía la pierna. Cojeando trató de correr hacia el ruido del motor de una motocicleta que la muchacha de la cola de caballo había puesto en marcha. No veía, la sangre le cubría el ojo sano. A su espalda sonaron dos tiros y sintió como uno de los balazos sacaba chispas al asfalto a un metro de él. A su alrededor la gente que iba a entrar al Metro corría despavorida. En las sombras, una mano amiga lo tomó del hombro y le clavó los dedos en la clavícula ayudándolo a subirse a la moto. Se aferró al cuerpo conocido y sintió la inercia del tirón cuando la moto arrancó. Durante una docena de segundos que se estiraban, la columna vertebral esperó la bala que nunca había de llegar. Luego dejó caer la cabeza sobre la espalda de la muchacha manchando de sangre su chamarra de nylon blanco.

La moto subió por Revolución sorteando los automóviles. Con el dorso de la mano Héctor trató de limpiar la sangre que le impedía ver con el ojo sano; el pelo había hecho una plasta en torno a la herida, que ardía más como una quemadura. Héctor se descubrió aún con la pistola en la mano mientras la moto se metía por la red de callejuelas de Mixcoac. Guardó la pistola y besó a la muchacha tras la oreja.

—¿Cómo estás? Estaba espantada —gritó ella.

Bien, estoy bien, soy un malentendido —dijo Héctor sobre el ruido del motor de la motocicleta.

—¿Qué eres?

—Un pinche malentendido.

Ella había intentado llevarlo a su casa, pero el detective tenía predilección por las curaciones de farmacia desde su más tierna infancia, y terminaron en una trastienda de botica en la colonia Santa Fe, inventando un accidente y dejando cubrir la herida con gasa y un esparadrapo. Dejaron la moto encadenada en un poste de luz y caminaron hasta un parque raquítico y polvoriento, de colonia proletaria, donde el agua no abunda y los jardineros del Departamento del DF tampoco. Héctor cojeaba.

—¿Te das cuenta? Suponte que ahora encuentro al piloto del helicóptero del que se cayó Zorak, y que trae un contrato para trabajar con el futuro gobernador de Durango o de Puebla, y entonces resulta que el tipo fue el organizador de los Halcones y no quiere que salte la historia... o suponte que Estrella es primo de Velázquez y los estaba reorganizando para que le sirvieran de guardia personal... O que eran las fuerzas privadas del futuro presidente...

—O que iban a trabajar en la nueva programación infantil del Canal 13 y no querían que se desenterrara su pasado —dijo ella sonriendo.

—Eso, te das cuenta. Estrella dijo que si yo hubiera sabido hubiera picado más alto... Siempre hay más alto. Da lo mismo, son todos.

—Te van a matar —dijo ella.

—Eso.

—¿Vas a seguir?

—No lo sé.

Al final del parque había un puesto de refrescos. Allí Héctor se tomó sin respirar un Titán de toronja. La muchacha lo miró reprobando; estaba hecho un desastre y bebía esas cosas repulsivamente dulzonas. Héctor ignoró la crítica y tragó un segundo refresco sin lograr que se abriera la garganta reseca que insistía en cerrarse, ahogándolo.

Se habían citado para casarse en el juzgado de Coyoacán. Héctor había consumido el resto de la mañana deambulando por calles sin nombres, tropezando con sus propios pies, dejando que la tensión acumulada en la preparación del asalto a las oficinas de Vigilancia del Metro se disipara, se evadiera a través de los poros bajo la forma de un sudor pegajoso. Como entre nubes, entre algodones, con un dolor generalizado en los músculos, que tenía sus focos en la pierna y en la herida de la frente. No se iba a ninguna parte, la historia estaba clausurada. Quizá tan clausurada como los tres últimos años, en los que había roto el sueño del ingeniero próspero para entrar en el sueño del detective solitario e independiente. Sueño, soledad, ciudad nuevamente ajena, dominada por el impudor del poder, por el aire viciado, podrido de la historia reciente. Era inevitable. Carlos había tenido razón tres años antes cuando le había advertido que no se puede patinar en el borde del sistema, que había que asumir que las cosas eran así. ¿Pero no había él hecho eso? ¿No había asumido que las cosas eran así? ¿No había escogido partido?

El juez se llamaba Leoncio Barbadillo Suárez, y por 500 pesos accedió a saltarse trámites engorrosos y a dar por buenos los análisis balines que Héctor había comprado en un changarrito a dos cuadras del juzgado.

A falta de testigos, Héctor, mientras esperaba a la muchacha de la cola de caballo, reclutó en las afueras del juzgado a cuatro personajes de una excursión turística que recorría Coyoacán: un librero de Gijón llamado Santiago Sueiras y tres mellizas (cantantes, parecía) de apellido Fernández.

Ella, a pesar de los preparativos, nunca llegó.

XIII

*Hasta morir también, tal vez un día... de soledad y
tabia... de ternura... o de algún violento amor, de amor
sin duda.*

—ALFREDO ZITARROSA

No éramos dueños de nada. La ciudad se había vuelto ajena. La tierra bajo los pies no era nuestra. No era nuestro el airecito culero que hacía subir el cuello de la chamarra a las ocho de la noche, cuando no teníamos lugar a dónde tomarnos, santo al que acogernos. No era nuestra la ciudad ni sus ruidos. Extraños en las callejuelas iluminadas por aparadores y postes cada 22 metros, que de vez en cuando dejaban pequeñas zonas de oscuridad, que ni siquiera servían para esconderse, perforadas por las luces de los automóviles. Aquella noche en que nada era nuestro ni volvería a serlo nunca. El país, la patria, se cerraba; botín de triunfadores a la mala, de cinismo enmascarado en la frase que ya nadie creía, y que sólo era emitida para satisfacer a la costumbre. El país mandaba a la cloaca a los derrotados, a la noche sin fin.

Caminar y caminar para ganarle al miedo la carrera de unas horas. Caminar sin brújula, no para llegar, sino para nunca llegar.

Señora de las horas sin luz, protégenos, dama de la noche, cuídanos.

Cuídanos, porque no somos de lo peor que le queda a esta ciudad, y sin embargo, no valemos gran cosa. Ni somos de aquí, ni renunciamos, ni siquiera sabemos irnos a otro lado para desde allí añorar las calles y el solecito, y los licuados de plátano con leche y los tacos de nana, y el Zócalo de 16 de Septiembre y el diamante del estadio Cuauhtémoc y las posadas del Canal Cuatro, y en esta soledad culera que nos atenaza y nos persigue. Y este miedo cabrón que no perdona.

• • •

Los pasos van conduciendo hacia Bucareli, hacia la sorda zona de luz y tráfico, hacia el despacho bullanguero, hacia los viejos muebles y las viejas sensaciones. Tierra peligrosa pero amiga.

Cuando se bajó del camión en Artículo 123, la lluvia arreciaba. No debería estar lloviendo en diciembre.

En la tienda de discos de la esquina, sonaban los Platters, aquel *Only You* de los bailes de quince años, que llenaba de magia los cuartos de departamentos clase media, los patios sucios de la escuela.

Cruzó la calle en medio de la lluvia, saltando los charcos, tratando de ver algo en medio de aquellas trombas de agua que caían sobre él.

—Don Jelónimo, tres cafés y una docena de donas para llevar.

—No me diga Jelónimo, joven —dijo el chino.

Héctor le dedicó su mejor sonrisa.

Mientras le servían los cafés en tazas de plástico, dos coches se detuvieron en Artículo 123 frente a las puertas del edificio de oficinas. Héctor, de espaldas a la calle, pagó las donas y tomó las tazas de café cubiertas con servilletas (de todas maneras con solo cruzar la calle se llenarían de agua), organizó como equilibrista los cafés y la bolsa y salió a la lluvia.

Uno de los choferes lo vio casi en el mismo instante en que Héctor desentrañaba el peligro en las sombras de los coches negros sacudidos por la lluvia. El primer tiro pasó a un metro de su cara destrozando la vidriera del café de chinos y atravesando el brazo de un bolero que había entrado a cubrirse del chaparrón.

Héctor tiró las donas y los cafés al suelo y sacando la pistola comenzó a disparar corriendo en diagonal sobre los charcos.

Su segundo disparo perforó el cráneo de uno de los Halcones que trataba de salir del coche sin meter los pies en una coladera.

Corrió disparando. Acertó un segundo tiro en la pierna de un Halcón que salía del edificio. Estaba a punto de cubrirse con la estructura de metal del puesto de periódicos cuando una descarga de escopeta lo prendió por la mitad del cuerpo haciéndolo saltar en el aire, desgarrado, quebrado.

Al caer en el charco, estaba casi muerto. La mano se hundió en el agua sucia y trató de asir algo, de detener algo, de impedir que algo se fuera. Luego, quedó inmóvil. Un hombre se acercó y pateó su cara dos veces. Se subieron a los coches y se fueron.

Sobre el cadáver de Héctor Belascoarán Shayne, siguió lloviendo.